



EL RETORNO DE LOS DIOSES

EVIDENCIA DE
VISITAS EXTRATERRESTRES

ERICH VON DANIKEN

"EL LIBRO MÁS APASIONANTE SOBRE LA PRESENCIA DE
EXTRATERRESTRES EN LA ANTIGÜEDAD"



LOS TEXTOS QUE FUERON ESCRITOS hace milenios y que nos han sido transmitidos contienen una profusión de estupideces: son un crisol abigarrado de fantasías (en parte mitos, en parte leyendas), algunas de las cuales son tenidas, además, por libros sagrados. Muchos de estos relatos fantásticos pretenden ser la verdad absoluta. Se supone que sus fuentes textuales originales fueron dictadas personalmente por Dios, o cuando menos por algún arcángel u otro espíritu celestial, o quizás por un santo o por una persona «inspirada» en el sentido gnóstico de la palabra.

Es indiscutible que estos textos contienen muchos engaños y muchas fantasías. Se exalta y se glorifica a los líderes respetados; los soñadores convierten las formas de las nubes en señales divinas; sucesos corrientes, tales como la muerte, se convierten en visitas al mundo de ultratumba. Lo que es peor: nuestros antepasados, por su sed de conocimientos y movidos por su fe verdadera y por su deseo de comprender, falseaban y oscurecían los textos. Se relacionaban entre sí hechos que sin duda no tenían nada que ver en las versiones originales. Para «aclarar» las cosas se añadían palabras que, de repente, como por arte de magia, se presentaban como pertenecientes a las fuentes originales.

La moral, la ética, las creencias y la historia tribal se entretejían; se añadían elementos de otras tradiciones culturales, y se combinaban textos cuyas fuentes y cuyo significado original seguramente ya no podremos descifrar nunca.

El libro más apasionante de Von Däniken sobre la presencia de extraterrestres en la antigüedad.



Erich von Däniken

El retorno de los dioses

ePub r1.2
XcUiDi 18.07.16

Título original: *Derjüngste tag hat längst begonnen*

Erich von Däniken, 1995

Traducción: Alejandro Pareja

Diseño de cubierta: XcUiDi

Editor digital: XcUiDi

Corrección de erratas: casc, dekisi

ePub base r1.2

Este libro se ha maquetado siguiendo los estándares de calidad de www.epublibre.org. La página, y sus editores, no obtienen ningún tipo de beneficio económico por ello. Si ha llegado a tu poder desde otra web debes saber que seguramente sus propietarios sí obtengan ingresos publicitarios mediante archivos como este.



La piedra sagrada de Berlitz

QUERIDO LECTOR, antes de abordar el tema principal de mi libro, te presentaré un relato breve, aunque algo fantasioso, que (como espero que quede claro) tiene cierta relevancia para mis tesis.

El relato transcurre en el futuro, después de alguna catástrofe inmensa en la que ha perecido el mundo que conocemos. Los descendientes de los supervivientes intentan comprender las épocas pasadas de la civilización, estudiando restos tales como un sencillo ordenador traductor Berlitz, y crean una mitología y una religión inevitablemente equivocadas. Como todas las ideas religiosas, las suyas se sustentan en un núcleo de verdad, pero están tan cargadas de supuestos falsos y de interpolaciones basadas en su propia experiencia y en su propia ignorancia, que la verdad sencilla y evidente queda velada cada vez más en el misterio.

En el monasterio del Sagrado Berlitz, los muchachos ingresaban como novicios a los quince años de edad. Aquel año concreto sólo asistían a la ceremonia ocho chicos y diez muchachas. El abad se refirió con preocupación al número reducido de «nacimientos». La mayoría se habían criado en el recinto del monasterio; sus padres trabajaban allí, sirviendo al Sagrado Berlitz. Aparte de los hermanos y hermanas legos, había también recogedores de bayas, cazadores y artesanos de todo tipo, además de comadronas y curanderos. Todos trabajaban juntos en la maravillosa tarea de traer al mundo tantos niños como fuera posible y de criarlos sanos y fuertes. Desde la Gran Devastación, las comunidades humanas de la zona eran

pocas y dispersas; el abad sospechaba que sus antepasados habían sido quizá los únicos supervivientes.

Nadie, ni siquiera el propio abad, que era un erudito, ni su Consejo de Sabios, sabía qué había sucedido en la Gran Devastación. Algunos opinaban que las gentes de aquellos tiempos habían poseído armas terribles y que se habían aniquilado los unos a los otros. Pero esta opinión no tenía muchos partidarios. Era difícil imaginar la existencia de unas armas tan devastadoras. Por otra parte, la tradición afirmaba que aquellas gentes de la Antigüedad habían sido felices y habían disfrutado de gran abundancia y prosperidad. ¿Por qué iban a hacerse la guerra, entonces? No era lógico. Una posibilidad más probable, que se discutió en el Consejo de Sabios, era que alguna enfermedad misteriosa hubiera diezmado a la humanidad. Pero esta teoría tampoco se mantenía en pie, pues estaba reñida con las tradiciones que se remontaban a las primeras generaciones posteriores a la Gran Devastación.

Los tres padres antiguos y las tres madres antiguas que lograron sobrevivir a la Gran Devastación habían contado a sus hijos que la catástrofe les había caído encima de manera repentina una tarde tranquila. La veracidad de estas relaciones era incuestionable. Las habían escrito los hijos de los antiguos en el santo *Libro de los Patriarcas*. Todos los niños del monasterio del Sagrado Berlitz conocían la Canción de la Perdición, que cantaba el abad todos los años en la Noche del Recuerdo. Era el único texto que se conservaba de los tiempos antiguos.

Yo, Gottfried Skaya, nacido el 12 de julio de 1984 en Basilea del Rin, con mi esposa y con mis amigos, Ulrich Dopatka y Johan Fiebag, con las esposas de éstos y con nuestra hija Silvia, salimos a practicar el montañismo en los montes del Oberland de Berna.

Como ya pasaba de las seis de la tarde, en la bajada del monte Jungfrau tomamos un atajo y pasamos por los túneles del ferrocarril del Jungfrau. Debido a unas obras en la cumbre, ya no pasaban más trenes al valle a esa hora.

De pronto, la tierra tembló y algunas partes del techo de granito del túnel cayeron a las vías. Estábamos aterrorizados, y Johan, que era geólogo, nos hizo meternos a todos en un nicho rocoso. Cuando creíamos que el terrible episodio había terminado empezó a escucharse un tronar inmenso. Parecía que el suelo se disolvía bajo nuestros pies, oíamos un fragor terrible, peor que cualquier tormenta.

A treinta metros por delante de nosotros se hundió el muro inferior del túnel. Después se hizo el silencio.

Johan opinaba que se trataba de una erupción volcánica, cosa muy improbable en aquella zona, o de un terremoto. Tuvimos que ascender una ladera empinada para alcanzar la salida superior del túnel.

Cuando nos faltaban algunos metros para llegar a la salida empezamos a oír el ruido. No tengo palabras para describir estas fuerzas desatadas de la naturaleza. Al principio, el viento arrastraba nieve y bloques de hielo ante la boca del túnel; después pasaron árboles, peñascos y tejados enteros de los hoteles del valle inferior. Sonaban estampidos y explosiones como no las han conocido nunca los oídos humanos. El viento rugía y bramaba, ululaba y retumbaba; todo volaba por los aires, todo era arrastrado a mil metros de altura y volvía a caer. La tierra temblaba, los elementos tronaban. Los acantilados de granito se abrían como cajas de cartón. Nosotros estábamos protegidos de la espantosa tormenta gracias a que nos encontrábamos dentro de un túnel cuya abertura inferior estaba llena de escombros. ¡Gracias sean dadas a Dios Todopoderoso!

Los vientos terribles prosiguieron durante 37 horas. No nos quedaban fuerzas; yacíamos en nuestro refugio, acurrucados y apáticos, con los brazos entrelazados. Lo único que deseábamos era que nos cayese encima la montaña. Nadie se puede imaginar cuánto sufrimos.

Después llegó el agua. Entre el rugido y el estruendo de los vientos oímos de pronto un trueno impetuoso. Era como un torrente y una catarata de océanos sin fin. Fuentes gigantescas arrojaban agua, borboteaban, silbaban y azotaban los acantilados. Como el mar que azota la costa en una tormenta, sucesivas montañas de olas erguían la enorme cabeza y caían unas sobre otras, tronando en el valle, formando inmensos remolinos que absorbían toda la vida y la sumían en las profundidades. Parecía que todas las aguas de la tierra se habían sumado a una majestuosa inundación. Queríamos morir, y gritábamos aterrorizados con los pulmones a punto de estallar.

El agua retumbó durante ocho horas; después, los vientos se calmaron, los quejidos de la naturaleza se acallaron y todo quedó en silencio. Destrozados por este tormento, sin habla por el dolor, nos miramos a los ojos los unos a los otros. Al fin, Johan subió a gatas hasta la pequeña abertura que quedaba en lo alto de la salida del túnel. Le oí sollozar terriblemente y subí a su lado a duras penas. El espectáculo que contemplaron mis ojos me dejó atónito. Mis sentimientos más profundos quedaron hechos trizas. Yo también me eché a llorar amargamente: nuestro mundo había dejado de existir.

Las cumbres de las montañas habían quedado allanadas, como alisadas por una lima gigantesca. No había hielo ni nieve en ninguna parte, ni tampoco nada de verde. Los acantilados mojados relucían bajo una luz desnuda y parda. No se veía el sol, y abajo, en el valle, donde había estado la ciudad balnearia de Grindelwald, sólo se veían las olas de un enorme lago.

Esto sucedió en el año 2016 del calendario cristiano. No sabemos si alguien más sobrevivió a la Gran Devastación. Tampoco sabemos qué sucedió. ¡Que Dios Todopoderoso nos proteja!

Los ocho muchachos y las diez muchachas escucharon, asombrados, la Canción de la Perdición. El abad, Ulrich III, la había interpretado con voz sonora y potente. Después de una breve pausa de meditación se dirigió a los novicios y les dijo:

Ahora, entrad en el Salón del Recuerdo. Examinad con devoción las reliquias de los padres antiguos. Habéis sido escogidos, con vuestros hermanos y hermanas, para que honréis y comprendáis estas reliquias.

Los jóvenes novicios entraron con expectación en el edificio de madera largo y oscuro que hasta entonces sólo habían conocido por fuera. Las hermanas legas habían encendido velas de cera, y las reliquias de los antiguos brillaban a la luz vacilante. Allí estaban los zapatos de los santos, de Gottfried Skaya, Ulrich Dopatka y Johan Fiebag. Los zapatos de sus esposas no estaban. Los zapatos estaban hechos de un material extraño que era suave al tacto como el cuero pero que no era cuero. Ni siquiera los miembros del Consejo de Sabios sabían qué era. Un hermano lego les explicó con paciencia que en los tiempos antiguos pudieron existir animales con esa piel, que fueron destruidos en la Gran Devastación.

Christian, que tenía 17 años y era el mayor de los novicios, levantó despacio la mano.

—Querido hermano —preguntó con respeto—, ¿qué significan las letras que están escritas en los zapatos del santo Johan?

El hombre respondió amablemente.

—Lo único que somos capaces de descifrar son las letras REE al principio y la letra K al final. No hemos podido determinar su significado.

Christian levantó la mano otra vez.

—Querido hermano, ¿había en los tiempos antiguos animales que tuvieran letras en la piel?

—Eres un chico listo —replicó el hermano lego con cierto tono de molestia—. Todo es posible para Dios Todopoderoso.

En una capilla de la habitación oscura estaban las bolsas de supervivencia de los padres antiguos. El hermano lego explicó con paciencia que en el *Libro de los Patriarcas* se les llamaba «mochilas», pero que no se comprendía bien el significado de esta palabra.

A los novicios se les presentó un nuevo enigma: las bolsas de supervivencia estaban hechas de telas de diversos colores, que en realidad no eran telas en absoluto. Como los zapatos del santo Johan, estas bolsas eran suaves y flexibles al tacto; pero, en los 236 años que habían transcurrido desde el comienzo de la Nueva Era, no se habían desintegrado. Los novicios, llenos de alegría, alabaron a Dios Todopoderoso: ¡qué mundo tan maravilloso y lleno de misterios era aquél en el que vivían!

Otra reliquia era la cuerda reluciente que se había encontrado en la bolsa de supervivencia del santo Ulrich Dopatka. Nadie sabía qué era el extraño material del que estaba hecha la cuerda, elástico pero irrompible. Pero en el sagrado *Libro de los Patriarcas* estaba escrito que este material se llamaba «sintético». Ésta era, evidentemente, una palabra de los tiempos antiguos, cuyo significado no conocían ni siquiera los eruditos hermanos del Consejo de Sabios.

Los novicios sintieron extrañas sensaciones cuando el hermano lego les mostró un trozo de «papel de envolver». Era del mismo color pardo apagado y reluciente que el papel en que el santo Gottfried Skaya había escrito la Canción de la Perdición. ¡Cómo debieron de sufrir los santos y venerables padres antiguos! ¡Qué conocimientos y qué materiales tan maravillosos debían de poseer en los tiempos antiguos!

La primera visita a las reliquias duró una hora. Los novicios vieron herramientas desconocidas, lápices misteriosos y unos objetos que se llamaban «relojes» en el sagrado *Libro de los Patriarcas*, entre ellos un reloj parcialmente transparente que sólo tenía una aguja que apuntaba siempre hacia poniente. El hermano lego les hizo una demostración: por mucho que girara el reloj, la aguja volvía a apuntar inmediatamente hacia el punto por donde se ponía el sol.

La ceremonia de iniciación llegó a su culminación. Los novicios esperaban con impaciencia febril el momento en que podrían echar una ojeada por primera vez a la piedra sagrada de Berlitz. Acompañados por el canto coral de los hermanos y hermanas legos,

entraron al santuario interior. En todas las capillas y en todas las repisas había lámparas de aceite encendidas; el aire estaba cargado del rico aroma del aceite de pino. Ante ellos, en el techo de la sala, había un orificio circular a través del cual caía un rayo de sol que iluminaba el altar. Y allí, sobre un pequeño taburete, reposaba la piedra sagrada de Berlitz, el mayor tesoro que poseía el monasterio.

El abad Ulrich III pronunció una oración de acción de gracias. Los presentes escuchaban con emoción profunda y con la cabeza baja. La parte formal del acto de iniciación terminó con las palabras: «¡Santo Berlitz, te agradecemos este don de los cielos!». A continuación, todos los novicios se reunieron alrededor de su abad. Éste tomó cuidadosamente del taburete la piedra sagrada de Berlitz y la presentó a los jóvenes con una sonrisa de alegría radiante.

La piedra tenía el tamaño aproximado de una mano. Era negra, y tenía muchos botones pequeños sobre los que se podían ver letras si se observaban de cerca. La parte superior de la piedra contenía una abertura bajo la cual se veía un fondo gris de brillo apagado. Junto a esta abertura se veía, escrita con letras claras, la palabra «BERLITZ»; y, debajo de ésta, en letras menores, la palabra «Intérprete 2».

El abad Ulrich III oprimió con la punta del dedo los botones correspondientes a las letras de la palabra «AMOR». Inmediatamente, aparecieron sobre el fondo gris las letras «AMOR». Después, Ulrich apretó otro botón, e inmediatamente, bajo las letras «A-M-O-R» aparecieron, como escritas por una mano fantasmal, las letras «A-M-O-U-R».

—¡Aleluya! exclamó Ulrich, y levantó la mirada a los rayos de luz que caían a raudales por el agujero del techo.

—¡Aleluya! —dijeron con alegría los novicios y los hermanos y hermanas del coro.

—¡El poder de la piedra se conserva! ¡Alabado sea el santo Berlitz y su poder perdurable!

El abad volvió a apretar los botones. Esta vez apareció la palabra «S-A-G-R-A-D-O», y poco después las letras «S-A-C-R-É».

—¡Aleluya! —gritó el abad hacia el techo, y los presentes repitieron: «¡Aleluya!». Ulrich III empezó, cada vez más deprisa, a apretar en los botones de la piedra sagrada de Berlitz las teclas que formaban otras palabras. En cada caso aparecían letras extrañas bajo las palabras. Era una maravilla que no podía abarcar la comprensión humana. Los novicios se miraron entre sí, asombrados. Sabían que habían presenciado una gran maravilla. Era un momento sublime.

Por último, Ulrich, con cuidado y contra su voluntad, puso la piedra sagrada de Berlitz en el taburete. Con reverencia y con aire grave, dijo a los novicios:

—La piedra sagrada de Berlitz es una piedra traductora. Con su ayuda, la lengua de los santos padres antiguos se puede traducir a otras lenguas de la Vieja Era. La piedra es sagrada, pues conserva la fuerza eterna del sol. Con tres horas de luz del sol basta; con ellas, la piedra hablará durante doce horas. No ha defraudado nunca al Consejo de Sabios. Nos ha ayudado a entender el sagrado *Libro de los Patriarcas*. También nos ayudará a descifrar otros textos de los tiempos antiguos, cuyos restos se suelen descubrir.

Entonces, Valentín, el segundo novicio en edad, preguntó titubeante:

—Reverendo padre Ulrich, ¿de dónde procede la piedra sagrada de Berlitz?

¡Un joven muy despierto! —Respondió el abad con simpatía—. Has de saber, pues, que la piedra sagrada de Berlitz fue descubierta por el santo padre antiguo Ulrich Dopatka. En el *Libro de los Patriarcas* está escrito cómo encontró la piedra el santo Ulrich Dopatka. Esto sucedió dos años, once meses y nueve días después de la Gran Devastación. El santo Ulrich Dopatka escaló los restos de la montaña a la que llamaban el Jungfrau. Algunos centenares de metros por debajo de la cumbre, que había quedado destruida en la Noche de la Destrucción, existían unas ruinas. En el capítulo 16,

versículo 38, del *Libro de los Patriarcas* se dice, incluso, que eran las ruinas de una estación científica que había existido bajo la cumbre de la montaña.

El abad se detuvo unos momentos a cobrar aliento y siguió diciendo:

—Mi joven amigo, el santo Ulrich Dopatka escaló probablemente la montaña a la que llamaban Jungfrau con la esperanza de encontrar algo útil entre esas ruinas. Quizás lo guiara el espíritu del Santo Berlitz para que encontrase la piedra sagrada. ¡Los caminos de Dios son muchos y misteriosos!

»Mañana empezaráis todos a leer el sagrado *Libro de los Patriarcas*. En los años venideros aprenderéis muchas cosas. Sed obedientes y humildes. ¡Alabado sea Dios Todopoderoso y los santos padres antiguos!

En el *Libro de los Patriarcas*, cada capítulo empezaba con las palabras: «Mi padre me contó...». El texto original del libro había sido escrito por los hijos de los primeros padres, de los patriarcas, y había contenido 612 páginas en total. Pero sólo se conservaba la cuarta parte del texto. La letra era muy difícil de descifrar, pues estaba muy emborronada y amarillenta por el paso del tiempo. Gracias a Dios que los hermanos y hermanas legos habían empezado pronto a hacer copias a mano.

Pero las primeras ocho páginas eran diferentes, pues habían sido escritas por el santo Gottfried Skaya en ese «papel de envolver» que llevaban consigo los primeros padres en sus bolsas de supervivencia. Estas páginas contenían por ambos lados inscripciones con líneas finas y de color negro cuya composición no entendía nadie. Llevaban fechas del antiguo calendario cristiano.

Desde entonces no se había escrito nada más durante muchos años, hasta que aparecieron las primeras escrituras en pieles de animales. Habían sido escritas por los patriarcas y por los hijos y los sobrinos de los primeros padres. Éstos habían introducido un nuevo calendario contando los años a partir de la Gran Devastación. Las letras rojas y bien formadas de estos documentos destacaban sobre

el fondo amarillo y oscuro de las pieles; con frecuencia se habían cosido entre sí varias pieles con tallos de plantas. Sólo en el año 116 de la Gran Devastación empezaron a utilizar los descendientes de los patriarcas el papel de cal: se preparaba una base de fibra vegetal tejida y sobre ésta se extendía una fina capa de cal. Para que el conjunto fuera más suave, la cal se mezclaba con aceites vegetales.

Los novicios disfrutaban mucho de sus estudios. Sus maestros eran los miembros más antiguos del monasterio; todas las preguntas que se les ocurrían eran respondidas por los que se reunían en el Consejo de los Sabios.

—Honorable miembro del Consejo —preguntó una novicia en la cuarta semana de estudios—, ¿por qué me llamo Birgit y el que está a mi lado se llama Christian? ¿Por qué hay un Valentín, un Marcus, un Will y una Gertrude? ¿De dónde proceden estos nombres?

—Son los nombres que dieron los primeros padres a sus hijos e hijas. Hubo tres padres: el santo Gottfried Skaya, el santo Ulrich Dopatka y el santo Johann Fiebag. Tuvieron entre ellos cuatro esposas, de las que sólo conocemos el nombre de pila: Silvia, Gertrude, Elisabeth y Jacqueline. Los primeros padres procrearon con estas esposas y tuvieron hijos; en los primeros años que siguieron a la Gran Devastación, cada esposa dio a luz a un hijo cada año. Todos estos descendientes recibieron nombres que los patriarcas conocían de los tiempos antiguos. ¿Queda respondida tu pregunta?

Más tarde dijo Valentín:

—Ayer leímos el capítulo 19; pero no nos pusimos de acuerdo en lo que significaban los «grandes pájaros». Honorable miembro del Consejo, ¿podría explicárnoslo?

El honorable miembro del consejo dudó un momento y después sonrió y se acercó, pensativo, a la pared, en la que había ejemplares del *Libro de los Patriarcas* suspendidos de toscos soportes de madera. Buscó la página correspondiente al capítulo 19,

la separó de las demás, se la puso delante a Valentín y le pidió que leyera el texto en voz alta.

Capítulo 19.

Versículo 1: Mi padre me contó que su padre, Gottfried, le había contado esta parábola un día que, al mediodía, voló sobre el valle un gran pájaro.

Versículo 2: En mis tiempos había pájaros que eran doscientas veces mayores que ese pájaro.

Versículo 3: En los vientres de esos pájaros se sentaban personas que comían y bebían.

Versículo 4: Podían ver la Tierra a sus pies por pequeñas ventanas.

Versículo 5: Estos pájaros volaban con las alas rígidas, más veloces que el viento, por encima de las grandes aguas.

Versículo 6: Más allá de las grandes aguas había casas tan altas que algunas tocaban las nubes. Por esa causa las llamaban «rascacielos».

Versículo 7: En las ciudades donde estaban los rascacielos vivían millones de personas.

Versículo 8: No sabemos qué fue de ellos. Que Dios se apiade de sus almas.

—Y bien, Valentín, ¿qué crees que significa esto?

Valentín se encogió de hombros.

—Francamente, no lo sé. No me imagino grandes pájaros en cuyo interior se puede sentar la gente a comer.

—¿Dudas de lo que está escrito en el *Libro de los Patriarcas*?

Valentín se quedó callado, pero la atenta Birgit dijo:

—El texto procede de un patriarca de la tercera generación posterior a la Gran Devastación. Indica que su abuelo relató esta parábola a su padre. Una parábola debe de ser una especie de símil.

El novicio Christian, que se sentaba junto a Birgit y que rara vez la contradecía porque la amaba, la interrumpió con una vehemencia poco común.

—Yo entiendo que el texto significa lo que dice, aunque no soy capaz de imaginarme unos pájaros gigantes en cuyo interior se sienta la gente y come. El santo Gottfried Skaya no mintió a su hijo: era un testigo vivo de los tiempos antiguos.

Siguió a esto una discusión animada que fue interrumpida por el honorable miembro del consejo:

—¡Ya basta, novicios! El Consejo de los Sabios ha discutido en muchas ocasiones el capítulo 19. Hemos consultado también a la piedra sagrada de Berlitz. La piedra no conoce otros nombres de los grandes pájaros. Por lo tanto, no pueden haber existido. Es cierto que la piedra sagrada reconoce a los rascacielos. Debieron ser, por lo tanto, grandes casas o torres, tal como se describen en el *Libro de los Patriarcas*.

Creemos, por lo tanto, que los grandes pájaros en los que se sentaban las personas fueron una visión del futuro que fue otorgada al santo Gottfried Skaya. Sabéis, por supuesto, que los seres humanos no vuelan, pero que les gustaría ser como los pájaros en este sentido. Fue sin duda movido por este deseo por lo que el santo Gottfried Skaya imaginó un futuro lejano en el que las personas volarían por encima de las aguas como grandes pájaros, sin trabajo ni cansancio. Es probable que el joven patriarca cometiera un error al anotar esta relación. No debería haber escrito los versículos 2 al 7 en pasado sino en futuro. Dicho de otro modo, no es «*había* pájaros que *eran* doscientas veces mayores que este pájaro», sino «*habrá* pájaros que *serán* doscientas veces mayores que este pájaro». ¿Lo entendéis, novicios?

Todos guardaron silencio. Marcus y Christian no estaban de acuerdo con el Consejo de los Sabios en este punto. Christian ya estaba representándose en su imaginación grandes pájaros hechos de fuertes vigas de madera, en cuyo interior se sentaba la gente y saludaba con la mano a los de abajo.

El estudio de los textos se hacía más difícil con el paso de los meses. Esto se debía a que una buena parte de los textos originales resultaban ilegibles y, por lo tanto, no se habían trasladado a las copias excelentes que se habían realizado. Por otra parte, faltaban muchas palabras incluso en las propias fuentes originales: había lagunas en el texto que dificultaban la comprensión del conjunto. Eran muy enigmáticos los textos incompletos de la primera generación, por ejemplo, el capítulo 3, que hablaba de las causas de la Gran Devastación.

Versículo 1: Mi padre me contó que su amigo Johan, el geólogo, opinaba que habla sido causada por un gran meteorito que colisionó con la Tierra.

Versículo 2: Se calculaba estadísticamente que podía colisionar con la Tierra un meteorito o un cometa cada 10 000 años.

Versículo 3: La fuerza de la colisión... [ilegible]... veinte veces superior a la bomba de Hiroshima.

Versículo 4: [falta el principio en el original]... asteroides Geógrafo, Adonis, Hermes, Apolo e Ícaro cruzan la órbita terrestre.

Versículo 5: [falta el principio en el original]... una falla polar que condujo a un desplazamiento del eje terrestre.

Versículo 6: El polo norte está ahora en la dirección de la puesta del sol... [ilegible].

Versículo 7: Lo que antes era tierra está ahora bajo las aguas; sólo no están sumergidas las montañas y los valles altos.

Versículo 8: Las montañas que antes estaban bajo el mar ahora deben de estar visibles... [falta el resto].

Ya el primer versículo era oscuro. La palabra «geólogo» aparecía siempre citada en relación con el santo Johan Fiebag. Pero no se explicaba el significado de esta palabra. La piedra sagrada de Berlitz aceptaba la palabra «geología», pero ¿qué significaba? Lo mismo podía decirse de las palabras incomprensibles «cometa» y «meteorito».

Los honorables miembros del Consejo de Sabios no conseguían explicar el concepto «bomba de Hiroshima». Habían estudiado esta palabra dividiéndola de todas las maneras posibles sin ser capaces de determinar su significado. «Hir» podría interpretarse como «aquí»^[1]; «Hiro» se parece a «héroe». Y gracias a la piedra sagrada de Berlitz se había descubierto que una bomba era algo que «se arrojaba» y «explotaba».

Era imposible determinar el significado de la última parte de «bomba de Hiroshima», aunque algunos miembros del consejo creían que se refería a una tierra lejana de los tiempos antiguos a la que se llamaba «China» en otra parte del texto. «China» y «shima» eran palabras parecidas. ¿Qué significaban, entonces, esas palabras? Lo más probable era que significasen «lo que arrojó un héroe en China» o «aquí explotó el héroe de China». Pero otros miembros del consejo discutían esta interpretación, pues era bien

sabido que sólo habían sobrevivido a la Gran Devastación los tres primeros padres y las cuatro primeras madres. ¿De dónde había salido, entonces, el «héroe de China»?

El significado del capítulo 4 era igualmente caótico y oscuro. En él, el hijo del santo Ulrich Dopatka había escrito:

Versículo 1: Mi padre me contó que en los primeros días habían pasado mucha hambre hasta que habían descubierto que las aguas estaban llenas de peces.

Versículo 2: En los primeros meses habían mantenido la esperanza de que apareciese algún aeroplano.

Versículo 3: Pero no llegó ningún aeroplano, sino un ovni.

Versículo 4: Lo pudieron observar durante mucho tiempo, tanto los hombres como las mujeres.

Versículo 5: El ovni había pasado suavemente sobre las rocas de la orilla inferior.

Versículo 6: Algunos meses más tarde, toda la orilla había empezado a poblarse de vegetación y a reverdecer.

Versículo 7: Entre las plantas que aparecieron allí encontraron muchos cultivos conocidos: patatas, maíz, trigo; en resumen, todo lo que necesitan las personas para su sustento.

Versículo 8: Todos quedaron muy agradecidos y contentos, pero los extraterrestres no se dejaron ver hasta muchos años más tarde, hasta el día en que vinieron a buscar a Gottfried Skaya.

Los honorables miembros del Consejo de los Sabios daban a este capítulo del *Libro de los Patriarcas* el título de *Canto de Esperanza*. El versículo primero estaba claro, pero el versículo 2 contenía una palabra incomprensible: «aeroplano». La piedra sagrada lo traducía únicamente por «avión», que los más eruditos habían relacionado con «pájaro». Por comparación con otros tres pasajes del texto, se sabía que «aero» significaba «lo relacionado con el aire». Pero ¿por qué «plano»? Por muchas vueltas que le dieran, no le encontraban ningún sentido: «pájaro plano», «pájaroaire», «aire plano», «pájaroaire plano». Era fácil estar de acuerdo con un miembro veterano del consejo que afirmaba que el texto debía de contener un ligero error, que el hijo del santo Ulrich Dopatka debía de haber cambiado algunas letras de la palabra por error. No debería decir «aeroplano» sino «aeropanel», que quizá fuese una palabra antigua que designase un muro o una protección contra el aire o contra el viento. Sin duda, los primeros meses que

siguieron a la Gran Devastación debieron de ser fríos y haría mucho viento. Por eso los patriarcas habían confiado en encontrar algo que los protegiera del viento, pero evidentemente no lo habían encontrado. Esta interpretación era sólida y en general la aceptaban muchos.

Pero las dificultades de interpretación del resto del capítulo 4 seguían siendo insuperables. ¿Qué querían decir los patriarcas cuando hablaban de un «ovni»? Debía de ser algo que se podía observar durante mucho tiempo. De algún modo, este ovni tenía algo que ver con los cultivos que empezaron a brotar junto a la orilla. El ovni debía de ser sin duda Dios Todopoderoso, pues todos los cultivos habían quedado destruidos en la época de la Gran Devastación. Y ahora, gracias al ovni, habían vuelto a aparecer. Aquello debía de referirse, por lo tanto, a la generosidad y a la bondad eterna de Dios, que salvó del hambre a los primeros padres y a las primeras madres. Por eso quedaron todos, tal como se dice en las palabras maravillosas del versículo 8, «muy agradecidos y contentos».

Pero ¿qué hay de la palabra «extraterrestre»? Sea lo que fuere, había vuelto más tarde para buscar una vez más al santo Gottfried Skaya.

Los miembros del Consejo de los Sabios conocían la palabra «terrestre». Significaba «lo vinculado a la Tierra». «Extraterrestre» debía de significar, pues, algo que venía de más allá de la Tierra, que claramente no estaba vinculado a ella. Debía de referirse, pues, a Dios Todopoderoso o a alguno de Sus mensajeros. En el Consejo de los Sabios no cabía duda al respecto. Dios Todopoderoso debía de haber escogido a Gottfried Skaya para enviarle un mensajero o varios. Las palabras del versículo 8 no admitían otra interpretación posible: «... pero los extraterrestres no se dejaron ver hasta muchos años más tarde, hasta el día en que vinieron a buscar a Gottfried Skaya».

Los monjes más inteligentes y perspicaces no podían hacer más que buscar el significado de estas cosas. La respuesta llegó como

un relámpago que lo iluminaba todo. Dios Todopoderoso había permitido que todo el mundo fuera destruido, de modo que la Gran Devastación debió de ser un castigo que había impuesto el Señor a la humanidad, una purificación de la Tierra. Pero como Dios Todopoderoso, con Su bondad inagotable, no había querido destruir por completo la humanidad, había elegido a un pequeño grupo de personas puras para que sobrevivieran a la destrucción. Éstas debían fundar una nueva raza de hombres.

Estas ideas quedaron confirmadas cuando los pensadores perspicaces del monasterio consiguieron descubrir el significado del nombre Gottfried Skaya. «Skaya» se interpretaba como «cielo»^[2], y la piedra sagrada de Berlitz traducía «Gott» por «Dios» y «fried» por «paz». Estaba claro, por lo tanto, que «Gottfried Skaya» representaba la nueva paz que había establecido Dios con la humanidad, después de haber purificado el mundo con la Gran Devastación.

El hermano Johan, a quien se le ocurrió esta interpretación brillante, era descendiente del santo Johan Fiebag, y como premio le hicieron miembro de la Orden de los Pensadores.

Después de cuatro años y medio, sólo seguían fieles a sus estudios tres de los dieciocho novicios. Los demás trabajaban en el monasterio o en los campos; y todas las novicias, sin excepción, habían tenido sus primeros hijos.

Marcus y Valentín estaban de acuerdo, en general, con las ideas y las opiniones más aceptadas, y pronunciaban conferencias inspiradoras en el monasterio. Christian seguía dudoso y escéptico. Había intentado muchas veces acceder a la Revelación del Santo Gottfried Skaya. Pero sólo se permitía ver este documento al propio abad. Christian, inteligente y perspicaz, no se conformaba con los misterios ni con la aceptación por la fe, de modo que decidió convertirse en abad.

El camino que conducía a la cumbre, al cargo de abad, era largo y arduo y solía estar salpicado de todo tipo de intrigas: había que hacer equilibrios entre el Consejo de los Sabios y los funcionarios

principales del exterior del monasterio. La misión de Christian se hacía más difícil por el hecho de que nunca podría revelar la verdad de sus motivos ni compartir con nadie sus pensamientos más íntimos.

Con el paso de los años, Christian se convirtió en un personaje cada vez más solitario. Pasaba mucho tiempo encerrado con sus estudios, aislándose. Los que lo rodeaban creían que se debía a su fuego interior y al espíritu de dedicación que le ardía dentro. Tenían razón, pero no sabían que este fuego estaba atizado por sus dudas acerca de la interpretación de los textos. Christian no quería creer, quería saber. La crítica textual se había convertido en una maraña impenetrable de comentarios eruditos. Cada uno de los miembros del consejo creía que sus ideas eran las más adecuadas e intentaba imponer su visión personal. En los ejemplares más modernos del *Libro de los Patriarcas* se suprimían pasajes cada vez mayores porque, según los sabios miembros del consejo, «no tenían ningún significado y sólo servían para confundir».

En el capítulo 45 del *Libro de los Patriarcas* estaba escrito que pocos días después de la Gran Devastación habían aparecido maderas flotando en las aguas y habían vuelto a aparecer los pájaros; y que, al cabo de pocas semanas, habían empezado a asomar tallos y brotes verdes en los agujeros y en las fisuras de las rocas.

El Consejo de los Sabios consideraba que esto era un milagro que había otorgado la mano de Dios. Christian no estaba de acuerdo. Diversas aves podían haberse librado de la Gran Devastación refugiándose en cuevas entre las rocas. El polen y las semillas podían haber volado por los aires y después haber caído a la tierra y haber empezado a crecer. Lo mismo puede decirse de las diversas especies de animales pequeños que empezaron a aparecer de nuevo poco a poco. Podían haberse escondido en todo tipo de lugares para refugiarse de la Gran Devastación.

Los debates interminables sobre todo esto eran agotadores. Por ejemplo, en el texto original estaba escrito (capítulo 32, versículo 6):

«Gracias a Dios, el encendedor de Uli funciona todavía; pudimos freír los pescados...». Pero en la versión más moderna, el texto se modificaba y se convertía en: «Dios envió a Ulrich Dopatka un fuego para que los primeros padres pudieran calentar su comida». ¡Aquello era una falsificación del texto! A pesar de sus manifestaciones vehementes de desacuerdo, y del apoyo tibio de Valentín y de Marcus, Christian quedó en minoría. El Consejo aprobó la nueva versión.

Igualmente absurdo fue el debate sobre el capítulo 44, que había recibido el nombre de *El Periodo de los Ángeles*. El texto original decía así:

Versículo 1: Mi padre me contó que las gentes de la Vieja Era viajaban por el espacio.

Versículo 2: Varias expediciones habían llegado a la Luna y habían regresado a la Tierra sanos y salvos.

Versículo 3: La tecnología necesaria era muy costosa, por lo tanto las diversas naciones habían colaborado entre sí enviando a sus asesores científicos para que trabajasen en estos proyectos.

Versículo 4: Se había planeado una segunda expedición a Marte para el año 2017, un año después de la Gran Devastación.

Versículo 5: Para evitar tensiones y disputas, todas las naciones que participaban en estos proyectos habían sido informadas de los progresos técnicos de los mismos.

Versículo 6: El intercambio de información se había realizado a través de emisarios y de asesores científicos.

Por el Libro de *Datos Astronómicos* (capítulos 49-51) se sabía que «la Luna» era la luz pequeña de la noche, y que Marte era el planeta más próximo a la Tierra, de órbita exterior a ésta. Se conocían los nombres de todos los planetas, así como la estructura del sistema solar. Y resultaba que una de las palabras que daba la piedra sagrada de Berlitz como respuesta a «emisario» era «ange», que el Consejo relacionaba con «ángel»^[3]. Evidentemente, aquellos mensajeros habían sido ángeles, no cabía duda de ello; esto quedaba confirmado por el hecho de que en otros nueve pasajes del texto la palabra «emisario» podía sustituirse por «ángel» sin pérdida alguna de sentido.

La nueva versión del capítulo 44, en la que se introducían comentarios muy aclaradores, decía así:

Mi padre me contó que en la Vieja Era la gente había observado los cielos. Soñaban con viajar con seguridad a la Luna y con regresar de ella sanos y salvos. En aquellos tiempos, los ángeles visitaban a las diversas naciones. Advertían a los seres humanos de la inminencia de la Gran Devastación y de que no era bueno adorar al planeta Marte. Para evitar tensiones y disputas, todas las naciones eran informadas de estas advertencias. Los propios ángeles difundían esta información.

Según las ideas de Christian, estas alteraciones falseaban el texto original; pero las había aprobado el Consejo de los Sabios. Ahora se decía que el Consejo estaba «inspirado por el espíritu» y que, por lo tanto, tenía autoridad suficiente para adaptar los textos incomprensibles y darles una forma razonable y accesible.

Christian tenía 49 años cuando fue elegido para el cargo de abad. En honor del santo Gottfried Skaya, tomó el nombre de abad Gottfried II.

La confusión textual

*Los que no pueden atacar al pensamiento
atacan en cambio al pensador.*

Paul Valéry (1817-1945)

LOS TEXTOS QUE FUERON ESCRITOS hace milenios y que nos han sido transmitidos contienen una profusión de estupideces: son un crisol abigarrado de fantasías (en parte mitos, en parte leyendas), algunas de las cuales son tenidas, además, por libros sagrados. Muchos de estos relatos fantásticos pretenden ser la verdad absoluta. Se supone que sus fuentes textuales originales fueron dictadas personalmente por Dios, o cuando menos por algún arcángel u otro espíritu celestial, o quizás por un santo o por una persona «inspirada» en el sentido gnóstico de la palabra. (Actualmente se considera que la «gnosis» es una filosofía, una visión del mundo o una religión de influencia esotérica. Pero la palabra «gnosis» viene del griego y significa «conocimiento»).

Es indiscutible que estos textos contienen muchos engaños y muchas fantasías. Se exalta y se glorifica a los líderes respetados; los soñadores convierten las formas de las nubes en señales divinas; sucesos corrientes, tales como la muerte, se convierten en visitas al mundo de ultratumba. Lo que es peor: nuestros antepasados, por su sed de conocimientos y movidos por su fe verdadera y por su deseo de comprender, falseaban y oscurecían los textos. Se relacionaban entre sí hechos que sin duda no tenían nada que ver en las versiones originales. Para «aclarar» las cosas se añadían palabras que, de repente, como por arte de magia, se presentaban como pertenecientes a las fuentes originales. La moral,

la ética, las creencias y la historia tribal se entretrejan; se añaden elementos de otras tradiciones culturales, y se combinan textos cuyas fuentes y cuyo significado original seguramente ya no podremos descifrar nunca.

Este embrollo es comprensible. Estamos hablando de unos textos que tienen miles de años de antigüedad, y de los intentos constantes para entenderlos por parte de nuestros antepasados. Podremos comprender mejor el estado de desorden de los textos antiguos cuando advertimos el grado de confusión que se puede causar en un periodo de tiempo muy inferior al milenio.

Tomemos un ejemplo. Todo fiel cristiano está convencido de que la Biblia es y contiene la palabra de Dios. Y, en lo que se refiere a los Evangelios, existe la creencia generalizada de que los compañeros de Jesús escribieron sus palabras y sus profecías prácticamente según iban produciéndose. La gente cree que los evangelistas contemplaron los viajes y los milagros de la vida de su maestro, y que poco después anotaron lo que había sucedido. A esta «crónica» de la vida de Jesús se le atribuye la consideración de «texto original».

¿Textos originales?

Pero, en realidad (y esto lo sabe todo teólogo que lleve algunos años de estudios), todo esto es francamente falso. Esos «textos originales», que son un rico filón para las especulaciones teológicas, no existen en realidad. ¿Qué es lo que tenemos verdaderamente? Unas copias que, sin excepción, se realizaron entre los siglos IV y X después de Cristo. Y todas estas copias (unas 1500 en total) están tomadas de copias anteriores; y ninguna copia es exactamente igual a otra. Se han contado más de 80 000 discrepancias textuales. No existe ni una sola página de estos supuestos «textos originales» que no contenga contradicciones. De copia a copia, los copistas alteraban los versículos pensando que ellos entendían mejor su significado y que eran capaces de expresarlo de una manera que se adaptaba mejor a las necesidades de su época.

Estos «textos bíblicos» originales están plagados de millares de errores que no es difícil poner al descubierto. El más conocido, el *Codex Sinaiticus* (que, como el *Codex Vaticanus*, data del siglo IV d. C.), fue descubierto en 1844 en el monasterio del Sinaí. Contiene más de 16 000 correcciones realizadas por siete manos diferentes. En varias partes, el texto se ha alterado varias veces y ha sido sustituido por un nuevo «texto original». El profesor doctor Friedrich Delitzsch, especialista altamente capacitado, encontró unos 3000 errores de transcripción, sólo en este texto^[4].

Todo esto resulta comprensible cuando nos damos cuenta de que ninguno de los evangelistas fue, en realidad, contemporáneo de Jesús, y de que ningún contemporáneo suyo escribió ninguna

crónica de primera mano. Sólo después de la destrucción de Jerusalén en el año 70 por el emperador romano Tito (39-81 d. C.) empezó alguien a escribir algo acerca de Jesús y de los suyos. El evangelista Marcos, el primero del Nuevo Testamento, escribió su versión al menos 40 años después de la crucifixión de su maestro. Los propios Padres de la Iglesia de los primeros siglos estaban de acuerdo (aunque disintiesen entre ellos en muchas otras cosas) en que los textos originales habían sido alterados. Hablaron muy claramente de la «adición, profanación, supresión, alteración y destrucción generalizada» de los textos. En este sentido, el especialista doctor Robert Kehl, de Zurich, escribió:

Ha sucedido con frecuencia que un mismo pasaje haya sido corregido en primer lugar por una mano y que después haya sido «recorregido» por otra persona para darle un significado muy distinto, en función del dogma que marcara por entonces una escuela de pensamiento determinada. En todo caso, las correcciones individuales (y tanto más las correcciones generalizadas y sistemáticas) produjeron un caos completamente indescifrable^[5].

Cualquier persona que disponga de una Biblia puede comprobar la veracidad de esta conclusión tan tajante. Basta con algunos ejemplos: compárense, por ejemplo, los Evangelios de Mateo y de Lucas con el de Marcos. Los dos primeros afirman que Jesús nació en Belén. Marcos dice que nació en Nazaret^[6].

Contradicciones incontables

Sería bonito que al menos los teólogos pudieran estar de acuerdo en algo. Por el contrario, adoptan posturas enfrentadas, defienden con vehemencia sus recovecos, a veces simplemente molestos, otras veces llegando a la ira justiciera en la defensa de sus interpretaciones. Al profano le resulta francamente imposible abrirse camino entre la maraña de contradicciones y de distorsiones. Pero a mí me parece que los propios teólogos, a pesar de la línea directa que tienen con Dios, siguen un camino equivocado.

Si incluso los textos que datan de periodos sobre los que estamos informados (al fin y al cabo, sabemos algo de la historia romana) están tan distorsionados y tan adulterados, ¿qué podemos esperar de unos textos que tienen varios miles de años de antigüedad? Estos textos antiguos, sea cual sea su origen geográfico o religioso, son un popurrí, una ensalada. Uno se puede ahogar entre los miles de páginas de los comentarios que han escrito los investigadores aplicados, íntegros y llenos de conocimientos lingüísticos. Lo único que no hacen es estar de acuerdo los unos con los otros, ni siquiera los de una misma generación, cuánto menos a lo largo de periodos más largos.

Yo estoy convencido de que esta ensalada de comentarios sobre los textos antiguos de la humanidad (a pesar de que las mentes despiertas le han añadido un aliño muy alabado de investigación científica, de análisis y de comparación) no ha adelantado nuestros conocimientos ni en una letra. Los siglos de pensamiento y de filosofía profunda por parte de mentes indiscutiblemente grandes y sabias no han proporcionado ninguna respuesta segura, ni mucho

menos una prueba de la existencia de Dios, de los dioses, de los ángeles o de las huestes celestiales. La literatura de la exegesis, de la interpretación de los textos religiosos, llena bibliotecas enteras, pero nadie es capaz de encontrarle ya pies ni cabeza. Los resultados obtenidos concuerdan, en el mejor de los casos, con las opiniones de una escuela de pensamiento determinada, y cambian con el tiempo, según «los aires que corren». Tampoco es que importe mucho: cada nueva generación no conoce, ni le interesa, lo que pensaban sus predecesores.

En su diálogo *Fedro*, Platón pone en boca de Sócrates lo siguiente:

En Naukratis, en Egipto, cuentan que allí residía uno de los antiguos dioses, el mismo en cuyo nombre es sagrado el ave llamada ibis. Pero el nombre del dios era Toth. Él fue el primero que ordenó los números y sus armonías, así como el arte de las medidas y la ciencia de las estrellas, así como los juegos de dados y de tablero, y también las letras (...)

Este dios Toth entregó la escritura al faraón que reinaba en aquellos tiempos, con estas palabras: «Este arte, oh rey, hará a los egipcios más sabios y con mejor memoria, pues se ha inventado para ayudar al recuerdo y a la comprensión».

El faraón no estuvo de acuerdo y contradijo al dios Toth: «Este invento hará que las almas aplicadas sean más olvidadizas (...). Llegarán a confiarse en los signos externos de esta escritura y ya no tendrán recuerdo interior y directo. Tu invento sólo ayudará a la memoria exterior, no al recuerdo interior^[7].

Tenía razón. Los textos de 1000 años de antigüedad sólo pueden contarnos algo que sucedió (quizá) en algún momento y de una manera u otra. No pueden ayudarnos a saber qué sucedió en realidad.

Quién sabe: Dios (sea quien sea) bien puede haber creado otros mundos mucho antes de éste. En los *Relatos judíos de la Antigüedad* se lee:

El Señor creó mil mundos al principio; después creó todavía más mundos; y todos no son nada comparados con él. El señor creaba mundos y los destruía, plantaba árboles y los arrancaba de raíz, pues crecían desordenadamente y se estorbaban los unos a los otros. Y siguió creando mundos y destruyéndolos, hasta que creó

nuestro mundo. Entonces dijo: «Éste me agrada; los demás no me agradan»^[8].

Un don del cielo

¿Fue verdaderamente un ser humano quien, en una larga fase de desarrollo del intelecto, tuvo la idea repentina de escribir signos cargados de significado? ¡Por supuesto! ¿Por supuesto? Las antiguas tradiciones nos dicen que la escritura se inventó 2000 años antes de la creación del mundo. Como, evidentemente, por entonces no existía el pergamino, ni la piel de vaca, ni el metal, ni la madera, este libro tenía, según se cuenta, la forma de una piedra de zafiro. Un ángel llamado «Raziel, el que se sentaba junto al río que brotaba del Edén», entregó este extraño libro a nuestro primer antepasado, Adán. Debía de ser algo especial, pues no sólo contenía todo lo que valía la pena saber, sino que predecía también todo lo que sucedería en el futuro. El ángel Raziel aseguró a Adán que encontraría en el libro todo «lo que te sucederá hasta el día que mueras».

No sólo Adán se había de beneficiar de este libro milagroso, sino también sus descendientes:

También tus hijos, que vendrán después de ti, hasta el último de la raza, sabrán por este libro lo que habrá de pasar cada mes y lo que habrá de pasar entre el día y la noche; a cada uno le será conocido (...) si habrá de padecer desventuras o hambre, si el trigo será abundante o escaso, si habrá lluvia o sequía.

¡Un diccionario, o incluso toda una enciclopedia, no son nada comparado con un superlibro como éste! Debemos: buscar a los autores de tal obra entre las huestes celestiales, pues después de que el arcángel Raziel se lo entregase a Adán, e incluso le leyera textos del libro, sucedió algo maravilloso.

Y en la hora en que Adán recibió el libro surgió un fuego en la orilla del río, y el ángel ascendió al cielo entre las llamas. Entonces supo Adán que el mensajero era un ángel de Dios, y que el libro se lo había enviado el santo Rey. Y lo conservó con santidad y con pureza.

Se recuerdan, incluso, detalles concretos del contenido del curioso libro. La inventiva de sus autores, que vivían en alguna zona gris de los albores del tiempo, es difícil de superar.

En el libro estaban grabados los símbolos superiores de la sabiduría sagrada, y en él se contenían setenta y dos especies de conocimientos, divididas en 670 símbolos de los misterios superiores. También estaban escondidas dentro del libro 1500 claves que no se confían ni a los santos del mundo superior.

El viejo padre Adán leyó el libro con gran diligencia, pues sólo él le otorgaba el poder de dar nombre a todos los objetos y a todos los animales. Pero cuando pecó, el libro «salió volando de entre sus manos». Abracadabra.

Adán lloró amargamente y se sumergió hasta el cuello en las aguas de un río. Cuando su cuerpo se quedó hinchado y reblandecido, el Señor tuvo misericordia de él. Mandó al arcángel Rafael que descendiese hasta Adán y que le devolviese la maravillosa piedra de zafiro. Pero no parece que ésta haya servido de gran cosa a la humanidad.

Adán legó el libro mágico a su hijo de diez años Set, que debía de ser un jovencito muy aplicado. Adán no sólo le habló de «la fuerza del libro», sino también de «en qué consistía su poder y su maravilla. También le habló de cómo había usado él el libro, y le dijo que lo había escondido en una fisura de las rocas». Por último, Set recibió instrucciones sobre el modo de usarlo y para «conversar con el libro». Sólo podía acercarse a él con veneración y con humildad. Por otra parte, no debía comer cebolla ni ajo ni otras especias antes de usarlo, y debía lavarse a fondo antes de hacerlo. Adán grabó bien en la mente de su hijo que éste no debía acercarse nunca al libro con ánimo frívolo.

Set siguió las instrucciones de su padre, aprendió durante toda su vida de la piedra sagrada de zafiro y construyó finalmente «... un cofre de oro; guardó en él el libro y escondió el cofre en una cueva en la ciudad de Enoc».

Allí permaneció hasta que «al patriarca Enoc se le reveló en un sueño el lugar donde estaba escondido el libro de Adán». Enoc, que era el hombre más sabio de su época, no perdió el tiempo: fue a la cueva y esperó. «Lo hizo de tal modo que las gentes de ese lugar no advirtieran nada». Por algún medio parapsicológico o gnóstico se le reveló cómo debía servirse del libro. Y «en el momento mismo en que le quedó claro el significado del libro, se le encendió una luz».

Debió de ser, más bien, todo un candelabro:

Enoc supo entonces todos los caminos de las estaciones, de los planetas, de los luceros que desempeñan sus servicios cada mes; supo también el nombre de cada ciclo y de cada órbita y conoció a los ángeles que dirigen sus cursos.

¡Maravilloso! Pero este relato no es tan fácil de desentrañar como parece: no aparece presentado sencillamente en un par de páginas consecutivas de los *Relatos judíos de la Antigüedad*. Tiene muchas pequeñas continuaciones y añadidos, fragmentos que aparecen en muchos pasajes diferentes y separados. Yo no he adornado el relato en una sola palabra; no he hecho más que enhebrar las perlas, por así decirlo, para formar un solo collar. Y ¿qué fue del libro?

Con la ayuda del arcángel Rafael, llegó a manos de Noé. Rafael le explicó el modo de utilizarlo. El libro seguía estando «escrito sobre una piedra de zafiro», y Noé, que volvió a fundar la humanidad después del diluvio, aprendió a comprender, con su ayuda, los cursos de todos los planetas, así como «los cursos de Aldebarán, Orión, Sirio». También aprendió de él «... los nombres de todas las diferentes esferas del cielo (...) y los nombres de todos los servidores celestiales».

Yo no entiendo bien por qué le interesaban tanto a Noé los cursos de Aldebarán, de Orión y de Sirio, ni tampoco de qué le

servía conocer los nombres de los «servidores celestiales». Creo que los supervivientes del diluvio tendrían otras preocupaciones muy diferentes. Ah, sí: Noé depositó el libro en un cofre de oro, y fue lo primero que metió en el arca:

Y cuando Noé salió del arca, el libro estuvo con él todos los días de su vida. En la hora de su muerte se lo dio a Sem. Sem se lo dio a Abraham. Abraham se lo dio a Isaac; Isaac se lo dio a Jacob; Jacob se lo dio a Leví; Leví se lo dio a Kehat; Kehat se lo dio a Amrom; Amrom se lo dio a Moisés; Moisés se lo dio a Josué, Josué se lo dio a los ancianos; los ancianos se lo dieron a los profetas; los profetas se lo dieron a los sabios; pasó de generación en generación hasta que llegó al rey Salomón. También a él se le reveló el libro de los misterios y adquirió una sabiduría inmensa (...). Levantó grandes edificios, y gracias a la sabiduría del libro sagrado hizo prosperar todo lo que emprendía (...). Feliz aquel cuyos ojos han visto, cuyos oídos han oído, cuyo corazón ha comprendido la sabiduría de este libro.

Este relato fantástico del libro de Adán podía catalogarse directamente en la sección de «fantasía», sin más, si no fuera por algunos pequeños detalles que nos hacen dudar. Comprendo la intención de entregar a Adán un libro de estas características, pues nuestro antepasado solitario debió de recibir su conocimiento de alguna parte, aunque un libro no era estrictamente necesario para ello. Adán era, sin duda, un sujeto bastante inteligente, que aprendía de la experiencia diaria lo que le hacía falta. Comprendo también que en cuanto se introdujera en el relato un libro, los cronistas se preguntarían dónde había ido a parar, y así el libro empezaría a pasar de generación en generación.

Pero lo que no encaja de ningún modo en todo esto es la idea de la piedra de zafiro. Al primero que se le ocurrió este relato sólo podría imaginarse libros hechos de papel, pergamino, barro cocido, madera o tabletas de pizarra, o quizá de pieles de animales, o textos tallados en las paredes de las cuevas. ¿De dónde salió la idea de la piedra de zafiro? Hasta hace menos de un siglo, no ya milenios, la

idea de que toda una enciclopedia pudiera grabarse en una piedra preciosa era absolutamente incomprensible. Pero ya no lo es. En la era de la informática, los diccionarios en microchip son perfectamente posibles. Los científicos están estudiando, asimismo, la posibilidad de almacenar información en los cristales. Ahora bien, según el relato, Adán mantenía «conversaciones» con este libro de zafiro. ¿Cómo? ¿En qué estaba pensando el creador de este relato? ¿Y de dónde se sacó los detalles concretos, las «72 especies de conocimientos», los «670 símbolos de los misterios superiores» y las «1500 claves»? Ésta es una información precisa que no se saca uno de la manga, ni mucho menos se atribuye a los dones angélicos venidos de lo alto.

Es indiscutible que hace milenios la gente era más crédula, pero también es verdad que sus creencias estaban arraigadas más profundamente. No niego que creyeran que era oro todo lo que relucía; pero, en cualquier caso, su fe en la creación del mundo era incommovible. Y los ángeles eran tenidos por seres sobrehumanos: eran las espadas y los mensajeros del Dios eterno. Con los ángeles no había bromas: eran temibles. ¿Cómo, entonces, introduciría un cronista a un ángel en su antiguo relato de ficción científica? El «ángel Raziel» lleva a Adán el libro de zafiro, y Raziel es el mismo ángel que «se sentaba junto al río que brotaba del Edén». ¿Un montón de tonterías irreverentes? Como si esto fuera poco, al ángel Rafael se le encarga que devuelva a Adán el libro después de la Caída.

No pretendo sobrestimar la capacidad de este libro misterioso, pero tengo que preguntarme por qué da tanta importancia el autor a ciertas estrellas y constelaciones. ¿Por qué tienen que conocer Adán y sus descendientes los cursos de Aldebarán, de Orión y de Sirio? Existen maneras más sencillas de elaborar un calendario terrestre.

Eva y el ovni

El ángel Raziel, que trajo el libro de zafiro, también «ascendió al cielo entre las llamas», pero no antes de que surgiera «un fuego en la orilla del río». Podemos leer textos que hablan del fuego y de los carros volantes en tiempos de Adán en el texto apócrifo *La vida de Adán y Eva*^[9]. Aunque la versión que ha llegado a nosotros data del 730 d. C., se basa en documentos manuscritos de época desconocida.

Eva miró a los cielos y vio un carro de luces que se aproximaba, tirado por cuatro águilas brillantes, cuya belleza magnífica no puede expresar nadie nacido de mujer.

¿Fue la antigua madre Eva la primera persona que vio un ovni? El mismo Señor que había creado a Adán y a Eva, y que de vez en cuando se daba paseos por el jardín del Edén, también subió a bordo de este ovni:

Y he aquí que el Señor de la fuerza montó en el carro; cuatro vientos lo empujaban, los querubines guiaban los vientos y los ángeles del cielo iban por delante...

Adán aprendió también del libro de zafiro los nombres de todas las diversas esferas del cielo, así como los nombres de los mensajeros celestiales. Pero ¿de qué cielos estamos hablando?

Los *Relatos judíos de la Antigüedad* nos proporcionan información más precisa. La primera esfera se llama Vilón; desde ésta se observa la humanidad. Por encima de Vilón está Rakia, donde se encuentran las estrellas y los planetas. Todavía más arriba está la esfera de Schechakim, y más allá de ésta están los cielos

que se llaman Gebul, Makhon y Maon. La esfera más alta del cielo, más allá de Maon, se llama Araboth.

Allí residen los serafines. Allí están también las ruedas sagradas y los querubines. De fuego y de agua son sus cuerpos. Pero se mantienen íntegros, pues el agua no apaga el fuego ni el fuego seca el agua. Y los ángeles elevan alabanzas al Altísimo, bendito sea Su Nombre. Pero lejos de la gloria del Señor residen los ángeles. Están a 36 000 millas de Él, y no ven el lugar donde reside Su gloria.

Naturalmente, la fuente original no contenía la palabra «millas», sino otra unidad de medida desconocida que algún traductor sustituyó por un término que le resultaba conocido. Pero el número 36 000 no ha variado. Y una particularidad del relato es que estas diversas esferas celestiales no sólo se caracterizan por sus medidas de distancia, sino también de tiempo. Entre un cielo y otro hay «escaleras», y para cruzarlas se precisa un periodo de «500 años de viaje». Si observamos estas crónicas con ojos modernos, se trataría de una distancia de diez años luz a una velocidad del 2 por 100 de la velocidad de la luz.

Todos estos relatos y crónicas se catalogan como «cuentos y leyendas», completamente indignas de crédito por lo tanto, nada más que «fábulas estúpidas», como las calificó hace más de 200 años el teólogo doctor Eisenmenger^[10]. Es fácil descartarlas. A diferencia de la «historia», pueden ser relegadas al reino de la ficción; son grotescas y maravillosas, fascinantes y extravagantes. Naturalmente, en estos cuentos y leyendas se pasa por alto completamente la secuencia cronológica de los hechos y no se guarda el menor respeto a los hechos históricos. Las leyendas son «las especulaciones y las fantasías de un pueblo»^[11]; pero siguen siendo un vínculo valioso entre la investigación histórica y la ciencia. La leyenda aumenta la historia; intenta llenar los vacíos y arrojar luz sobre la oscuridad. La leyenda no surge de la nada; aunque sus puntos de vista y los hechos que relaciona entre sí no concuerden con las fuentes históricas, sigue siendo «la filosofía religiosa de la historia de un pueblo». El propio geógrafo griego Estrabón (h. 63

a. C.-26 d. C.), que escribió una *Geografía* en 17 volúmenes, comentó secamente: «Es indigno de Hornero contar relatos que no contengan una pizca de verdad»^[12].

¿Simples leyendas?

Las leyendas aumentan lo grande, rodean de magia lo misterioso, adornan de poderes imaginarios a sus héroes. Pero las leyendas no son por ello un entramado de mentiras. Siempre están relacionadas con personajes históricos y con hechos reales. Es frecuente que intenten conservar lo que los historiadores olvidan o destruyen. Por ejemplo, todos los ciudadanos suizos conocen la leyenda de Guillermo Tell y la manzana. Los historiadores la rechazaron y la desmitificaron, pero ¿les importa eso a los suizos? ¡Están seguros que, de una manera u otra, el relato cuenta un hecho verdadero!

Las leyendas también son, y lo han sido siempre, internacionales. (En otra obra he demostrado las coincidencias extraordinarias que existen entre los relatos bíblicos y los relatos tradicionales de los indios de Centroamérica^[13]). Las leyendas judías contienen también, sin duda, semejanzas fácilmente demostrables con tradiciones persas, árabes, griegas, hindúes e incluso americanas. Es posible que sus personajes y sus héroes tengan otros nombres, que varíen los dioses y las descripciones de los fenómenos naturales, pero el núcleo de los relatos está relacionado estrechamente. ¿Podría negar alguien que la leyenda del diluvio se encuentra por todo el mundo bajo diversas formas?

En las leyendas se desprecian todas las fechas históricas. No importa *cuándo* sucedió algo; lo único que importa es que sucedió. Tomemos a modo de ejemplo la versión bíblica del diluvio, con Noé y su arca. La gente tenía que *creerse* este relato hasta que se realizó un descubrimiento sensacional en la colina de Kujunds-hik,

donde estuvo Nínive. Los arqueólogos sacaron a la luz 12 tablillas de barro cocido que habían pertenecido a la biblioteca del rey asirio Asurbanipal. En ellas se cuenta la historia de Gilgamesh, rey de Uruk, que era mezcla de dios y de hombre, y que emprende la búsqueda de su antepasado terrenal Utnapishtim.

Asombrosamente, Utnapishtim hace una descripción precisa del diluvio: cuenta que los dioses le advirtieron de su llegada y le encomendaron la tarea de construir un barco en el que debía refugiarse con sus mujeres, sus hijos, sus parientes y con artesanos de todos los oficios. Las descripciones de la tempestad, de la oscuridad, de la subida de las aguas y de la desesperación de los que quedaban atrás todavía tienen la fuerza de un relato apasionante y conmovedor. También leemos, como en la Biblia, el relato del cuervo y de la paloma a los que se envía a buscar tierra firme, y cómo, al fin, cuando descienden las aguas, el barco queda varado en lo alto de una montaña.

Los paralelismos entre el relato del diluvio en la *Epopeya de Gilgamesh* y en la Biblia están claros y no los discute ningún investigador. Lo que es más apasionante dentro de esta semejanza son sus *diferencias*: intervienen dioses y circunstancias diferentes. El relato del diluvio se cuenta en tercera persona en la Biblia, mientras que en la epopeya de Gilgamesh se utiliza siempre la primera persona, dando a entender que es la relación de un testigo presencial que conoció verdaderamente el diluvio.

Los libros de historia y de investigación borran, rompen y destruyen, pero las leyendas no. Se mantienen vivas con terquedad en la conciencia popular, se reescriben y se renuevan continuamente después de cada episodio de guerra y de devastación. La leyenda es recuerdo no enfocado, es el vago legado del pasado al futuro. Por eso confío yo en las leyendas y procuro interpretar su espíritu antiguo con medios modernos.

Repasando los relatos y las tradiciones de la humanidad que han sido transmitidas (y ahora me refiero expresamente a todas las que existen en la faz de la Tierra), parece ser que algún señor, un

altísimo, santísimo, un dios bendito, creó al primer ser humano. Puso a este ser en el jardín del Edén, o en algún lugar de belleza gloriosa. Según las antiguas tradiciones judías, este jardín del Edén existía mucho antes de que fuera creado el mundo, y ya estaba dotado de todas sus delicias.

Todos sus terrenos y plantaciones, y también la cúpula del cielo sobre él, y también el suelo por debajo de él, todo estaba allí; y la Tierra y los cielos no se crearon hasta 1361 años, 3 horas y dos pestaños después.

¡Y todavía se pregunta la gente por qué no se ha encontrado nunca el jardín del Edén, a pesar de la decisión de los que lo han buscado! (Yo he documentado esta búsqueda y su fracaso en un libro anterior^[14]). Es muy probable que la estación experimental de investigaciones Biosfera 1, con su experimento de Adán y Eva, se reciclase más tarde. Y si yo hubiera caído en la tentación de creer que nuestros primeros padres eran los dos únicos habitantes del Edén, las leyendas judías me habrían informado de lo contrario: «Sera, hija de Aser, es una de los nueve que entraron vivos en el jardín del Edén». ¿Y quién eran los otros seis, si nos es lícito preguntarlo?

El «altísimo» había decidido crear al ser humano. Pero antes de hacerlo preguntó a sus jerarquías angélicas, por puro formulismo, qué les parecía la idea. Estaban en contra. «El Señor extendió el dedo y quemó a todos, hasta el último». El «altísimo» volvió a formular la misma pregunta a otros ángeles, con el mismo resultado. El tercer grupo de ángeles respondió que en vista de que el «altísimo» iba a hacer lo que quisiera en todo caso, bien podía poner manos a la obra. De modo que creó a Adán «con sus propias manos».

Al parecer, el primer ser humano «modelo» era superior a los ángeles en algunos sentidos. A éstos les molestaba especialmente pensar que los seres humanos dominarían todo un planeta y podrían reproducirse a voluntad. Al parecer, los ángeles son

estériles y no pueden reproducirse. Por lo tanto, había celos en el cielo.

Disputas celestiales

Ismael era el mayor príncipe de los ángeles del cielo; pues todas las criaturas santas y todos los serafines no tenían más que seis pares de alas cada uno, mientras que él poseía doce pares. E Ismael se unió con todos los ejércitos más altos del cielo contra su Señor; reunió a sus ejércitos a su alrededor y descendió con ellos y se puso a buscar una compañera en la Tierra.

El «altísimo» no podía tolerar un motín como éste. Lo que tenía que suceder sucedió: el «altísimo» expulsó a Ismael y a su ejército del lugar de la santidad. Según la leyenda judía, el pecado del jardín del Edén no tuvo nada que ver con la célebre manzana, sino con el hecho de que este cabecilla, Ismael, sedujo a Eva y la dejó embarazada. Después del acto sexual, «ella lo miró a la cara. Y he aquí que él no parecía un ser terrenal, sino un ser celestial».

¿Un relato absurdo? ¿Completamente increíble? ¿Fantasía pura? Difícilmente. Los relatos que se han copiado y reinterpretado continuamente a lo largo de los milenios contienen un núcleo común que sale a la luz entre incontables pueblos diferentes de partes del mundo muy distantes entre sí: la tentación del ser humano y su seducción. ¿Qué sucedió verdaderamente en ese pasado lejano y nebuloso? Recordémoslo: toda la religión cristiana se basa en la idea de que Jesús tuvo que venir al mundo para salvar a la humanidad. ¿Salvarla de qué? Del pecado original. Este pecado se cometió en el paraíso, en ese jardín maravilloso del Edén. Ya se tratase de una manzana o de un acto sexual, el hecho decisivo tuvo lugar en alguna parte. A Eva la sedujo una serpiente o un arcángel expulsado del cielo. Los teólogos modernos, a los que inquietan

bastante todos estos conceptos, han dado con una solución: el pecado original no existió. Al decir esto, están haciendo que caiga por su base el concepto de la salvación, pero en realidad esto es problema de ellos y no mío.

Y ahora nos encontramos con una paradoja: el cielo es, tradicionalmente, un lugar de alegría pura. El cielo es donde quiere ir la gente después de morir. Todos queremos llegar allí, estar libres por fin de preocupaciones, envidias, desgracias y necesidades. El cielo es el objeto de todos los anhelos y de todos los sueños, el cumplimiento de todas las esperanzas. Pero ¡un momento! Aquí falla algo. Ya había mucha envidia, conflictos y guerras a muerte en el cielo antes de que fueran creados siquiera los seres humanos. ¿Es que hemos entendido mal en algún momento el concepto de lo que es el cielo? ¿Hablan los textos antiguos de un cielo diferente de aquél en el que reside el Dios Todopoderoso?

El dilema se mantiene todavía, aunque uno quiera rechazar o pasar por alto las antiguas tradiciones judías, o aunque uno piense que su propio concepto de lo que es el cielo es superior. El tentador de Eva fue, se mire como se mire, la causa del pecado original que lo cambió todo. Aunque este pecado no haya existido nunca, sigue siendo, según las creencias cristianas, la causa de nuestra salvación posterior por Jesús. Sea o no una leyenda el pecado original, si éste no existió, no existía tampoco una necesidad lógica de salvación. Las cosas no cambian porque el tentador se llame Ismael, Lucifer o demonio.

Como todos sabemos por la Biblia, Dios Todopoderoso envió un diluvio para ahogar a toda la raza humana. Pero ¿por qué? Había creado antes al ser humano primigenio «con sus propias manos», y, como Dios intemporal y eterno que era, podía prever el futuro. Debía saber por adelantado lo que iba a pasar. ¿O es que no lo sabía? Entonces, el «altísimo» sería diferente de lo que millones de personas devotas imaginamos que es Dios. Las leyendas judías nos dice que después de la seducción de Eva surgieron dos razas, la de

Caín y la de Abel. Los descendientes de Caín se comportaban como animales:

Los de la raza de Caín iban descubiertos y desnudos, hombre y mujer como los animales del campo. Salían desnudos a la plaza (...) y los hombres procreaban con sus madres y con sus hijas y con las esposas de sus hermanos a la vista de todos, en la calle.

La malicia y la falsedad de los miembros de esta raza se describen en los relatos de Sodoma y Gomorra. Los habitantes de estas ciudades no seguían ley ni moral alguna, y hacían lo que les parecía^[15].

Además de la decadencia moral general y del desenfreno sexual de Sodoma, los «ángeles caídos» bajaron del cielo en multitud y tomaron «esposas humanas». No podemos calificar de «inocentes» a los ángeles de este tipo. Sus descendientes fueron gigantes:

De éstos nacieron los gigantes, que eran de grueso talle y que extendían sus manos para robar y saquear y para derramar sangre. Los gigantes tuvieron descendientes y se multiplicaron como las plantas rastreras: nacían seis de cada parto.

Ésta era, evidentemente, la zahúrda de la humanidad, sin ninguna virtud que la redimiera: no había posibilidad de separar lo bueno de lo malo. ¿Qué podía hacer el «altísimo» sino ahogar a toda aquella ralea y hacer borrón y cuenta nueva? Lo que nos demuestra, no obstante, que no podía parecerse mucho al Dios verdadero que veneran los creyentes de todas las religiones.

Se supone que los «ángeles caídos» engendraron gigantes. He hablado de estos gigantes en varios libros y no quiero repetirme. Sólo diré brevemente, por lo tanto, que en los *Relatos judíos de la Antigüedad* se distinguen diversas razas gigantes. Existían los Emitas o Espantosos, los Refitas o Gigantescos, los Giborim o Poderosos, los Samsunites o Astutos, los Ávidas o Descarriados y, por último, los Nefilim o Expoliadores.

¡Debía de ser una multitud maravillosa la que se juntó sobre la Tierra! En los relatos apócrifos del profeta Baruc^[16] se les asigna,

incluso, un número exacto: «Dios envió las aguas del diluvio sobre la Tierra y borró toda la carne, y también a los 4 090 000 gigantes».

¿De qué fuente terrestre o celeste sacó el profeta Baruc esta cifra? Naturalmente, la cronología bíblica está equivocada de principio a fin en lo que respecta a los gigantes. Se dice que David, que vivió mucho después del diluvio, luchó contra gigantes que tenían seis dedos en cada mano y en cada pie, tal como cuenta el segundo libro de Samuel (21, 18-22): un disparate cronológico.

El zoológico de Frankenstein

Lo que me asombran no son las fechas, que son un revoltijo imposible de ordenar, sino los *hechos*. Los Relatos judíos *de la Antigüedad* nos hablan de extraños seres de raza mixta, de curiosas formas de vida que no encajan en ninguna secuencia evolutiva. Había seres que tenían «un solo ojo en el centro de la frente»; otros que tenían «cuerpo de caballo y cabeza de carnero»; otros con «cabeza humana y cuerpo de león»; existían incluso, por último, seres humanos sin cuello, con ojos en la espalda y (lo que es más extraño todavía), «seres con rostro humano y con pezuñas de caballo».

¿Acaso este parque zoológico absurdo no es más que una enorme broma, o las locas alucinaciones de un borracho? Es posible. Pero a mí me intriga el modo en que estas relaciones se repiten en diversos lugares. El egipcio Manetón, por ejemplo, nos habla de monstruos semejantes. Este Manetón era un escriba y sumo sacerdote de los templos sagrados de Egipto. El historiador griego Plutarco lo cita como contemporáneo del primer rey de la dinastía de los Ptolomeos (304-282 a. C.). Manetón vivió en Sebenitos, una ciudad del delta del Nilo, y allí escribió una obra en tres volúmenes sobre la historia de Egipto. Había sido testigo directo del fin del reinado de los faraones, que había durado 3000 años, y escribió su crónica de los dioses y de los reyes como persona conocedora de los hechos.

El texto original de Manetón se ha perdido, pero los historiadores Julio Africano (m. 240 d. C.) y Eusebio (m. 339 d. C.) reprodujeron largos pasajes de su obra. Eusebio era obispo de Cesarea, y fue

uno de los primeros cronistas cristianos; sus crónicas pasaron a formar parte de la historia de la Iglesia. Manetón afirmaba que habían sido los dioses los que habían hecho aparecer ciertas criaturas de raza híbrida y monstruos de todo tipo. Ésta es la versión de Eusebio:

Y se dijo que habían producido seres humanos de alas dobles; asimismo, otros con cuatro alas y cuatro rostros; y con un cuerpo y dos cabezas, hombre y mujer, macho y hembra en una misma criatura; aun otros seres humanos tenían patas de cabra y cuernos en la cabeza; otros eran caballos por detrás y hombres por delante; también se dijo que había toros con cabeza de hombre y perros de cuatro cuerpos a los que les salían las colas como colas de pez de la espalda; también caballos con cabeza de perro; (...) y otros monstruos, tales como todas las especies de seres semejantes a los dragones (...) y un gran número de criaturas maravillosas, de formas diversas y diferentes entre sí, cuyas imágenes dispusieron en fila una junto a otra en el templo de Belos y allí las conservaron^[17].

Manetón, a través de Eusebio, tenía razón en lo que se refiere a las imágenes, sin duda. En todos los museos modernos bien dotados se exponen esculturas de seres híbridos. Por lo tanto, las leyendas judías y egipcias son algo más que puras pamplinas: es evidente que hablan de alguna realidad antigua. Y si estos monstruos del gabinete de Frankenstein no existieron nunca, ¿cómo se les ocurrieron a sus inventores? ¿Qué cerebro creó estas extrañas criaturas, y dónde encontraron sus modelos los constructores y los escultores de la Antigüedad? De la tradición, sin duda, que es extraordinaria y minuciosamente precisa, casi hasta la exageración, para tratarse de una estúpida leyenda antigua.

La Biblia describe, en el libro del Génesis, la construcción del arca (6, 15): «La longitud del arca será de 300 codos, su anchura de 50 codos y su altura de 30 codos».

Los relatos judíos son más precisos todavía:

Ciento cincuenta cámaras será la longitud de su costado derecho, ciento cincuenta cámaras será también la longitud del izquierdo; treinta y tres cámaras será su anchura al frente, treinta y tres cámaras será también su anchura en la parte trasera. En el centro habrán diez habitaciones para los utensilios de cocina, y cinco almacenes a la izquierda; habrá cañerías para conducir el agua, que se puedan abrir y cerrar. El navío tendrá tres pisos de alto; tal como es el primer nivel, así serán también los niveles segundo y tercero; en el nivel inferior se alojará el ganado y los animales salvajes; en el nivel intermedio se albergarán las aves; el nivel superior es para los hombres y para las criaturas que se arrastran.

La luz para el arca

Después de que el arca estuviera completamente untada de pez para sellar completamente todas sus rendijas, el interior de aquel navío antediluviano debía de estar muy oscuro. Pero al parecer no era así, porque «en el navío estaba suspendida una gran perla que relucía sobre todas las criaturas con el poder de su luz».

Llegados a este punto, haremos un inciso asombroso. El *Libro de Mormón* es la «Biblia» de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, una comunidad religiosa que se desarrolló en los Estados Unidos. Supuestamente, este libro fue entregado por un ángel al fundador de la Iglesia Mormona, el profeta Joseph Smith (1805-1844). Según los mormones, este libro se conservó durante miles de años en forma de unas planchas de metal ocultas en el interior de una colina. Sólo gracias a dos piedras traductoras que Joseph Smith recibió del ángel Moroni, pudo traducir aquél la antigua escritura al inglés. Las planchas cuentan la historia de los Jareditas, un pueblo que abandonó su antigua patria en la época de la construcción de la torre de Babilonia y que atravesó los mares hasta América del Sur. Sus barcos eran «estancos como un barril, y cuando se cerraron las puertas también ellos quedaron estancos como un barril»^[18].

Pero el interior de los navíos no estaba oscuro, pues el Señor entregó a los Jareditas dieciséis piedras luminosas, dos para cada barco, y esas piedras arrojaron luz brillante durante toda la travesía, que duró 344 días. Se trataba, probablemente, de la misma fuente misteriosa de luz que en el arca de Noé.

Según las tradiciones judías, el señor hizo personalmente a Noé un dibujo del arca: «Y el Señor dibujó con el dedo ante Noé y le dijo: “Mira, así y así debe ser el arca”».

Los mormones tienen algo muy parecido. En el primer libro de Nephi (1,6) se lee: «Debes construir un barco de la manera que te mostraré para que yo pueda conducir a tu pueblo al otro lado de las aguas».

¿Copiaron, pues, los mormones su texto de alguna leyenda judía? ¿O fueron los judíos los que lo copiaron de la epopeya sumeria de Gilgamesh, o de la epopeya babilónica Enuma Elish? En esta última aparece también una variante del relato del diluvio en la que aparece un patriarca sobreviviente llamado Atra Haris y un dios, Enki, que, como siempre, manda construir un barco estanco sin ninguna abertura. También aparece la fuente de luz y la brújula.

No podemos dar respuesta a la pregunta de quién copió qué y de quién. No tenemos por qué suponer que haya existido un plagio por la sencilla razón de que en estas leyendas y libros santos aparezcan detalles semejantes. ¿Con qué derecho podemos excluir la posibilidad de que el texto original del *Libro de Mormón* estuviera grabado, verdaderamente, en unas planchas de metal primitivas? Lo que nos mueve a rechazar tal idea es, sin duda, nuestra vanidad judeocristiana. Y el hecho de que el relato del diluvio sea conocido bajo formas ligeramente diferentes en otras culturas no demuestra tampoco que los cronistas judíos hayan hurtado la idea. Habría muchos descendientes de la primera generación posterior al diluvio, que desarrollaron sus propias versiones del relato.

Los autores de estas leyendas con variaciones vivían en tierras, continentes, culturas y contextos religiosos diferentes. Entre estos lugares no circulaban las noticias; los viajes de un continente a otro todavía no eran corrientes. No obstante, de innumerables fuentes y de todos los rincones del planeta nos llegan relatos y tradiciones que son casi idénticos entre sí. ¿Acaso residía un mismo espíritu en las mentes diversas de estos escritores? ¿Albergaban todos idénticos pensamientos? Jamás! Algunas cosas no se pueden

inventar. Ninguna fuerza de la imaginación podría haber actuado por todo el mundo del mismo modo y al mismo tiempo hace miles de años. Todas estas relaciones uniformes deben proceder de sucesos prehistóricos. Al principio, se escribieron relaciones de una experiencia real. A lo largo de los milenios, estas relaciones se han adornado y se han embellecido y cada pueblo se las ha atribuido a sus propios héroes y profetas legendarios. Pero en el núcleo primitivo queda el gran suceso, alrededor del cual se cristalizaron todas estas leyendas.

El asunto del diluvio

Todo esto nos conduce a un segundo dilema (el primero era el del pecado original). Los libros sagrados proclaman que nuestro Dios amado envió el diluvio para castigar los males de la humanidad. Es evidente que este diluvio tuvo lugar; han salido a la luz datos científicos que lo corroboran^[19]. Por otra parte, un equipo internacional de científicos cree haber localizado los restos del arca de Noé cerca de la cumbre del monte Al Judi, la misma montaña de la región de Ararat donde quedó encallada el arca de Noé según el Corán. El jefe de la expedición, el geofísico David Fasold, explicó a los periodistas que habían utilizado el radar de superficie para obtener excelentes imágenes. Estas imágenes eran tan claras que podía contarse incluso el número de tablas de los costados del casco. Y el profesor Salih Bayraktutan, director del Instituto Geológico de la Universidad Ataturk de Ankara, dijo a los periodistas del *Observer* «Ésta es una estructura construida por manos humanas y que sólo puede ser el arca de Noé»^[20].

¿Ordenó verdaderamente nuestro Dios de amor la construcción del arca? Fuera quien fuese quien lo ordenase, esta figura misteriosa sabía lo que se hacía, pues quería salvar de la devastación al menos a varias personas. De modo que entregó a una persona, o a varias, según las diversas tradiciones, las instrucciones para construir un barco. Realizó, incluso, planos y dibujos con sus propias manos y/o dictó las dimensiones exactas. Facilitó unas perlas o piedras misteriosas y brillantes, e incluso brújulas. Después comenzó la Gran Devastación.

¿Por qué algo tan complicado? Si Dios (y vuelvo a referirme al Dios de todas las religiones) quisiera quitarse de encima unos ángeles descarriados, o a unos gigantes, o a unos seres humanos malvados, sin duda podría conseguirlo con sólo guiñar un ojo, por así decirlo. O como afirma el Corán, el libro sagrado de los musulmanes: «Cuando él quiere algo, le basta con decir: “sea”, y es». (Sura 2, versículo 118). No hace falta un barco, ni planos, ni medidas, ni pez ni ninguna luz misteriosa. Todo ese asunto de la construcción del barco demuestra que alguien quería que las cosas se hicieran así, o bien que no podía hacerlas de otra manera. ¿Por qué tecnología en lugar de un milagro? El verdadero Dios debería saber que su participación en los detalles de la construcción de un barco sólo serviría para que miles de años más tarde surgieran dudas acerca de su omnipotencia. Como era omnisciente, sabría también que algún día existirían innumerables relaciones y versiones de lo que fue el diluvio. ¿Por qué, pues, construir un barco en vez de recurrir a una solución claramente divina? Se sabe que los milagros no se pueden someter a los cálculos de la razón crítica. ¿Qué clase de Dios es, pues, el que provocó el diluvio pero colaboró proporcionando los planos y las medidas del arca?

Pero si *no fue él* quien provocó el diluvio, si, dicho de otro modo, no tuvo nada que ver con la muerte de casi toda la humanidad ahogada bajo las aguas, si el diluvio fue una catástrofe natural, entonces este Dios no era el que conocemos por la religión. En este caso, la humanidad habría atribuido a un Dios el envío de un castigo del que él no era responsable, en realidad. En cuyo caso, la creencia se mueve por un terreno resbaloso. El que suscriba la teoría de la catástrofe nacional debe explicar, no obstante, por qué los relatos acerca del diluvio sirven de tema a leyendas, creencias folclóricas y libros sagrados de muchos países.

Y una cosa más: el diluvio como fenómeno natural o como catástrofe cósmica (provocada, quizás, por la colisión con un cometa o con un meteorito) no cambia el hecho de que el «altísimo» tenía un conocimiento previo de lo que iba a suceder. De otro modo,

no podría haber puesto sobre aviso a sus protegidos, no podría haber dirigido la construcción del arca ni haber dictado instrucciones para que la hicieran estanca.

De momento, sólo queda clara una cosa: este dios de la tradición no puede ser el Dios verdadero al que adoran todos los creyentes de todas las religiones. ¿Por tanto, quién es en realidad?

Supongo que es bien sabido que yo creo que los extraterrestres visitaron nuestra Tierra hace miles de años. He escrito veinte libros y he dirigido una serie de televisión de veinticinco capítulos sobre el tema^[21]. También he comentado a fondo los motivos de esta visita y sus detalles técnicos. No pretendo volver a recorrer estos temas ahora ni volver a comentar las pruebas arqueológicas incontables que apoyan mi teoría y que se han encontrado por todo el planeta.

Lo que me interesa en este libro es una filosofía «paleobiet» (del griego *paleo*, «antiguo», y de *biet*, búsqueda de inteligencia extraterrestre), con una teoría y un edificio de ideas que ilumine el sentido o la falta de sentido de las opiniones y creencias religiosas y que abra una nueva forma de pensar en estas cuestiones. Lo que pretendo no es, ciertamente, fundar una nueva religión ni, como afirman maliciosamente mis críticos, «un sucedáneo de la religión». La religión exige fe, y la fe no tiene lugar en mis investigaciones. Las religiones ofrecen promesas, incluso más allá de la muerte, y yo no prometo cosa alguna. Las religiones construyen iglesias y templos en los que veneran a sus dioses y a sus personajes sagrados, apóstoles, santos y profetas. En la filosofía paleobiet no hay templos ni culto. Las religiones exigen también, en último extremo, el mantenimiento de ciertas normas éticas, y no hay rastro de ello en mis seguidores ni en mí mismo. Y, por último, las religiones exigen el pago de algún tributo económico anual. ¿Te sientes explotado económicamente, querido lector, por haber comprado este libro o por haberlo tomado prestado?

Otro punto de vista

Cuando la nave espacial materna gigante de los extraterrestres llegó a nuestro sistema solar, los extraterrestres que iban a bordo ya habían oído hablar desde hacía mucho tiempo del tercer planeta. Sólo en este planeta azul se cumplían todas las condiciones para la vida. Los extraños descubrieron gran abundancia de formas de vida, entre las cuales se contaban nuestros antepasados primitivos. Aunque eran mudos y torpes, eran por entonces la forma más elevada de vida en la Tierra. Los alienígenas tomaron, por lo tanto, a una de las criaturas y la alteraron genéticamente: una idea que ya no es tan inconcebible en nuestros tiempos.

En algún momento dado, un grupo de extraterrestres descubrió que su experimento con el primer *Homo sapiens* había tenido éxito y que podían dejar la Tierra en manos de este ser humano nativo. Sin duda, era más inteligente que todas las demás criaturas que andaban a cuatro patas o que volaban; tenía también las herramientas ideales para emprender lo que quisiera: sus manos. Para que este ser se multiplicase hacía falta una hembra: Eva, o comoquiera que se llamase nuestra madre primigenia.

Los primeros seres humanos inteligentes no tenían habla: ¿cómo iban a tenerla? Sus antepasados directos eran monos, gruñían y aullaban. De modo que los extraterrestres decidieron someterlos a un programa de formación. La pareja de *Homo sapiens* fue introducida en un jardín protegido (Biosfera 1) y se les enseñó el habla, tal como nos informa el Génesis (11, 1): «Y toda la Tierra tenía una sola lengua y una sola habla». ¡Adán pudo dar nombre a todas las cosas por fin! El programa incluiría también una educación

moral y enseñanzas prácticas para el desarrollo de la agricultura y de los oficios.

Otro grupo de extraterrestres experimentó con los animales de la Tierra. ¿Por qué harían tal cosa? La tripulación de una nave espacial gigantesca, de un hábitat espacial, conocería sin duda otros sistemas solares y planetas además de la Tierra. Como mínimo, estarían familiarizados con su propio sistema solar. Muchos de estos otros planetas serían mayores o menores que el nuestro; estarían más próximos o más alejados de sus respectivos soles; serían, por lo tanto, más fríos, más secos o más húmedos y estarían sometidos a una gravedad más fuerte o más débil.

Sabemos que existen en la Tierra decenas de miles de formas de vida que se han adaptado a los climas y a las condiciones más inhóspitas. El oso polar duerme sobre el hielo, cosa que yo no recomendaría a un león; el canguro da saltos gigantescos, mientras la tortuga se arrastra; ciertas especies de serpientes se han adaptado a los climas tropicales y se hielan con el frío. Seguramente les parecería interesante experimentar con los materiales genéticos disponibles en la Tierra, para descubrir qué animales están mejor adaptados a ciertas condiciones medioambientales y cuáles son más resistentes y sobreviven mejor. ¿Es una idea absurda?

Nosotros mismos lo hemos hecho y lo hacemos así. No por medios genéticos (hasta hace muy poco), sino por la reproducción selectiva. Hemos creado vacas suizas y alemanas que pastan tranquilamente en el clima tropical de Kenia; hemos combinado diversas razas de ganado vacuno para producir vacas más fuertes y más productoras de leche; hemos cruzado cabras con ovejas; hemos cruzado variedades de cereales para adaptarlas mejor a un nuevo entorno; y ahora hemos empezado a producir vegetales por medio de la ingeniería genética. No podemos saber en absoluto qué acabarán inventando los científicos: ¿quién puede decir que no producirán un día, por ingeniería genética, a una persona capaz de vivir 240 años?

Así es como aparecieron los monstruos y los seres híbridos que no habían existido antes en la Tierra. Los seres humanos hablaban de ellos con pasión: aquellas criaturas «divinas» los asombraban y los asustaban. Y cuando estas criaturas de película de terror se extinguieron o murieron en el diluvio, quedaron en el recuerdo de las tradiciones populares. Alcanzaron la categoría de mitos y leyendas, de símbolos de un tiempo remoto en que los dioses habían creado seres de todo tipo.

Pero yo no quiero infravalorar las posibilidades de la imaginación humana. El poeta griego Homero (n. 800 a. C.) describió en las aventuras de Odiseo a las sirenas, cuyo canto era tan seductor que hacían perder la voluntad y la memoria a los marinos. Aunque Homero no describe con detalle a estas sirenas, la imaginación de otros autores posteriores las representó como mujeres aladas con patas de ave. Otro griego, Hesíodo (h. 700 a. C.) imaginó a la monstruosa Medusa, de cuya cabeza salían serpientes que se retorcían y se agitaban y cuyo aspecto era tan terrorífico que convertía a las personas en piedra. Naturalmente, Hesíodo no vio nunca a una Medusa. También conocemos las leyendas del caballo volador Pegaso y del ave fénix que resurge de sus cenizas. Todo esto y mucho más es fruto de la imaginación humana, de la que dependen todos los cuentos populares. Pero la imaginación no surge de la nada: necesita puntos de referencia para arrancar. Aunque nuestra razón lógica se siga resistiendo a la idea de un parque zoológico lleno de monstruos que habría existido hace mucho, mucho tiempo, esta resistencia no cambia dos hechos inevitables:

- Los antiguos escritores e historiadores describieron a estas criaturas y afirmaron, además, que habían sido creadas por los dioses.
- Los escultores y estuquistas de hace millares de años preservaron para la eternidad a estos seres híbridos.

Los ángeles hambrientos de sexo

Mientras tanto, en la nave espacial materna había estallado un motín. Algunos de los oficiales de alto rango estaban en desacuerdo con el comandante, el «altísimo». No tiene mayor importancia que el jefe de los rebeldes se llamara Ismael, Lucifer o de cualquier otra manera. La leyenda lo llama «el mayor príncipe entre los otros». En la serie de ficción científica *La conquista del espacio* sería, sin duda, el primer oficial. Comoquiera que se llamase, parece ser que Ismael o XY ostentaba más poder que el resto de la tripulación, pues era el único que tenía «doce pares de alas». Ismael y sus renegados perdieron la batalla a bordo y fueron expulsados del «cielo». No parece que esto los inquietara demasiado, al menos en un principio. Probablemente creían que sus conocimientos técnicos les permitirían imponerse.

En cuanto estos expulsados llegaron a la Tierra, desarrollaron un poderoso apetito sexual. Según la leyenda, el jefe, Ismael, sedujo enseguida a Eva: «Y he aquí que él no parecía un ser terrenal, sino un ser celestial». Otros miembros de la tripulación se unieron, según sus gustos, con muchachas bonitas y también con muchachos. Hasta los más firmes creyentes en la Biblia no pueden pasar por alto este pasaje del Génesis (6, 1):

Y acaeció que, cuando comenzaron los hombres a multiplicarse sobre la faz de la Tierra, y les nacieron hijas, viendo los hijos de Dios que las hijas de los hombres eran hermosas, tomáronse mujeres, escogiendo entre todas.

La erudita polémica que sigue en pie desde tiempos inmemoriales acerca de estas palabritas, «los hijos de Dios», y que

ha generado millares de páginas de comentarios enfrentados y contradictorios, no inspirará más que una sonrisa aburrida en cualquiera que disponga de un poco de información privilegiada. Las palabras «los hijos de Dios» se han traducido también por «los gigantes», «los niños de Dios», «los ángeles caídos», o quizá por «los seres espirituales renegados». ¡Es como para ponerse a gritar!

¡Unas simples palabritas ponen la fe de cabeza! Cualquier especialista con sólidos conocimientos de hebreo puede decirnos lo que significan exactamente las palabras en cuestión: «Los que habían descendido eran semejantes a los hombres y mucho mayores que los seres humanos»^[22]. Pero a uno no le está permitido decir lo que piensa. Aun así, yo lo digo, sin reparos de ningún tipo.

La vieja objeción de que los extraterrestres no podrían aparearse de ningún modo con los terrestres ha sido rechazada hace mucho tiempo; no necesito repetirme en este sentido. («Y los dioses crearon a los hombres a su imagen...»)

En este drama de la prehistoria, el «altísimo», el comandante de la nave espacial, poseía evidentemente unos mapas mejores que los de su tripulación renegada. Observaba con preocupación lo que sucedía en la Tierra. La hibridación de los extraterrestres con los terrestres hizo aparecer unas criaturas que no concordaban de ningún modo con la raza planeada del *Homo sapiens*. Éste fue el *pecado original* de la mitología. Los seres humanos estaban heredando mensajes genéticos equivocados. «Y arrepintióse el Señor de haber hecho hombre en la Tierra, y pesóle en su corazón», dice el Génesis (6, 6). El «altísimo» debía interrumpir de algún modo el experimento del «ser humano» y empezar de nuevo. Pero ¿cómo? Los ángeles renegados poseían probablemente unas armas poderosas, podían esconderse en las cuevas y hacerse fuertes dentro de los edificios. No había ninguna posibilidad de cazar uno por uno a los malvados.

No podemos deducir de las leyendas y de los textos religiosos si el diluvio fue provocado intencionadamente o si un meteorito grande

chocó con la Tierra. Una inundación artificial es posible (nosotros seguimos provocando cosas así en nuestros días), y los meteoritos caen constantemente sobre la Tierra. Fuera lo que fuese, el «altísimo» debía de estar informado sobre el momento exacto en que tendría lugar el diluvio: así es como pudo informar a los buenos y aconsejarles sobre el modo de construir un barco.

La ciencia y la teología

Yo, personalmente, no veo gran futuro para la teología del tipo que hemos conocido hasta ahora. Los teólogos pueden creer en las revelaciones, pero nunca conseguirán hacer racional lo que es irracional por naturaleza. Esto no significa que yo discuta el planteamiento científico de la teología sistemática, que compara los textos con los hechos históricos conocidos, que examina los textos manuscritos y que intenta evaluar diversas relaciones diferentes por medio del análisis comparativo. Por ejemplo, ¿qué profetas hablaron del Mesías, y cuándo? ¿Cuáles de sus afirmaciones son incomprensibles, y a cuáles debemos dar menos importancia? ¿Qué tienen en común todas estas afirmaciones, y con qué otra relación concuerda la descripción determinada de un profeta? Si los teólogos se limitasen a llamar a esto «ciencia», yo no tendría nada que discutir con ellos... aparte del propio término «teología». Esta palabra procede de *theos* (Dios) y *logos* (palabra), y significa, por tanto, «la palabra de Dios». Pero esto es precisamente lo que *no* es la teología. Naturalmente, es cierto que todos los teólogos están convencidos de que se ocupan de la «palabra de Dios»; de lo contrario, jamás habrían elegido esa profesión. Pero esta seguridad ya es *fe*. Tienen *fe* en que los textos sagrados y no tan sagrados salieron una vez de la boca de Dios, en que él los dictó o se los reveló a los pocos escogidos. Pero ¿qué queda de estos textos cuando se elimina el elemento de la fe?

Lo que queda son los propios textos. Sencillamente, han perdido su carácter sagrado. Pueden seguir siendo venerables por su gran antigüedad. Podemos tratarlos con respeto porque describen

hechos de una época inaccesible para la historia. Podemos analizarlos científicamente porque contienen muchas cosas llenas de interés. Cuando nos quitamos de encima la creencia en el carácter sagrado de estos textos es cuando podemos empezar verdaderamente a estudiarlos. Es, en efecto, nuestra idea de su carácter sagrado lo que nos impide realizar un análisis moderno de su significado.

Por otra parte, la filosofía paleobiet tampoco es más que un punto de vista, una teoría; proporciona una base muy útil, pero no es posible demostrarla todavía. ¿Se diferencia en algo la teología? ¿Existen pruebas concretas, *científicas*, de sus supuestos? Es bien sabido que no hay cosa más subjetiva que los gustos o las opiniones; por lo tanto, es inútil discutir acerca de ellos. Pero las personas discuten, porque el desfase generacional, unido al espíritu de los tiempos, provoca alteraciones en sus vidas interiores. Algunos quieren seguir asidos firmemente al baluarte firme de la fe; otros desean explicaciones que tengan una base *científica*. La palabra *ciencia* viene de *scientia*, que significa «conocimiento».

El «conocimiento» de la teología es inútil para la ciencia exacta. Está lleno de contradicciones y, en último extremo, es una cuestión de fe y de sentimientos. Lo mismo puede decirse de la filosofía paleobiet. Pero esta última desarrolla un hilo conductor claro, una cadena de pensamiento que aplica la razón y que hace más accesible lo incomprensible. La filosofía paleobiet encuentra un sentido a lo que antes no lo tenía. Los ocultistas pueden dejar a un lado sus bolas de cristal; los miembros de las sociedades secretas pueden cerrar sus tenderetes, pues las mercancías de la fe que se vendieron tan bien a lo largo de los milenios tienen menor demanda cada vez. Sólo el conocimiento científico moderno puede proporcionarnos una interpretación comprensible del pasado. Y esto tampoco se debe al mero azar: es propio de la naturaleza de las cosas. Las manzanas caen cuando están maduras. Y mi abuelo no podría haber concebido jamás las ideas que yo propongo ahora. Los viajes espaciales eran desconocidos en su época; él no sabía nada

de los genes ni de la ingeniería genética, y los ángeles eran, para él, los mensajeros inviolables de Dios. Él habría tomado un holograma por una visión y un televisor por un vidrio parlante. ¡Alabada sea la piedra sagrada de Berlitz!

Si los velos se han alzado, ello no se debe a que nos estemos aproximando al final del milenio, sino a que la ciencia y la tecnología han abierto de par en par las puertas. Si la gente no hubiera empezado a discutir la posibilidad de los viajes espaciales, o no hubiera inventado el ordenador, o no hubiera descifrado los secretos del código genético hasta el año 2100, no nos habríamos encontrado hasta entonces en situación de examinar las preguntas que han suscitado tales cosas. Imaginémonos que mi tatarabuelo hubiera hecho un hallazgo maravilloso hace doscientos años. Supongamos que hubiera descubierto unas tablillas grabadas que, una vez descifradas por los sabios, contasen un viaje desde un mundo lejano hasta la Tierra y describieran la acogida poco amistosa que dieron a los viajeros los habitantes de la Tierra. ¿Qué habría sacado en limpio la gente de hace doscientos años de un texto así? Se habría atribuido a su autor desconocido una imaginación enorme; el texto se habría entendido como alegoría y como símbolo. La gente habría extraído de él una moraleja, tal como la de que debemos ser amistosos con los extranjeros aunque no sepamos de dónde vienen. Pero la posibilidad real de los viajes espaciales estaría fuera de su alcance.

De manera que yo creo que debemos aplicar una visión moderna a las preguntas antiguas de la humanidad. Estas cuestiones bien pueden haberse vuelto mucho más fáciles de resolver que en los tiempos de mi tatarabuelo. Ya no vivimos bajo la amenaza de la excomunión ni de las cazas de brujas, y los medios de comunicación modernos permiten el desarrollo y la difusión rápida de las teorías nuevas. Comprendo por qué algunas personas, atrincheradas en sus viejas creencias, quieren luchar desde la retaguardia para contener la inundación de los nuevos descubrimientos. Podrán contenerla durante cierto tiempo, pero

ningún poder terrenal va a impedir la llegada del futuro. Las cosas que están prohibidas por la religión y por la ideología en un país tienden a aparecer bajo formas más radicales todavía en otro.

Los críticos me preguntan constantemente por qué estoy tan seguro de ir por el buen camino. Me dicen que mis opiniones no son más que una idea fija, indemostrable. Me acusan, asimismo, de emplear únicamente, de manera muy selectiva, los pasajes de las leyendas y de la mitología que apoyan mis teorías.

La selección correcta

Pero ¿por qué se me acusa de hacer lo que deben hacer todos, dada la enorme riqueza de materiales? Todo libro que leo es una selección que ha escogido el autor para apoyar sus puntos de vista. La objeción de que las investigaciones científicas no abordan de este modo los datos es una pura fantasía en la que sólo creen los estudiantes más noveles. En los últimos cuatro años he devorado unas 300 obras de teología, y las conclusiones de cada una de ellas apoyaban las opiniones del autor. Se presentan incontables citas, sobre todo en las tesis doctorales, para demostrar que los rivales del autor están equivocados en algún sentido. El océano de textos sobre cualquier tema se ha vuelto tan inmenso que ningún autor del mundo es capaz de tener una visión general de todas las obras de sus predecesores ni de tenerlas en cuenta todas. *Es preciso* seleccionar, y mientras se selecciona se arroja el lastre por la borda en silencio. El especialista en un tema tiene un conocimiento amplio de las opiniones que profesa, que al profano no le interesan especialmente, y mucho menos a los editores y a los libreros. Debemos reconocer que la selección es inevitable, y debemos reconocer con sinceridad que el autor dice lo que quiere decir y que deja clara la línea de investigación que sigue.

Los textos religiosos están cargados de moralidad y de ética, temas que a mí no me interesan en absoluto. Por eso no me molesto con los centenares de páginas de advertencias, amenazas, profecías e instrucciones de los profetas. No es asunto mío explicar al lector por qué no hay que comer cerdo y con qué base puede uno repudiar a su mujer. Todo especialista sabe, en cualquier caso, que

las afirmaciones de los profetas sólo rara vez son auténticas u originales. Las generaciones posteriores han ampliado, extendido y sazonado estos textos a su gusto. Por otra parte, en lo que respecta a la cronología religiosa, ¿de qué sirven pasajes tales como «Thare engendró a Abraham, Abraham engendró a Isaac», cuando es probable que Abraham no haya existido?

¿Cómo? Pero ¡si hay textos que hablan de Abraham, si se han escrito relatos sobre él, y si en el apocalipsis de Abraham se describen experiencias tuyas con riqueza científica de detalles! Así es: existen tales textos, y son muy útiles para mi trabajo. Pero esto no demuestra que se trate de fuentes originales procedentes de la mano de Abraham o de sus allegados más próximos. En las *Crónicas de Jerahmeel*^[23], que se basan en fuentes todavía más antiguas, se afirma que Abraham era un gran astrólogo y mago. Se dice que recibió sus conocimientos directamente de los ángeles. A nosotros, como miembros que somos de una cultura cristiana, se nos ha metido en la cabeza que Abraham fue el progenitor de la humanidad; pero en realidad los investigadores no han determinado siquiera su existencia, ni qué significa su nombre.

Franz M. Bóhl, profesor de la Universidad de Leiden, afirma:

El nombre Abram, que sólo aparece en el Génesis 11, 26 y 17, 5 significa «el padre sublime» o «el padre es sublime». Podemos tomar la propia palabra «patriarca» como traducción de este nombre (...). Abraham no es, probablemente, más que una variante dialectal, una ampliación del nombre más común Abram»^[24].

Este pasaje se escribió en 1930, pero los investigadores posteriores llegaron a una conclusión semejante. Cinco años después del profesor Bóhl, la *Revista de Literatura Bíblica* comentaba sucintamente: «Abraham no fue originalmente un nombre de persona, sino el nombre de una divinidad»^[25].

Los sesenta años de estudios sobre Abraham que han transcurrido desde entonces no arrojan nueva luz sobre el tema. En una publicación de la Universidad de Yale leí el siguiente pasaje digno de mención: «Seguramente no estaremos nunca en

condiciones de demostrar que haya existido verdaderamente Abraham»^[26].

¿Qué necesidad tengo, pues, en vista de esta confusión teológica, de tener en cuenta en mi obra las fechas cronológicas de las palabras de cualquier profeta? Sobre todo si se tiene en cuenta que se ciernen las mismas dudas sobre otros profetas. Ezequiel, uno de los testigos más destacados en mi defensa de la filosofía paleobiet^[27], tuvo que pasar por incontables transformaciones a través de los siglos. En una obra que se publicó en 1981 se citan no menos de 270 trata dos sobre este profeta^[28]. Doscientas setenta cabezas sabias dedicaron años de su vida a estudiar a Ezequiel. Mientras tanto, la figura de este profeta sufría extraordinarias transformaciones. En un principio, sus palabras eran irreprochables; después se convirtió en «un visionario»; más tarde fue «un soñador» y «un idealista», y recientemente ha sido considerado «un cataléptico», es decir, un esquizofrénico que sufría ataques. También se examinaron detenidamente los textos de Ezequiel. Los expertos en semántica descubrieron que el estilo y el vocabulario demostraban que habían sido escritos por más de un solo autor. Se declaró que el pobre profeta era un «seudo Ezequiel», cuyo libro había sido pergeñado doscientos años después de la muerte de Cristo a partir de otros diversos textos^[29].

Sin embargo, hace cien años, el profesor de teología Rudolf Smend podía escribir todavía:

No cabe duda de que el texto se basa en una experiencia visionaria que de ningún modo se puede atribuir únicamente a una convención determinada del estilo escrito^[30].

¿Y hoy? La mayoría de los teólogos creen que el libro de Ezequiel es obra de varios redactores, y que incluye la obra del propio profeta, así como adiciones que se añadieron en diversos periodos.

¿Quién puede echarme en cara, pues, que yo seleccione las hojas más frescas de entre esta ensalada de confusión? Es una ensalada que también contiene especias indigestas. En los libros

sagrados aparecen nombres y fechas que están tan fuera de lugar en la ensalada como unas lonchas de suela de zapato. Tomemos, por ejemplo, el siguiente pasaje del Génesis (15, 13 y 16):

Entonces dijo a Abram: Ten por cierto que tu simiente será peregrina en una tierra no suya, y servirá a los de allí, y serán por ellos afligidos cuatrocientos años (...). Pero en la cuarta generación volverán acá...

La arqueóloga británica Kathleen M. Kenyon comentó agriamente, acerca de este pasaje:

La cronología se contradice. Aceptar que su estancia duró cuatrocientos años y oír a la vez que la cuarta generación tras la entrada en Egipto participaría en el Éxodo son dos cosas tan evidentemente incompatibles que nos vemos obligados a considerarlas antihistóricas^[31].

Los puntos de vista teológicos no sólo son opacos, sino que también cambian de un profesor a otro y de una década a otra. ¿Así pues, qué nos queda? Nos quedan las propias crónicas misteriosas. Los relatos cuyo autor escribe en primera persona, es decir, refiere una experiencia personal propia. Del mismo modo que las leyendas y los mitos, la literatura religiosa conserva un núcleo, un meollo de verdad. Es este aspecto misterioso el que los redactores posteriores no alteraron apenas. ¿Por qué no? En parte, porque no lo comprendían; el misterio se adhirió a las palabras de los profetas y fue transmitido a las generaciones sucesivas. También en parte, porque no se atrevían a poner sus propias palabras abiertamente en boca de un profeta venerable: entonces tendrían que mentir en primera persona. La experiencia personal y directa del autor que decía «vi... oí... el altísimo me dijo...» procedía de una fuente antigua y primigenia. Los redactores posteriores no hicieron más que adaptarla, intentando encontrar un sentido a lo incomprensible. Y, dado que ellos mismos no lo entendían, lo que nos queda hoy día es un perfecto desorden. ¡Ojalá se hubieran limitado a copiar los antiguos textos sin alterarlos! Pero esto es casi imposible para una persona que piensa. Ni siquiera hoy día somos capaces de hacer tal cosa. Ya tenemos versiones del Nuevo Testamento en cómic y otras adulteraciones todavía peores, con las que supuestamente se

pretende adaptar a nuestros tiempos el texto sagrado. Pero «con medios impuros se consiguen resultados impuros» (Mahatma Gandhi, 1869-1948).

Cómo seleccionar

Mi proceso de selección pasa por alto todo lo que es completamente incomprensible para nuestro entendimiento moderno. Esto no significa que dentro de veinte años no vayamos a analizar de nuevo estas cosas desde un punto de vista diferente. Quien diga que un proceso así es acientífico, que no hay que trabajar de esta forma, debería echar una ojeada a los estudiosos judíos que se han encontrado exactamente con el mismo problema durante siglos y durante miles de años. Tampoco ellos entendían el significado de los antiguos textos, de modo que todas las palabras, todas las frases, se distorsionaban de un modo u otro y se reinterpretaban y se replanteaban constantemente. Existen pruebas escritas de ello en los libros de *midrash*. La literatura *midrashim*, bien conocida, contiene los resultados de investigaciones sobre los textos realizadas por las mentes judías más despiertas a lo largo de muchos siglos^[32].

Estas interpretaciones llenan centenares de páginas. Con cada nuevo nombre aparece un nuevo punto de vista. Todo esto no sirve más que para demostrar que los mayores eruditos judíos ya no comprendían los textos originales.

¿Cómo realizo yo, pues, mis selecciones? ¿Cómo trabajo? ¿Cómo puedo saber más que los eruditos del pasado, y cómo puedo decidir qué pasajes son originales y cuáles no lo son?

Cuando se narra la vida de Abraham^[33] y se dice que los ángeles descendieron cuando nació, y que venció en una batalla al rey Nemrod de Babilonia, yo supongo que éstos son añadidos

piadosos de redactores posteriores. Procuraban dejar a Abraham en buen lugar y atribuirle un origen glorioso, digno de quien fue. Pero siempre que Abraham (o quien fuera, el nombre es lo de menos) empieza a hablar en primera persona, yo aguzo el oído. Saco el máximo partido de estos pasajes, sobre todo cuando describen algún episodio asombroso relacionado con el espacio, que no podían inventarse los redactores posteriores porque no tenían acceso a un conocimiento tan detallado.

En el texto que los teólogos llaman *El apocalipsis de Abraham*, el autor (llamémoslo XY) describe a dos seres celestiales que bajan a la Tierra^[34]. Estos dos seres celestiales subieron a Abraham a las alturas, pues el «altísimo» quería conversar con él. Abraham cuenta que no eran humanos y que le produjeron mucho miedo. Dice que tenían el cuerpo brillante «como un zafiro»; lo hicieron subir entre humo y fuego, «como con la fuerza de muchos vientos». Cuando llegó a las alturas, vio «una luz gloriosa e indescriptible» y unas figuras grandes que se gritaban entre sí unas palabras «que yo no entendí». Y por si algún lector no ha captado todavía adónde ha subido Abraham, él lo deja más claro todavía: «Pero yo quería volver a caer a la Tierra; el lugar alto donde nos encontrábamos estaba tan pronto de pie como cabeza abajo».

De modo que alguien nos está contando (en primera persona y en forma de narración) que quería «volver a caer a la Tierra».

Es lógico suponer, por lo tanto, que estaba *más alto* que la Tierra. Y ¿por qué no podría haberse inventado el texto un redactor posterior? Porque nadie podría haber sabido que las naves espaciales gigantes, como las estaciones espaciales del futuro, siempre rotan sobre su propio eje. La gravedad artificial sólo puede conseguirse en el interior de la nave gracias a la fuerza centrífuga provocada por la rotación propia de ésta. Y ¿qué dice el Apocalipsis de Abraham? «El lugar alto donde nos encontrábamos estaba tan pronto de pie como cabeza abajo». ¿Una coincidencia? ¿Meras fantasías estúpidas? ¿Por qué insiste Abraham en que estos seres no eran humanos y en que sus ropas brillaban como el zafiro?

Los textos como éste son, verdaderamente, claros como el cristal. Y les ha llegado su hora. El hombre moderno ya está harto de que le hagan tragarse cuentos de hadas religiosos. Existe una interpretación nueva, moderna, de los antiguos textos y tradiciones que lo aclara todo en un instante.

Antes de abordar un nuevo capítulo, quisiera avivar por última vez un viejo fuego al que he vuelto con frecuencia en el transcurso de los años. Apenas hay uno solo de mis libros en el que no se haga mención del profeta Enoc. No voy a volver a recorrer exhaustivamente terrenos ya cubiertos, pero sí me gustaría dejar en este terreno algunas señales orientativas que a los exégetas modernos les resultará difícil pasar por alto.

Otra vez Enoc

¿Quién fue Enoc? Los antiguos relatos judíos dicen que fue «un rey de los hombres» que reinó durante «doscientos cuarenta y tres años». Estaba lleno de sabiduría y la comunicó a todos.

Fue el constructor de las grandes pirámides de Egipto, según el geógrafo e historiador Taki al-Makrizi (1364-1442). Éste cuenta en su obra *Hitat* que Enoc fue conocido con cuatro nombres diferentes: Saurid, Hermes, Idris y Enoc. El pasaje siguiente está tomado del capítulo 33 del *Hitat*.

El primero, Hermes, llamado triple por sus atributos de profeta, rey y sabio (...) leyó en las estrellas que había de llegar el diluvio.

Entonces mandó que se construyeran las pirámides, y ocultó en ellas tesoros, textos y escrituras y todo lo demás que podría perderse de otro modo, para que se conservase^[35].

La palabra árabe *idris* significa «progenitor» o «primer padre de sabiduría»; y tanto para la teología judía como para la cristiana, Enoc es el séptimo de los diez primeros patriarcas anteriores al diluvio. Enoc fue padre de Matusalén, del que se afirma que alcanzó la edad bíblica de 969 años.

En el Antiguo Testamento, Enoc sólo aparece en cinco versículos (Génesis 5, 21-24). Y al final se dice: «Y Enoc caminó con Dios y no fue visto más, pues Dios se lo llevó». ¡Y desapareció como por arte de magia! En hebreo, la palabra *enoch* significa «el iniciado» o «el vidente». Gracias a Dios, este iniciado se preocupó de que sus conocimientos no desaparecieran sin dejar rastro (para fastidio de

los ortodoxos, que preferirían que se hubieran disipado como el humo), pues escribía mucho. Y así empezaron los problemas.

Existen dos libros que no están incluidos en el Antiguo Testamento pero que se cuentan entre los textos apócrifos. Los Padres de la Iglesia que recopilaron la Biblia no supieron qué hacer con los textos de Enoc. Los excluyeron porque no los comprendían. Pero la Iglesia de Etiopía no hizo caso de las órdenes de los eclesiásticos que ostentaban el poder, con lo que el libro de Enoc acabó en el canon abisínico. También salió a la luz una variante eslava del mismo libro. La comparación de los dos textos realizada por los especialistas demostró de manera concluyente que ambos procedían de una misma fuente original escrita por un mismo autor, el propio Enoc. ¿Quién era éste, pues?

Nunca deja de asombrarle la miopía de los diversos exégetas. Si un texto se ajusta a sus creencias, lo consideran genuino. En caso contrario, tiene que ser falso. El libro de Enoc no sólo está escrito en primera persona, sino que el autor recuerda constantemente su propia autoría, como si temiera que las mentalidades futuras serían demasiado estrechas para aceptarla. Quiero citar dos ejemplos del texto que contienen afirmaciones claras de la autoría de Enoc.

La crónica de un testigo de vista

En el primer mes del año trescientos sesenta y cinco de mi vida, el primer día del primer mes, yo, Enoc, estaba solo en mi casa (...) y aparecieron ante mí dos grandes figuras de hombres, como no las había visto nunca hasta entonces sobre la Tierra...^[36].

Ésta es la enseñanza completa y verdadera de la sabiduría, escrita por Enoc, su autor (...), y ahora mi hijo Matusalén, te lo digo todo y lo escribo para ti. Te he revelado todas estas cosas y te he transmitido los libros que tratan de ellas. Conserva, mi hijo Matusalén, estos libros de mano de tu padre, y traspásaselos a las generaciones futuras del mundo^[37].

Más claro, imposible. La fuente original del libro de Enoc procede del Enoc que vivió antes del diluvio, pues llama Matusalén a su hijo. Afirmar que todo ello no es más que una falsificación precristiana equivale a acusar al autor de contar mentiras puras y simples. Atribuir el libro de Enoc a fuentes diferentes del Enoc que vivió antes del diluvio sería una deshonra para la ciencia de la investigación textual. Sería también un caso horrendo de manipulación de los devotos, que se supone deben tragarse todos los platos predigeridos que se les presentan. Naturalmente, los investigadores también intentan descartar los textos inquietantes de Enoc tildándolos de «visiones». Esta palabrita se estira para cubrir todo lo que sobrepasa nuestra comprensión. Los teóricos de las «visiones» pasan por alto el hecho de que Enoc afirma expresamente que estaba despierto. Además, entrega a su familia instrucciones exactas sobre lo que deben hacer durante su ausencia. Tampoco puede haber sido una «visión al borde de la muerte», pues después

de sus conversaciones con los «ángeles» regresa al lado de sus parientes sano como una manzana. Sólo mucho más tarde desaparece entre las nubes en un carro de fuego.

¿Qué tiene de importante, pues, este libro de Enoc? Sencillamente, que representa la corroboración de la filosofía paleobiet. Como en el Antiguo Testamento, Enoc presenta una relación de lo que sucede cuando los ángeles se amotinan.

Cuando los ángeles se amotinan

En el libro de Enoc (6, 1-6) se dice:

Cuando los hijos de los hombres se multiplicaron, les nacieron hijas encantadoras y amorosas. Cuando los ángeles, los hijos del cielo, las vieron, las desearon y se dijeron los unos a los otros: «Tomémonos esposas de entre las hijas de los hombres, para que nos den hijos». Entonces su jefe, Semíaza, les dijo: «Temo que no llevéis a cabo esto; entonces yo tendría que cargar con la culpa de una gran transgresión». Entonces, todos le contestaron: «Entonces, pronunciamos todos un juramento y comprometámonos a no renunciar a este plan y a llevarlo a cabo». De modo que todos pronunciaron un juramento y se comprometieron a ello. Eran todos doscientos, que en los días de Jared bajaron de la cumbre del monte Hermón^[38].

Si esto no es un motín de «los hijos del cielo», ¿qué es? Lo que había pasado era muy claro, pues (7, 1-6):

Todos ellos se tomaron esposas. Después empezaron a tener acceso con ellas y a hacer actos impuros con ellas. Y les enseñaron las artes de la magia y de las hierbas, y les enseñaron el conocimiento de las plantas. Y sus esposas quedaron preñadas y parieron gigantes de 100 varas de alto. Éstos devoraron las provisiones del resto de la gente. Pero cuando no quedó nada más para alimentarlos, los gigantes se volvieron contra la gente y se la comieron. Y empezaron a devorar pájaros, animales salvajes, criaturas que se arrastran y peces, y también se comían y se bebían la carne los unos a los otros. Y la Tierra se quejó en voz alta de estos monstruos.

La escena antediluviana se describe con detalles realistas, aunque ahora nos parezca increíble. Los ángeles buenos (los que no habían participado en el motín) lo observaban todo desde lo alto. Dieron parte al «altísimo», y éste decidió pasar a la acción:

«Toda la Tierra quedará sumergida; vendrá un diluvio de agua sobre la Tierra y destruirá todas las cosas».

Lo notable del libro de Enoc son los muchos detalles que contiene y que no se encuentran en ningún otro texto. ¡En el capítulo 69 Enoc facilita incluso la lista de nombres de los cabecillas del motín y describe sus respectivas categorías y funciones!

¿Qué fue de Enoc, pues? ¿Dónde descansaron sus huesos?
¿Dónde está el templo o la catedral que se erigió en su honor?

Una ascensión algo agitada

No se encuentra en esta Tierra. El Antiguo Testamento reconoce que Enoc desapareció sin dejar rastro. Se supone que el Señor se lo llevó. O bien, según otras versiones del texto bíblico, subió a las nubes en un carro de fuego. Los antiguos relatos judíos dan más detalles sobre su despegue^[39].

Los ángeles, al parecer, habían prometido llevarse consigo a Enoc, pero todavía no habían fijado la fecha de la partida. «Me dijeron que viajaría a los cielos, pero todavía no sé cuál es el día en que os dejaré». De modo que Enoc reunió a los suyos a su alrededor y les contó lo que le habían dicho los ángeles. Les dijo especialmente que no ocultasen sus libros ni los guardasen en secreto, sino que se los hicieran accesibles a las generaciones futuras (una misión que yo procuro cumplir). Después de comunicar su sabiduría durante varios días, las cosas cobraron un giro emocionante.

Pero sucedió que, mientras la gente estaba reunida alrededor de Enoc y él les hablaba, levantaron los ojos y vieron la figura de un corcel que bajaba del cielo a la tierra como en una tormenta brava. Y la gente dijo a Enoc lo que veía, y Enoc les dijo: «Este corcel ha descendido a la Tierra por mí. Ha llegado el momento y el día en que me iré de vuestro lado y no volveré a veros». Y entonces llegó allí el corcel, y todos los hijos de los hombres lo vieron con sus propios ojos.

Estaba claro que los celestiales habían informado a Enoc de que el despegue sería muy peligroso para los presentes. Por ello, él

intentó apartarlos. Advirtió a los espectadores varias veces que no lo siguieran, «para que no muráis». Algunos titubearon y se apartaron a una buena distancia, pero los más insistentes querían contemplar de cerca la partida de Enoc.

Le dijeron: «Te acompañaremos al lugar a donde vayas; sólo la muerte nos apartará de ti». Como no hicieron caso de sus palabras, él no habló más con ellos, y ellos lo siguieron y no volvieron atrás. Y sucedió que Enoc subió al cielo entre una tormenta, sobre corceles de fuego, en un carro de fuego.

Esta ascensión a los cielos produjo la muerte a todos los observadores. Al día siguiente, la gente fue a buscar a los que habían acompañado a Enoc.

Y los buscaron en el lugar donde Enoc subió al cielo. Y cuando llegaron al lugar, encontraron la tierra cubierta de nieve y entre la nieve había grandes piedras como de granizo. Y se dijeron entre sí: «Apartemos la nieve y veamos si encontramos a los que acompañaron a Enoc». Y apartaron la nieve y encontraron a los que habían acompañado a Enoc, muertos bajo la nieve. Buscaron también a Enoc, pero no lo encontraron, pues había subido a los cielos (...). Esto sucedió en el año 113 de la vida de Lamech, hijo de Matusalén.

Nos encontramos, pues, ante otra imposibilidad más, después de la Caída y del diluvio. Pero ya hemos dejado de asombrarnos, pues todas las interpretaciones textuales anteriores están cargadas de imposibilidades. Tenemos que creer que nuestro querido Dios de amor se limitó a quedarse mirando sin intervenir mientras centenares o miles de observadores ardían y quedaban reducidos a cenizas, mientras su maestro Enoc ascendía a los cielos. ¿Qué delitos habían cometido? Habían escuchado la sabiduría de Enoc, lo habían acompañado al punto de despegue. Enoc ascendió a los cielos entre una tormenta, en un carro de fuego, mientras abajo los receptores de su sabiduría ardían, junto con la tierra y las piedras, y quedaban convertidas en cenizas blancas como la nieve. (Algunos

tipos de piedra caliza se ponen blancos como la nieve cuando se someten a un calor elevado).

Ninguno de estos hechos (la Caída, el diluvio, la ascensión de Enoc, ni siquiera el viaje espacial de Abraham) encajan con la imagen de un Dios de amor. ¿Por qué había de llamar a su presencia a Abraham un Dios omnipresente para hablar con él? Siendo omnisciente, debía saber lo que pensaba y sentía Abraham. ¿Por qué necesitaba nuestro Dios amado de una nave espacial que rotaba sobre su eje por encima de la Tierra? ¿Por qué debía enviar Dios a dos personajes para que recogiesen a Abraham? ¿Por qué tenía que enviar «caballos de fuego» para llevarse a Enoc al cielo?

Las respuestas a estas preguntas son siempre las mismas: el «altísimo», el Dios que se describe aquí, no puede ser ni de lejos el mismo que el Creador omnipresente al que veneran todas las religiones (y al que venero yo mismo). Yo considero que sería un insulto al Dios verdadero atribuirle estos errores y esta crueldad. Pero si sustituimos a Dios o al «altísimo» por los viajeros del espacio extraterrestre, los sucesos paradójicos resultan comprensibles. Podemos entender entonces quiénes eran estos ángeles caídos y por qué satisficieron sus impulsos sexuales. Podemos entender entonces las causas del diluvio y del deseo del «altísimo» de comunicarse con seres humanos determinados; y podemos entender por qué murieron quemadas las muchas personas que no hicieron caso de las advertencias de Enoc.

Así resulta comprensible, asimismo, el miedo de la gente al día del juicio, a algún tipo de ajuste de cuentas universal. Pues el «altísimo» había prometido regresar...

El regreso de los dioses

*Nadie nos engaña nunca,
somos nosotros quienes nos engañamos.*

JOHANN WOLFGANG VON GOETHE (1749-1832)

EL HOMO *SAPIENS* ha temido a la muerte desde que fue capaz de pensar. Contempla los ciclos de la muerte y el renacer en la naturaleza. Ve las estrellas que palidecen al alba y vuelven a brillar de nuevo la noche siguiente. ¿Qué se encuentra entre la muerte y la nueva vida? ¿Alguna situación misteriosa de espera, de expectativa del nuevo nacimiento? Los que están convencidos de que la vida continúa más allá de la muerte pueden encontrar la fuerza suficiente para enfrentarse a la muerte con una relativa firmeza de ánimo. Pero persiste el miedo a la muerte; pues, tal como sabemos por propia experiencia, la esperanza es titubeante y dudosa.

El miedo del individuo es, también, el terror de las masas. Naciones enteras temen la guerra, la bomba atómica, la destrucción del medio ambiente. Muchos piensan con inquietud y con aprensión en los sucesos terribles con los que nos amenazan los textos sagrados: el fin del mundo, o el Día del Juicio. En el Nuevo Testamento, San Marcos anuncia (13, 24-25):

Empero en aquellos días, después de aquella aflicción, el sol se oscurecerá y la luna no dará su resplandor; y las estrellas caerán del cielo, y las virtudes que están en los cielos serán conmovidas.

Su colega Lucas es más concreto todavía: indica, incluso, las señales de advertencia que precederán al Día del Juicio (21, 10-26).

Se levantará gente contra gente y reino contra reino. Y habrá grandes terremotos, y en varios lugares hambres y pestilencias; y habrá espantos y grandes señales del cielo (...). Entonces habrá señales en el sol y en la luna, y en las estrellas; y en la tierra angustia de gentes por la confusión del sonido de la mar y de las ondas; secándose los hombres a causa del temor y expectación de las cosas que sobrevendrán a la redondez de la Tierra: porque las virtudes de los cielos serán conmovidas.

El Corán describe también estos sucesos turbulentos en términos no menos dramáticos (sura 82):

Cuando el cielo se hienda, cuando las estrellas se dispersen, cuando los mares confundan sus aguas, cuando las tumbas estén trastornadas, entonces todas las almas verán sus acciones y sus omisiones.

El día del juicio se recuerda incluso en el canto gregoriano, en esas canciones tan sencillas pero tan impresionantes que todavía se cantan en los monasterios católicos. El Dies Irae (literalmente, «el día de la ira») se canta en la liturgia de los difuntos.

Se dice que en este mismo tiempo de destrucción turbulenta aparecerá el «juez» del día del juicio. En Marcos (13, 26-27) leemos:

Y entonces verán al Hijo del hombre, que vendrá en las nubes con mucha potestad y gloria. Y entonces enviará sus ángeles, y juntará sus escogidos de los cuatro vientos, desde el cabo de la Tierra hasta el cabo del cielo.

Lucas (21, 28) añade otra frase:

«Y cuando estas cosas comenzaren a hacerse, mirad, y levantad vuestras cabezas, porque vuestra redención está cerca».

El Apocalipsis

Naturalmente, sólo se van a salvar los leales y los fieles, los devotos, los que creen ciegamente en las sagradas escrituras. Pero si me preguntáis en *qué* sagradas escrituras, no sabría decíroslo, pues todas las religiones de esta casa de locos terrenal creen que sólo sus escrituras revelan la verdad. Está profetizado que un juez celestial aparecerá «sobre las nubes» para medir las obras buenas y malas con una vara inapelable. Y antes de que los afortunados escogidos sean llevados al cielo, el resto de la humanidad será azotado, golpeado, torturado y descuartizado.

Es San Juan quien nos proporciona la descripción más apasionante de todo ello en su libro llamado Revelación o Apocalipsis, el último de los textos que figuran en el Nuevo Testamento. Leemos en él que se romperán y se abrirán nueve sellos y que con cada uno de los sellos vendrán nuevas plagas a azotar a la humanidad. Sonarán trompetas, y con cada toque sucederán hechos horribles en los que se convierte en sangre una tercera parte del mar, muere la tercera parte de todas las criaturas y se hunde la tercera parte de todos los barcos.

Pero es peor todavía lo que pasa cuando suena la tercera trompeta (8, 10-11):

Y cayó del cielo una grande estrella, ardiendo como una antorcha, y cayó en la tercera parte de los ríos, y en las fuentes de las aguas. Y el nombre de la estrella se dice Ajenjo. Y la tercera parte de las aguas fue vuelta en ajeno, y muchos hombres murieron por las aguas, porque fueron hechas amargas.

Por último, el Sol y la Luna quedan envueltos en la oscuridad y la gente sufre la plaga de todas las criaturas imaginables (langostas,

escorpiones, etcétera) sin el consuelo de poder morir. El terror no tiene fin: entran en escena caballos con cabeza de león que vomitan fuego, humo y azufre.

No tengo idea de qué cerebro surgieron estas pesadillas, ni de qué tipo de «visiones» sufría San Juan. Lo que sí sé es que se pueden encontrar diversos elementos de este Apocalipsis tanto en los textos, muy antiguos, de Enoc como en los del profeta Daniel, mucho más reciente (7, 1-27).

Por contraste con las catástrofes que han ocurrido hasta ahora en la historia mundial y que se han ceñido a regiones geográficas relativamente pequeñas, el Apocalipsis de San Juan profetiza una destrucción mundial de la que no se librárá nadie, y un juicio y ajuste de cuentas final.

¿De dónde proceden, pues, estas ideas, estas imágenes de un terrible ajuste de cuentas seguido de la redención de los elegidos? Y, más concretamente: ¿qué clase de Dios «infinitamente misericordioso» es éste que atormenta y mata a los no creyentes y los deja asarse en el fuego eterno del infierno?

La imaginación humana no sólo puede tener visiones hermosas: es igualmente capaz de evocar escenas terribles. Las personas iracundas desean que sus enemigos vayan al infierno, y a continuación se imaginan el infierno en su forma más espeluznante. También está claro que las personas buscan un consuelo a sus sufrimientos terrenales esperando un mundo más hermoso en el que las cosas les irán mejor. Por extensión, pueden desear también que los otros (los malos, los injustos, los ricos, los ateos, etcétera) reciban su merecido y que les toque sufrir mientras ellos beben el néctar de los dioses y gozan de la gloria del paraíso.

*Ay, qué injusto es el mundo:
pues a mí me va mal mientras a ti te va bien.
El mundo sería mucho menos perverso
si yo estuviera mejor y tú estuvieras peor.*

Cuanto peor están las cosas en el mundo, más anhelan las personas una edad de oro futura en la que reinen la justicia y la igualdad. Como «de la nada no puede salir nada», ni siquiera una edad de oro, hace falta un rey de algún tipo, un jefe, un resucitado, un redentor, un profeta; en otras palabras, alguien que tenga el poder suficiente para limpiar esta pocilga y para sacarnos de aquí. Este deseo, comprensible psicológicamente, es responsable de todas las resurrecciones, de todos los mesías y de todos los profetas que hemos disfrutado a lo largo de los siglos. Voy a describir algunos ejemplos asombrosos.

Profetas de nuestros tiempos

El 5 de enero de 1945 murió en Virginia Beach, Estados Unidos, el vidente de 67 años Edgar Cayce. El «profeta dormido», como lo llamaban, había sido capaz de curar en estado de trance a incontables personas a pesar de no haber leído un solo libro de medicina en toda su vida. En unas 2500 de sus «lecturas» comunicó informaciones extraordinarias sobre el pasado y sobre el futuro, así como acerca de sus reencarnaciones sucesivas desde la época del antiguo Egipto hasta la actualidad. Se han escrito muchos libros sobre él, y tiene varios millones de seguidores^[40].

En el mes de noviembre de 1926 nació en Puttaparthi, en el estado indio de Andhra Pradesh, un niño llamado Satyanarayana Raju. Su nombre de pila significa aproximadamente «hombre divino». Cuando Satyanarayana Raju tenía 14 años lo picó un escorpión; y cuando se despertó después de pasar varios días en coma, afirmó que él era la reencarnación de Sai Baba, que había sido un gran religioso hindú del siglo anterior. Satyanarayana Raju inició su vida pública a los treinta años de edad, y cuando tenía treinta y seis fundó su propio ashram. Actualmente, Sai Baba recibe a los visitantes y pronuncia conferencias en su lugar natal, 250 kilómetros al nordeste de Bangalore. Su ashram es el mayor de toda la India. También tiene una universidad y un excelente hospital. Se cree que sus seguidores son unos cien millones. Se han escrito incontables libros sobre él^[41]. Todos los días realiza materializaciones de objetos y sanaciones milagrosas de todo tipo ante sus seguidores y ante las cámaras de televisión. Se atribuye

los dones de la omnipotencia, la omnisciencia y la omnipresencia, y afirma que es una reencarnación del Buda, de Krishna, de Rama y de Cristo. La revista alemana *Der Spiegel* ha contado que tampoco hace ascos al sexo físico^[42]. Ha profetizado su propia muerte en el año 2022, pero afirma que sólo morirá para reencarnarse inmediatamente en el estado hindú de Karnataka.

En Graz, Austria, sucedió algo extraño el 15 de marzo de 1840. Jakob Lorber, maestro de música de 40 años, oyó de pronto una voz clara que le mandaba escribir. Obediente, aunque algo asustado al principio, tomó la pluma y, a lo largo de los años siguientes, escribió un volumen tras otro que le dictaba la voz, una voz que parecía tener siempre «en la región del corazón». Las obras completas del profesor Lorber abarcan no menos de 25 volúmenes, unas 10 000 páginas en total^[43]. Describió detalles científicos y astronómicos que sólo se descubrieron más tarde, y realizó comentarios asombrosos sobre el Antiguo y el Nuevo Testamento. Su seguidores son varios centenares de miles de personas que están firmemente convencidas de la veracidad de sus enseñanzas.

También en el siglo pasado, en Qadian, un pueblo al nordeste de Lahore, en el actual Pakistán, nació el profeta Hazrat Mirza Chulam Ahmad. En vida fue una persona delicada y amable, y tenía buenas dotes de escritor y de orador. Fundó el movimiento Ahmadiyya, comunidad islámica que tiene todavía muchos seguidores. Se le han atribuido poderes milagrosos; sus seguidores juran que Dios Todopoderoso «lo había despertado para que continuase la tarea de todos los profetas pasados». Se creía de él que era «el mesías y el mahdi de los cristianos y de los musulmanes», además del «el Krishna de los hinduistas, el Buda de los budistas (...) y el redentor de toda la humanidad»^[44].

Éstos son sólo cuatro de los muchos personajes proféticos que han aparecido en los últimos 150 años; sea cual sea nuestra opinión acerca de ellos, la verdad es que consiguieron hacer cosas asombrosas. Aparte de estos profetas y sanadores *positivos*, que nunca hicieron daño a nadie, existe una multitud de figuras

negativas: profetas del fin del mundo que llevan años diciéndonos que todos deberíamos estar muertos ya. La idea del fin del mundo ha sido una idea continua desde tiempos inmemoriales; pero el mundo mismo no se la cree.

Creyentes y no creyentes

A mí no me cuesta ningún trabajo rechazar las profecías de los charlatanes, incluso las de los que se revisten de los ropajes de la ciencia. Siempre es fácil reconocerlos por su apego al presente y a ideologías determinadas. Tampoco me cuesta trabajo, siquiera, comprender el caso de profetas como Jakob Lorber, Hazrat Mirza Chulam Ahmad, Edgar Cayce o Sai Baba, aunque este último afirme que es Dios. Sus dotes asombrosas y, si se quiere, sus conocimientos universales, pueden ser explicados por una teoría moderna, razonable y deducida matemáticamente que fue formulada por el físico atómico francés Jean E. Charon. Dice lo siguiente. La materia y el espíritu están unidas inseparablemente entre sí. En todo átomo, o, para ser más exactos, en todo electrón, se contiene la inteligencia total del universo^[45]. Así se explican los conocimientos de los profetas, aunque ellos mismos no sean conscientes de dónde les vienen estos conocimientos, lo cual es, en sí mismo, una contradicción.

Pero sí me cuesta trabajo comprender un plano muy diferente: el de las religiones, que nos dicen que el Día del Juicio los no creyentes morirán ahogados o ejecutados, pasados a espada, envenenados (con «agua amarga»), a tiros o aplastados por los terremotos, o serán eliminados por algún desastre de otro tipo. Pero ¿cuáles no creyentes? ¿Los que no creen en los dogmas católicos? ¿Los que han tenido la desventura de ser educados en una iglesia cristiana? ¿Los que tienen la mala suerte de no haberse criado en tierras árabes o asiáticas? ¿Los que no conocen las enseñanzas del

Corán, o las del budismo, o las del hinduismo? ¿Los que pertenecen a la religión sintoísta del Japón? ¿O los que no se adhieren al *Libro de Mormón*? ¡Parece que nuestro querido Dios y Señor ha dejado las cosas muy confusas, de una manera u otra!

Casi todas las religiones esperan a un redentor de algún tipo, a un salvador, a un mesías que se habrá de reencarnar. Para el cristianismo, esta figura es la de Jesucristo, el salvador que nos redimió hace 2000 años del peso ominoso del pecado original, pero que se espera que habrá de regresar «entronizado en las nubes» para juzgarnos. Pero ¿a qué se debe que Jesús se convirtiera en el mesías de los cristianos pero que su propio pueblo, el judío, no lo reconociera como tal? Todo esto es tan confuso, y está acompañado (como era de esperar) de tantos miles de comentarios farragosos, que debo concentrarme en las cuestiones esenciales.

¿Fue Jesús el Mesías?

Parece muy dudoso que debamos elevar a Jesús a la categoría de salvador cristiano, o incluso judío; no sólo porque, al contrario de lo que decían las profecías, no hubo una paz duradera después de su venida, sino también porque el reinado de la casa de David, que se suponía debía durar toda la eternidad, se extinguió hace miles de años. El libro «profético» de Isaías se traduce a veces en tiempo presente («Nos es nacido un niño»), a veces en futuro («El aumento de su reino y de la paz no tendrá fin»). El niño esperado no podía haber nacido todavía en tiempos de Isaías, lógicamente. Por lo tanto, resulta útil saber que el alfabeto hebreo en que están escritos los textos proféticos sólo contiene las consonantes y no puede reflejar el futuro gramatical^[46]. Para facilitar la lectura, las vocales se indicaban con puntos pequeños entre las consonantes. En el texto original existía el imperfecto (pasado continuo) y el perfecto (pasado completo). No existía el futuro. Por lo tanto, los traductores podrán hacer las interpretaciones que quieran, y así es como el pasado continuo se convierte (abracadabra) en una posibilidad futura.

Los estudiosos están en desacuerdo, por supuesto, sobre qué pasajes de Isaías son auténticos. Siempre que un experto afirma que el libro de Isaías primitivo ha sufrido una reestructuración general, añadidos y supresiones, sale otro que declara lo contrario. Son disputas teológicas a las que me he ido acostumbrando con el paso de los años. Nadie conoce la verdad, pero no hay profecías mesiánicas a las que se haya atribuido una importancia tan universal como las de Isaías 9, 6 y Daniel 7,27.

El que desea a toda costa encontrar la figura mesiánica de Jesús a partir de estas vagas indicaciones y formulaciones se pega un batacazo inevitable cuando tiene que enfrentarse con los datos históricos. Tras la vida de Jesús no apareció un poder único ni un reino eterno. Los teólogos cristianos lo saben, por supuesto, y por eso se inventaron un hipotético «reino eterno» que habrá de *seguir* al Día del Juicio. Lo que no se nos ha aparecido todavía tendrá que aparecérsenos en el futuro: ¡cualquier cosa, con tal de mantener la esperanza!

El que se abre camino por el desierto de las discusiones teológicas llega a reconocer en los antiguos textos una esperanza dirigida hacia el futuro, una profecía de algún suceso importante que tendrá lugar en algún momento dado. Los profetas y los escritores apocalípticos imaginaron este suceso de diversos modos. Los profetas patriarcales prevén claramente que la escena tendrá lugar en la Tierra, mientras que los escritores apocalípticos se la imaginan en algún lugar por encima de la Tierra. El teólogo doctor Werner Küppers hace el siguiente comentario revelador:

La luz que arroja esta esperanza brilla sobre un fondo oscuro, y en su punto focal aparece la forma cambiante de una figura misteriosa: un Hijo del Hombre de aspecto humano, el elegido de la rectitud, la estrella de la paz, el nuevo sacerdote, el hombre, el Mesías. ¿Cómo hemos de entender tal combinación: una figura de una altura puramente coincidente, que es más que un simple hombre pero que tampoco es ángel ni Dios?^[47].

La teología judía se aferra al Mesías como «hombre de origen humano»^[48]; muchas veces no se le representa como una personalidad individual, sino como el conjunto de todo el pueblo de Israel.

La teología cristiana lo ve de manera diferente: como figura mesiánica equivalente al «hijo de Dios». Pero ambas versiones teológicas dejan sin respuesta diversas preguntas. ¿Dónde surgió la idea de un mesías? ¿Qué antigüedad tiene esta idea? No tiene mucho sentido citar a profetas como Isaías, Daniel o Ezequiel si sabemos que sus textos han sido manipulados y reescritos. Por la misma causa, tampoco podemos confiar en ellos para determinar

fechas con alguna precisión: la idea de un mesías es, claramente, mucho más antigua que los profetas. Lo que ellos han registrado no son más que los vestigios en la memoria popular de una expectativa que ha existido desde la expulsión del paraíso. Los profetas, y sus redactores posteriores, se apoyaban en la sabiduría tradicional que abarcaba las esperanzas y las expectativas de todo un pueblo. Esta esperanza ya formaba parte integral, quizás era incluso una preocupación central, de una raza de seres humanos, antes de que se registrase por escrito ninguna palabra. Las expectativas de ser salvados y liberados son «muy antiguas, anteriores con mucho a los profetas»^[49].

«Los israelitas han legado al mundo tres dones —escribe el teólogo Leo Landmann—: El monoteísmo, los edictos morales y los profetas verdaderos. A éstos debe añadirse un cuarto: la fe en el mesías»^[50]. Es fácil demostrar lo contrario: muchas culturas y pueblos antiguos tenían expectativas mesiánicas.

En 1919 el teólogo H. W Schomerns escribió:

La certidumbre de la superioridad del cristianismo, de su validez absoluta, en efecto, sobre todas las religiones, refuerza y edifica al pueblo cristiano^[51].

Yo creo que estas afirmaciones deberían moderarse con un conocimiento de las otras religiones. Deberíamos empezar por leer acerca de ellas y por entenderlas; y cualquier persona que, después de estos estudios, siga otorgando al cristianismo una superioridad absoluta, está cerrando los ojos y apoyándose en la fe ciega.

La fe es una cuestión individual. Yo, personalmente, respeto las creencias de toda persona. Pero creo que es un error infravalorar las demás religiones: han conservado su intensidad y su poder de fascinación durante miles de años, durante más tiempo que el cristianismo en muchos casos. Todas las religiones, sean pre o poscristianas, contienen la idea de la redención. Todas, sin excepción, esperan con impaciencia las señales celestiales y el regreso prometido de su mesías. La más importante y, sin duda, la más dinámica de las religiones poscristianas es el islam. En el libro

sagrado de los musulmanes, el Corán, Jesús es aclamado como profeta, pero no es venerado como Mesías ni como hijo de Dios.

El Mesías del islam

Sólo el cristianismo cree que Jesús es el Mesías y el Redentor. Ninguna de las otras grandes religiones del mundo admite esta creencia, ni el judaísmo ni el islam, ni mucho menos las religiones de Asia.

Ahora bien, todas estas religiones del mundo han tenido y siguen teniendo sus propios y excelentes investigadores, pensadores y exegetas. Todas ellas han tenido y siguen teniendo escuelas y lugares de estudio de primera categoría, con ejércitos de expertos políglotas. Pero a mí, como profano en teología, me parece asombroso que sobre la base de unos mismos *materiales*, todas estas cabezas pensantes inteligentísimas lleguen a versiones completamente diferentes de la verdad. El judaísmo, el islam y el cristianismo basan sus exegesis en *unos* mismos profetas antiguos. ¿Cómo puede decirse, pues, que la exegesis es una ciencia exacta? Si lo fuera, sin duda podría esperarse de ellos que llegaran a resultados semejantes. Como claramente no es así, yo digo que ya nadie conoce la verdad. Estos investigadores se limitan a servir a su propia causa, crean en ella o no.

El islam contempla también la idea del Día del Juicio y del ajuste de cuentas final. Del mismo modo que el Apocalipsis de San Juan, el Corán nos dice (sura 21, versículo 104):

Ese día plegaremos los cielos, del mismo modo que se enrolla un documento. Del mismo modo que hemos producido la creación, así la haremos desaparecer...

O, de manera semejante a las trompetas del Apocalipsis, otro versículo del Corán (sura 20, versículo 103) dice:

«El día en que sonará la trompeta y en que reuniremos a los culpables, que tendrán entonces los ojos azules».

El sura 17, versículo 59, comenta incluso que no quedará en pie ninguna ciudad tras el día del castigo y de la resurrección.

Y ¿cuándo habrá de suceder esto? Éste es un secreto de Alá (sura 21, versículo 41):

El castigo los sorprenderá de improviso y los dejará estupefactos; no podrán alejarlo de sí ni obtener dilación.

El mesías islámico se llama «el Mahdi». Tanto el profeta Mahoma como los diversos imanes que fueron sus sucesores anunciaron el regreso del Mahdi. Los imanes (los grandes maestros del islam) siempre tuvieron por impías las especulaciones acerca de la fecha de la venida del Mahdi, pues era un secreto que sólo conocía Alá. Del mismo modo que en el judaísmo y en el cristianismo, la literatura sobre la segunda venida del Mahdi llena bibliotecas enteras. No hay cuestión alguna sobre este tema que no haya pensado y escrito alguien. Un extranjero preguntó una vez al quinto imán, Al Baquir, qué señales se verían antes del regreso del Mahdi. El imán respondió:

Sucedirá cuando las mujeres se comporten como hombres y los hombres como mujeres; y cuando las mujeres monten a caballo con silla de montar y a horcajadas como los hombres. Sucederá cuando las profecías falsas se tengan por verdaderas, y cuando las profecías verdaderas se rechacen; cuando los hombres derramen la sangre de otros hombres por cuestiones de poca monta, cuando realicen actos indecentes y cuando dispersen y derrochen el dinero de los pobres^[52].

Según estos criterios, el Mahdi ya debería haber llegado hace mucho tiempo. Sin olvidar que, antes de que venga el Mahdi, «aparecerán sesenta hombres que se harán pasar por profetas». Según mis cálculos, deben de haber existido muchos más de sesenta mil falsos profetas hasta la fecha.

Existe la misma confusión teológica en lo que respecta al regreso del Mahdi que la que encontramos acerca del Mesías en el judaísmo y en el cristianismo. Todas las grandes religiones del

mundo esperan a un mesías, pero nadie sabe cuándo llegará. Esta figura mesiánica suele verse en relación con las estrellas, con el firmamento y con el juicio último de las obras humanas. Se supone que vendrá acompañado de huestes de ángeles, que poseerá un poder inmenso y que estará entronizado en las nubes. ¿Proceden estas creencias de un núcleo de recuerdo popular? ¿Recuerdan una primera promesa, un «volveremos»?

Para dar más precisión a estas vagas hipótesis, debemos estudiar unas tradiciones diferentes y más antiguas que las del Corán o las del Apocalipsis cristiano.

La palabra *Avesta* procede del persa medio y significa «texto básico» o «instrucción básica». El *Avesta* contiene todos los textos religiosos de los parsis, o seguidores modernos de Zoroastro. Se supone que Zoroastro fue concebido por una virgen. Cuenta la tradición que bajó del cielo una montaña adornada con luz pura. De la montaña salió un joven que implantó el embrión de Zoroastro en el vientre de su madre. Los parsis se negaron a aceptar el Corán como libro sagrado, pues su religión era más antigua que el islam. Emigraron al Irán y a la India. Aunque su lengua, el gujarati, es una lengua hindú moderna, siguen practicando el culto en la lengua religiosa del *Avesta*, de manera semejante a la tradición católica de celebrar el culto religioso en latín.

Los parsis se encuentran con un dilema semejante al de los seguidores de otras religiones: sólo se conserva aproximadamente la cuarta parte de los textos originales del *Avesta*. Algunas partes de los textos de esta antigua religión persa se conservaron en textos cuneiformes que fueron escritos por orden del rey Darío el Grande (558-486 a. C.), por su hijo Jerjes (h. 519-465 a. C.) y por su nieto Artajerjes (h. 424 a. C.). El dios más importante de esta religión se llama Ahura Mazda, que creó el cielo y la tierra.

¡Alabadas sean las estrellas!

En los textos parsis, las estrellas fijas están ordenadas en diversas agrupaciones estelares, cada una de las cuales está sujeta a determinados «comandantes». Las huestes celestiales son francamente militaristas: hay «soldados» de las constelaciones, y se libran batallas por todo el universo. Se alaba a las diversas estrellas con términos muy exaltados (*Afrigan Rapithwin*, versículo 13):

Alabamos a la estrella Tistrya, la brillante y majestuosa.

Alabamos a la estrella Catavaeca, que gobierna las aguas.

Alabamos a todas las estrellas que contienen simientes de agua.

Alabamos a todas las estrellas que contienen simientes de árboles.

Alabamos a las estrellas que se llaman Haptoiringa, las sanadoras, opuestas a las Yatus...^[53].

Estos homenajes parecen ser algo más que meros adornos de la fantasía pura, pues los parsis poseían, desde un principio, cierto grado de conocimientos astronómicos. Sabían, por ejemplo, que los planetas eran «cuerpos simples de forma redonda». Desde los tiempos más remotos, en los templos de los parsis se había venerado a los diversos dioses y a sus lugares de origen en el universo, de modos tales que casi presagiaban la revolución del pensamiento astronómico que desencadenó Galileo Galilei en 1610. En cada templo se encontraba un modelo circular del planeta al que estaba dedicado. En cada templo se llevaba una ropa especial y se seguían unas costumbres determinadas en función del planeta al que se veneraba. En el templo de Júpiter había que presentarse vestido de juez o de erudito; en el templo de Marte, por su parte, los

parsis iban vestidos de rojo, llevaban ropas militares y tenían que conversar «con tonos soberbios». En el templo de Venus había risas y bromas; en el templo de Mercurio había que hablar como orador o como filósofo. En el templo de la Luna, los sacerdotes parsis se comportaban como niños que juegan a luchar entre sí y daban saltos y volteretas. En el templo del Sol había que llevar ropas de brocado y había que comportarse «como corresponde a los reyes del Irán».

La *quadriga solis*, el carro de cuatro caballos con corceles alados, procede del folclor iranio^[54]; en la versión parsi, los dioses de los planetas se turnan para conducir el carro del sol. Y en los textos del Avesta se alaba al carro celeste y a sus conductores en los términos siguientes (*Yasna*, capítulo 57, versículo 27):

*Cuatro corceles,
blancos, brillantes, relucientes,
astutos, prudentes, sin sombra,
cabalgan por las regiones celestiales (...)
más veloces que las nubes,
más veloces que las aves,
más veloces que las flechas,
adelantan a todos
los que los siguen...*

En estos textos abundan en el universo tales máquinas voladoras. Casi no hace falta decir siquiera que los parsis esperaban la reaparición de sus dioses. Creían que los «seres de luz»^[55] volverían a descender de los cielos y a salvar a la humanidad atribulada. El propio Zoroastro preguntó a su dios Ahura Mazda sobre el fin del mundo, y éste le dijo que habría una batalla final entre los buenos y los corrompidos. Bajarían de los cielos muchos «archiconquistadores». Éstos serían inmortales y poseerían el conocimiento de todas las cosas. Antes de que aparezcan en los cielos, el sol se cubrirá de oscuridad, habrá terremotos y fuertes tormentas y vientos y caerá una estrella del cielo. Después de una batalla terrible, en la que los ejércitos se enfrentarán en masa,

alboreará una nueva edad de oro. La humanidad adquirirá entonces tales conocimientos en las artes de la curación que «podrán curarse los unos a los otros, aun cuando estén próximos a la muerte».

Esta versión de la «redención» no parece demasiado diferente de la que nos encontramos en otras religiones, aparte de la presencia de estos «archiconquistadores», de los dioses procedentes de los mundos estelares, que aparecen como salvadores definitivos y esperados.

La Edad de Oro

En el hinduismo todo se complica más por la existencia de deidades multiformes. Al principio de las cuatro épocas del mundo hubo una Era de los Dioses, la *Krtayuga* o *Devayuga*. Este periodo fue perfecto en todos los sentidos, pues en él no existía ni la enfermedad ni la envidia, ni el enfrentamiento, ni la mala voluntad, ni el miedo, ni el dolor. En aquellos tiempos, según las enseñanzas hinduistas, todas las personas tenían fijo su propósito únicamente en el Brahma superior, e incluso los miembros de las cuatro castas vivían en armonía entre sí. La vida y los propios seres humanos eran sencillamente perfectos. La gente se dedicaba a hacer una vida ascética y al estudio de las escrituras. Los deseos materiales eran desconocidos. La gente amaba la verdad y el conocimiento. No había injusticia, pues nadie sentía ningún anhelo terrenal. En el *Bhagavata-Purana*, uno de los muchos textos de la religión hinduista, se describe a las gentes de esa edad dorada como satisfechos, amistosos, pacientes, delicados y misericordiosos. Eran felices porque llevaban la paz en sus corazones y no estaban reñidos con nada.

Era, por lo tanto, un mundo que apenas podemos imaginarnos. Actualmente, por supuesto, los deseos y los anhelos nos arrastran de un lado a otro. La idea de una era de felicidad absoluta que no está teñida de deseos nos resulta muy ajena. Pero esta edad de oro del hinduismo no es, por así decirlo, más que un deseo proyectado sobre el futuro lejano. Tal como fue la «edad soñada», así volverán a ser las cosas en el futuro. Volverá una era de belleza, de fuerza, de juventud y de armonía.

El hinduismo no tiene una pareja «fundadora» como Adán y Eva; Brahma creó a ocho mil personas de una vez, mil parejas de cada casta, que eran como los seres divinos. Los miembros de estas parejas se amaban entre sí, pero no produjeron hijos. Sólo al final de sus vidas engendraron dos hijos cada una de estas parejas; no por el sexo, sino sólo por el poder del pensamiento. Así, la Tierra se pobló de seres espirituales.

Este feliz estado de cosas perduró hasta que los espíritus negativos, además de los dioses de todo tipo, introdujeron el caos y la confusión entre los seres humanos. Se concebía a los dioses como seres enormemente poderosos e inmortales, pero que eran semejantes a los seres humanos en todos los demás sentidos y que estaban dotados de personalidades individuales. La más alta de estas deidades era el «Príncipe del universo, que lo gobernaba todo»^[56]. Los dioses hindúes son tantos, tan diversos y están tan interrelacionados entre sí que no puedo describirlos aquí con mayor detalle. Baste decir que los dioses habían dominado el arte de viajar por el aire y por el espacio por medio de máquinas voladoras de toda clase y de todo tipo. Todos estos objetos voladores tenían un carácter real y material: no eran espirituales ni eran fruto de la fantasía ni de la imaginación.

En los textos religiosos hindúes se describen con gran detalle aparatos voladores con temibles sistemas de armas, sobre todo en los Vedas, que se tienen por las fuentes más antiguas del lenguaje y de la religión. La palabra *veda* significa «conocimiento sagrado». Uno de estos textos, el *Rigveda*, es una colección de 1028 himnos a los dioses. Afirma sin ambigüedades que estas máquinas voladoras venían del cosmos a la Tierra, y que los dioses bajaron en persona a impartir conocimientos a los seres humanos. Del mismo modo que en las leyendas judías, en los textos hindúes se describen batallas entre los dioses; pero no en un cielo indefinido de gloria espiritual, sino «en el firmamento», «sobre la Tierra».

La guerra de las galaxias

En el «Vanaparvan», que pertenece al antiguo *Mahabharata* hindú (capítulos 168-173), se describen las residencias de los dioses como asentamientos en el espacio, que giraban en órbita muy por encima de la Tierra. Lo mismo puede encontrarse en el capítulo 3, versículos 6-10, del *Sabhaparva*. Estas estaciones espaciales gigantescas tenían nombres tales como Vaihayasu, Gaganacara y Khecara. Eran tan enormes que las naves-lanzadera (los *vimanas*) podían entrar en su interior por enormes puertas.

No estamos hablando de unos fragmentos oscuros que nadie puede estudiar, sino de unos textos hindúes tradicionales y antiguos que se encuentran en cualquier biblioteca importante. En la parte del *Mahabharata* llamada «Drona Parva», página 690, versículo 62, podemos leer que tres ciudades grandes y hermosamente construidas giran alrededor de la Tierra. De éstas se extiende la discordia a las gentes de la Tierra, y también a los propios dioses, en una guerra de proporciones galácticas (versículo 77):

Siva, que viajaba en este carro muy excelso que estaba compuesto de todas las fuerzas del cielo, se preparó para la destrucción de las tres ciudades [celestiales]. Y Sthanuy, este jefe de los destructores, este azote de los Asuras, este gran luchador de valor sin límite, dispuso sus fuerzas en excelente formación de combate (...). Cuando las tres ciudades volvieron a cruzarse entre sí en sus caminos por el firmamento, el dios Mahadeva las atravesó con un terrible haz de luz de la boca triple de su arma. Los Danavas no podían mirar el camino de este haz de luz, que tenía el alma del fuego-yuga y contenía el poder de Visnú y de Soma. Mientras los tres asentamientos empezaban a arder, Parvati se apresuró a acercarse para contemplar el espectáculo^[57].

Los dioses del hinduismo libraban batallas entre sí «en el firmamento», como Ismael (o Lucifer) en la tradición judía:

Ismael era el mayor príncipe de los ángeles del cielo (...). E Ismael se unió con todos los ejércitos más altos del cielo contra su Señor; reunió a sus ejércitos a su alrededor y descendió con ellos y se puso a buscar una compañera en la Tierra.

Y ¿qué leemos en Enoc? Éste describió el motín de los ángeles, y enumeró, incluso, sus nombres.

Este núcleo de la tradición (la batalla en el cielo, la lucha entre los dioses) es lo decisivo, y el concepto simplista del cielo que aceptan las diversas religiones hace de ello una farsa.

En el hinduismo, los seres humanos alcanzan la serenidad absoluta por medio de sus propios poderes, a través de ciclos continuos de nuevos nacimientos durante los cuales mejoran y limpian su *karma*. Pero a esto les ayudan los dioses, y en último extremo el dios universal Brahma. Pero los hinduistas también están familiarizados con la idea del regreso de los dioses. Visnú nacerá un día como Krishna y salvará a la Tierra del lío en que se ha metido. Es un misterio para los occidentales el papel que desempeña en todo esto el concepto del *karma* o de la reencarnación. ¿Cómo llegaron a creer los hinduistas en un ciclo continuo de renacimientos, en el que llevan a cuestas de una vida a otra sus obras buenas y malas?

La doctrina extraordinariamente compleja del *karma* se describe con gran detalle en la religión jainista. El jainismo es, con el budismo y el hinduismo, una de las tres grandes religiones de la India. El jainismo surgió en el norte de la India siglos antes de la aparición del budismo y fue difundándose por todo el subcontinente. Sus seguidores afirman que fue fundado en tiempos muy antiguos, hace miles de años. Creen que sus enseñanzas son eternas e imperecederas, aunque puedan yacer olvidadas durante largas épocas. La religión jainista aparece recogida en una serie de textos prebudistas que son francamente extraordinarios: no merecen otro calificativo.

La ciencia antigua

La literatura teológica y científica del jainismo contiene relatos que hablan de hombres santos, canciones sobre los creadores primigenios, así como preceptos de todo tipo. Estos textos, de modo parecido a la Biblia, están recopilados bajo el título genérico de *Shvetambaras*. Se dividen en 45 secciones, cuyos títulos son todos verdaderos trabalenguas.

El «Vyahyaprajnaptyanga» presenta todas las enseñanzas del jainismo con diálogos y leyendas. El «Anuttaraupapatikadashanga» cuenta las historias de los santos primigenios que ascendieron a los mundos celestiales más altos.

La sección titulada «Purvagata» contiene libros y descripciones científicas. Dentro de ésta, el «Utpada-Purva» trata de la formación y de la disolución de todas las diversas sustancias (química). El «Viryapavada-Purva» describe las fuerzas que están activas en la sustancia de los dioses y de los grandes hombres. El «Pranavada-Purva» estudia el arte de la curación. El «Lokabindusara-Purva» trata de las matemáticas y de la redención.

Por si todo esto no fuera suficiente, existen también los 12 «Upangas», que describen todos los aspectos del Sol, la Luna y de otros cuerpos planetarios, así como de las formas de vida que los habitan. Además, el «Aupapatika» nos explica el modo de alcanzar la existencia divina. También se nos proporciona una lista de reyes divinos (*Prakirnas*, libro 7).

Aparte de estas escrituras, se supone que existieron libros en las nubes primigenias del tiempo, pero que se han perdido. Pero los jainistas creen que estas escrituras fueron transmitidas oralmente,

de sacerdote a sacerdote, a lo largo de las generaciones. No les inquieta su pérdida, pues siempre están apareciendo reencarnaciones de los antiguos profetas que revelan de nuevo su contenido, en la medida en que la gente y los tiempos estén preparados para recibir tales enseñanzas. El contenido de los textos perdidos sólo se ha conservado en fragmentos, pero incluso éstos tratan de las cosas más asombrosas:

- Cómo viajar a tierras lejanas por medios mágicos.
- Cómo hacer milagros.
- Cómo transformar las plantas y los metales.
- Cómo volar por los aires.

También en la literatura sánscrita se describe el vuelo por los aires. En mi libro *Der Götter-schock* trato con detalle de este tema^[58].

Según las enseñanzas jainistas, la época en que vivimos no es más que una entre muchas. Antes de nuestro tiempo hubo otros periodos cósmicos, y dentro de poco tiempo (hacia el año 2000) habrá de empezar una época nueva. Estas épocas nuevas siempre vienen anunciadas por veinticuatro profetas, los *tirthamkaras*. Los profetas de nuestra época están naciendo ahora, o quizás ya sean adultos. Los jefes religiosos del jainismo creen conocer, incluso, sus nombres y otros detalles de sus vidas.

Fechas imposibles

El primero de estos *tirthamkaras* fue Rishabha. Vivió en la Tierra durante un tiempo asombroso, 8 400 000 años. Rishaba tenía proporciones gigantes. Todos los patriarcas que lo sucedieron fueron cada vez menos longevos y menos altos; no obstante, el vigésimo primero (que se llamaba Arishtanemi) llegó a vivir 1000 años y medía diez codos de alto. Sólo los dos últimos, Parshva y Mahavira, alcanzaron una edad que a nosotros nos parecería «razonable». Parshva vivió cien años y sólo medía nueve pies [2,74 metros] de estatura, mientras que Mahavira, el vigésimo cuarto *tirthamkara* sólo alcanzó los 72 años de edad y sólo medía 7 pies [2,12 metros].

Los jainistas sitúan la aparición de sus *tirthamkaras* en unos tiempos tan antiguos que dan vértigo. Se supone que los dos últimos murieron en el 750 y en el 500 a. C., respectivamente, mientras que el sucesor de Rishabha (el primer patriarca) adornó la tierra con su presencia durante unos 84 000 años.

Estos números que se nos presentan delante deberían llamar la atención, verdaderamente, a nuestros investigadores de mitos, y también a nuestros teólogos. ¿Por qué? Porque tenemos aquí, bien empaquetados dentro de conceptos religiosos, un núcleo de recuerdo popular que sale a relucir en muchos libros sagrados y no tan sagrados. Permítanme que les refresque la memoria muy brevemente, en estilo telegráfico.

En la antigua lista de los reyes babilónicos (WB 444) se cuentan diez reyes desde la creación de la Tierra hasta el diluvio. Estos reyes reinaron durante un total 456 000 años, año más, año menos.

Después del diluvio, «volvió a bajar del cielo el reino una vez más»^[59], y los 23 reyes siguientes reinaron durante un total de 24 000 años, 3 meses y 3 días y medio.

A los patriarcas bíblicos se les atribuyen unas edades igualmente increíbles. Se afirma que Adán vivió más de 900 años; Enoc tenía 365 años cuando ascendió entre las nubes, y su hijo Matusalén vivió 969 años.

En el antiguo Egipto las cosas no fueron diferentes. El sacerdote Manetón dejó escrito que el primer monarca divino de Egipto había sido Hefaisto, que también había traído el don del fuego. Después de él vinieron Cronos, Osiris, Tifón, Horus, y el hijo de Isis.

Después de los dioses, la raza de descendientes de los dioses reinó durante 1255 años. Y después vinieron otros reyes que reinaron durante 1817 años. Tras esto, otros 30 reyes reinaron durante 1790 años. Tras otros diez durante 350 años. El reino de los espíritus de los muertos y de los descendientes de los dioses abarcó 5813 años^[60].

Confirma estas fechas imposibles el historiador Diodoro de Sicilia, que escribió hace 2000 años toda una biblioteca de obras, recogidas en cuarenta volúmenes.

Desde Osiris e Isis hasta el reinado de Alejandro, que fundó la ciudad de Egipto que lleva su nombre, se dice que pasaron más de 10 000 años; pero algunos dicen que ese periodo abarca en realidad un poco menos de 23 000 años...^[61].

Y como último ejemplo de estas fechas imposibles citaré al griego Hesíodo. En su *Mito de las cinco razas de la humanidad*^[62] escribió (hacia el año 700 a. C.) que originalmente los dioses inmortales, Cronos y sus compañeros, habían creado a los seres humanos: «Estos héroes de excelente origen, llamados semidioses, que en los tiempos anteriores a los nuestros residían en la Tierra sin límites...»

Voy a volver ahora a los jainistas, que, como hemos visto, no son ni mucho menos los únicos que recuerdan fechas de proporciones aterradoras. Muchas crónicas jainistas son francamente

revolucionarias desde el punto de vista de la ciencia moderna. Su concepto del tiempo, del *kala*, parece formulado por Albert Einstein.

Su unidad de tiempo más pequeña es el *samaya*. Éste es el tiempo que tarda el átomo más lento en recorrer la distancia de su propia longitud. Una cantidad innumerable de *samayas* constituyen un *avalika*, y 1 677 216 *avalikas* (una cantidad determinada, por fin) componen un *muhurta*, que equivale a 48 de nuestros minutos. Treinta *muhurtas* equivalen a un *ahoratra*, que es la duración exacta de un día y una noche. ¿Se dan cuenta? Si multiplicamos 48 minutos (un *muharta*) por 30, obtenemos 1440 minutos, que es exactamente el número de minutos que hay en 24 horas. Pero la medida del tiempo de los jainistas tiene millares de años de antigüedad, y en un principio fue comunicada a los seres humanos por seres celestiales.

Quince *ahorstras* constituyen (según nuestra medida del tiempo) un *paksha*, que es medio mes; dos *pakshas* equivalen, evidentemente, a un mes. Dos meses son una estación; tres estaciones son un *ayana* o temporada. Dos *ayunas* valen un año, y 8 400 000 años son un *purvanga*. Pero el cálculo sigue: 8 400 000 *purvangas* constituyen un *purva* (16 800 000 años). La cuenta de los jainistas llega hasta números de 77 cifras. Más allá de estas cifras, los valores temporales se dan en términos de conceptos concretos, semejantes a nuestros años luz, para una distancia de 9 500 000 000 000 kilómetros.

Podríamos estar tentados de calificar todo esto de caprichos locos, si no fuera porque los mayas de la América Central utilizan cifras igualmente aterradoras, y también las relacionan con el tiempo y con el universo del mismo modo que los jainistas de la lejana Asia.

Los jainistas tomaron también de sus maestros celestiales unas definiciones de lo que es el espacio que resultan sorprendentes, y que a la larga (¿o por fin?) hacen comprensible la relación de éste con el misterioso concepto del *karma*. Aquí sólo puedo presentar un breve resumen de esta doctrina extremadamente compleja y

complicada, que llegué a comprender gracias a un libro del teólogo Helmuth von Glasenapp^[63].

En los textos científicos de los jainistas, el átomo ocupa un punto en el espacio. Este átomo puede unirse con otros para formar un *skandha*, que abarca entonces varios puntos en el espacio o un número de éstos imposible de medir. Nuestra propia ciencia enseña lo mismo: dos átomos pueden formar una cadena de proporciones mínimas, pero también existen cadenas moleculares que contienen muchos millones de átomos. Estas cadenas atómicas producen sustancias y materiales de diversas densidades. Las enseñanzas jainistas distinguen seis formas principales de cadenas o conexiones de este tipo:

- Fino-fino: cosas que son invisibles.
- Fino: cosas que también son invisibles.
- Fino-áspero: cosas que son invisibles pero perceptibles por el olfato y el oído.
- Áspero-fino: cosas que se ven pero no se sienten, como las sombras o la oscuridad.
- Áspero: cosas que se reúnen por sí mismas, como el agua o el aceite.
- Áspero-áspero: cosas que no se reúnen sin ayuda exterior (como la piedra o el metal).

En el jainismo, hasta una sombra o un reflejo se consideran materiales, porque son producidas por una cosa. Ni siquiera el sonido se clasifica en la categoría de «fino-fino», sino que se considera una materialidad fina, resultado del «frote de grupos de átomos entre sí».

Según esta enseñanza, la sustancia «fina-fina» puede penetrarlo todo y, por lo tanto, puede desempeñar una influencia modificadora sobre otras sustancias. La sustancia que penetra en un alma se expresa como *karma*, lo que nos vuelve a llevar al renacimiento. ¿Me siguen?

El karma sigue siendo eterno

Actualmente es bien sabido que todo tipo de materia (ya sea una mesa o un trozo de hueso) se puede reducir al nivel atómico. El átomo mismo está compuesto de partículas subatómicas, una de las cuales es el electrón, que oscila a un ritmo inconcebible de 10^{23} elevado a 23 veces por segundo. Los jainistas considerarían la materia de este electrón como «fina-fina»: ya no es posible captarla y, además, es inmortal. Los átomos pueden pasar a todas las cadenas y combinaciones posibles, pero el electrón los acompaña siempre. Actúa como «el espíritu dentro de la materia», de manera parecida a un campo magnético o a una onda de radio, que penetra sustancias determinadas. Y resulta que los pensamientos de toda forma de vida influyen sobre sus obras. «La sustancia del mundo es la sustancia del espíritu», escribió el astrónomo y físico inglés Arthur Eddington (1882-1944). Y Max Planck, ganador del premio Nobel, lo formuló con estas palabras:

¡No existe la materia como tal! Toda la materia surge y se sustenta únicamente en virtud de una fuerza que hace oscilar las partículas.

Nuestra existencia es la consecuencia de un acto previo. No existiríamos sin una vida anterior que nos hiciera aparecer. (Y esto no cambiará aunque, en el futuro, aprendamos a crear vida artificialmente). Dicho de otro modo, toda existencia es un eslabón en la larga cadena de las existencias futuras previas. Dado que nuestros pensamientos dirigen nuestros actos, estos actos dejan su rastro, a su vez, sobre nuestra mente o nuestro espíritu. Podríamos describir, por ejemplo, un campo magnético como mente, pero es

una mente que desempeña una influencia sobre la materia. Los jainistas conciben lo que llamamos «alma» como la materialidad «fina-fina» del cuerpo físico. Esta materialidad está tan intocada por el cuerpo como el electrón lo está por el núcleo del átomo. El electrón pertenece al átomo, pero los dos no entran nunca en contacto entre sí. El átomo puede cambiar de posición, unirse a otros para formar cadenas moleculares gigantescas, y siempre estará acompañado de electrones; pero lo raro es que no son *los mismos* electrones, pues el electrón «salta» de un átomo a otro, por ejemplo, cuando se le aplica calor. Y en la misma milmillonésima de segundo en la que un electrón salta a un nuevo átomo, otro electrón ocupa el lugar que deja vacío. De modo que tenemos una actividad «fina-fina» eterna e inmortal, una oscilación más allá del átomo material.

Los jainistas ven el *karma* del mismo modo. No importa qué le suceda al cuerpo, que se queme o que se lo coman los gusanos, pues el *karma* sigue siendo inmortal. Este *karma* contiene toda la información sobre la forma vital a la que pertenece. A lo largo de la vida pensamos y sentimos; estos pensamientos y estos sentimientos se trasponen sobre la sustancia «fina-fina» del *karma*, como en un grabado. Cuando este *karma* se forma sobre un nuevo cuerpo, ya contiene toda la información de su existencia anterior y sigue conteniéndola para toda la eternidad. Pero, dado que el fin último de la vida es alcanzar un estado de serenidad absoluta (siendo uno con Brahma), el *karma* nos conducirá a esa meta por una serie de incontables reencarnaciones.

Esta manera de pensar no está demasiado alejada de la filosofía moderna y de los descubrimientos de la física moderna. Lo que puede asombrarnos, no obstante, es que unas teorías tan complejas fueran enseñadas hace miles de años y por unos maestros que aparecieron de las profundidades del universo. La última época de los jainistas (a la que siguen nuestros propios tiempos) comenzó hacia el 600 a. C. con el último de los 24 *tirthamkaras*. Este *tirthamkara* se llamaba Mahavira, y ¿quién era? Era el hijo de un

rey, cuyo embrión fue implantado en el vientre de su madre, la joven reina, por seres celestiales^[64]. Se espera que todos estos maestros celestiales de la Antigüedad habrán de reaparecer, renacidos en nuevos cuerpos. Existen muchas pinturas jainistas antiguas en las que aparece representado el vigésimo cuarto *tirthamkara*, el profeta Mahavira. Por encima de la procesión en su honor, que aparece representada en la sección de ilustraciones de este libro, flotan cinco aeronaves celestiales.

Existe una diferencia marcada entre las expectativas del regreso de los dioses por parte de los jainistas y las de los cristianos, los musulmanes o los judíos. Estos últimos creen que aparecerá un mesías y un alto juez, después del cual los fieles disfrutarán de la gloria celestial mientras los infieles se asan en el infierno. Los jainistas no esperan a un solo salvador, sino a varios a la vez. Los profetas o *tirthamkaras* regresan constantemente, en cada una de las épocas. Después de su aparición no hay un fin del mundo definitivo, no se alcanza el gozo y el néctar celestial, ni tampoco la condenación eterna, sino que comienza simplemente un nuevo acto en el drama del universo. Los *tirthamkaras* tienen menos de salvadores que de ayudantes. Preparan a los seres humanos para la etapa y para la época siguiente. Por eso nacen como seres humanos (recordemos al «hijo del hombre» en las profecías de Enoc); pero su sustancia, su conocimiento kármico, procede del universo. No son fuerzas terrestres, sino extraterrestres las que implantan la semilla o el embrión en el vientre. Vale la pena recordar, asimismo, que estas ideas estaban extendidas varios siglos, o incluso varios miles de años, antes del nacimiento de Cristo, y que los jainistas mal pueden haber tomado del cristianismo el concepto del nacimiento virginal: ¡más bien será al revés!

No es de extrañar que unos maestros cósmicos tales como los *tirthamkaras* estuvieran versados en la astronomía y en la astrofísica. De tales fuentes aprendieron los jainistas sus fechas astronómicas, que a nosotros nos resultan incomprensibles. Sus enseñanzas muestran que fueron capaces de medir las dimensiones

del universo. Su unidad de medida era el *rajju*, la distancia que recorre Dios volando en seis meses, cuando viaja a 2 057 152 *yojanas* por segundo.

Las enseñanzas jainistas dicen que la Tierra está rodeada por tres capas, que se diferencian por su densidad: densa como el agua, densa como el viento y densa como un viento fino. Más allá está el espacio vacío. Nuestra ciencia moderna ha llegado a la misma conclusión: atmósfera; troposfera, que contiene nitrógeno y oxígeno; y estratosfera, con la capa de ozono. Más allá está el espacio interplanetario.

Actualmente, la gente admite cada vez más la idea de que deben existir en el universo otras formas de vida aparte de las terrestres. Los jainistas lo han creído siempre: para ellos, todo el universo está lleno de formas de vida que están repartidas desigualmente por los cielos. Es interesante advertir que aunque reconocen la existencia de las plantas y de las formas de vida básica en muchos planetas diferentes, afirman que sólo en algunos planetas determinados existen seres dotados de «movimiento voluntario»^[65].

Los filósofos de la religión jainista describen las diferentes características que poseen los habitantes de los diversos mundos. Los cielos de los dioses tienen, incluso, un nombre: son los kalpas. En ellos, al parecer, se pueden encontrar maravillosos palacios voladores: unas estructuras voladoras que forman muchas veces ciudades enteras. Estas ciudades celestiales están alineadas unas sobre las otras de tal modo que los vimanas (los carros divinos) pueden salir en todas direcciones desde el centro de cada «nivel». Cuando termina una época y están a punto de nacer nuevos *tirthamkaras*, suena una campana en el palacio principal del «cielo». Esta campana hace que suenen campanas en los otros 3 199 999 palacios celestiales. Enseguida, los dioses se reúnen, en parte por amor a los *tirthamkaras* y en parte por curiosidad. Y a continuación, transportados por un palacio volador, visitan nuestro sistema solar, y comienza una nueva época sobre la Tierra.

Esperando al super-Buda

En el budismo, el concepto fundamental de la redención aparece bajo una forma muy semejante a la del jainismo. El jainismo, no obstante, era una doctrina *anterior* a la llegada del Buda (560-480 a. C.). *Buda* significa «el despierto» o «el iluminado». El nombre propio del Buda era Siddharta. Nació en el seno de una familia noble y se crió entre lujos en el palacio de su padre, en las estribaciones del Himalaya del Nepal. A los veintinueve años de edad se cansó de esa vida falsa. Dejó su casa, se dedicó durante siete años a la práctica de la meditación y buscó un camino de conocimiento.

Pero en los tiempos del Buda, los dioses del folclor, de las leyendas y de la mitología ya llevaban mucho tiempo de existencia en tiempos del Buda. Después de su iluminación, sintió que era la reencarnación de un ser celestial. Se puso a predicar a sus discípulos el sendero óctuple, que podría conducir a todas las gentes a la budidad, a la iluminación. El Buda estaba convencido de que el futuro traería a otros budas. En su discurso de despedida, el *Mahaparinibbana-Sutta*, habla de estos budas del futuro. Profetizó a sus discípulos que uno de ellos llegaría en una época en que la India estaría abarrotada de gente y las ciudades y las aldeas estarían pobladas tan densamente como gallineros. En toda la India habría 84 000 ciudades; en la ciudad de Ketumati (la actual Benarés) viviría un rey llamado Sankha, que gobernaría a todo el mundo pero sin usar la fuerza, sólo por medio del poder de su rectitud. Y durante el reinado de este rey bajaría a la Tierra el sublime Metteya (también llamado Maitreya): un maravilloso y completamente único «conductor de carros y conocedor de

mundos», maestro de dioses y de hombres: en otras palabras, el Buda perfecto.

La profecía del Buda en la que anunciaba a un «super-Buda» es semejante a las enseñanzas jainistas del regreso de los *tirthamkaras*. El budismo habla también de las diferentes épocas, que se comparan con una rueda que gira. La única diferencia es que en el budismo estas épocas tienen una duración inmensa.

La idea de las cuatro épocas (o seis, en el jainismo) también está presente en la mitología sumerio-babilónica. Es frecuente encontrar unas mismas cifras en culturas que están muy alejadas unas de otras. El doctor Alfred Jeremias, profesor de historia religiosa, descubrió estos paralelismos hace 65 años. He aquí un simple ejemplo^[66].

Según las crónicas babilónicas, los antiguos reyes o monarcas del cielo reinaban durante miles de años. La duración que se atribuye a los reinados de los dioses Anu, Enlil, Ea, Sin y Samas se asemejan notablemente a las duraciones que se asignan a los *yugas* o épocas en la India:

Anu = 4320	Kali-Yuga = 432 000
Enlil = 3600	Kali-Yuga = 360 000
Ea = 2880	Deva-Yuga = 288 000
Sin = 2160	Treta-Yuga = 216 000
Sama = 440	Dvapara-Yuga = 144 000
Adad = 432	Maha-Yuga = 4 320 000

El Kali-Yuga aparece dos veces por una razón: el Kali-Yuga «sin crepúsculo» tiene una duración más corta que el Kali-Yuga «con crepúsculo». El número de ceros no tiene importancia, pero la coincidencia de las cifras significativas demuestra la existencia de una fuente primitiva común. El número 4 320 000 del Maha-Yuga («gran época») es idéntico al del tercer rey antediluviano En-me-en-lu-an-na, que reinó durante 12 sar, o 43 200 años. Y el número 288

000 del Deva-Yuga corresponde al periodo de reinado del sexto rey, En-sib-zi-an-na. Éste duró ocho sar, o 28 800 años.

La alusión literaria más antigua a una época del mundo se encuentra en la antigua Grecia, en la obra del poeta Heráclito. Habla de un periodo de 10 800 000 años, que se corresponde exactamente con el segundo periodo de los antiguos reyes de Sumeria: 30 *sar*, o 108 000 años.

Estos números no tienen ninguna relación directa con el regreso de ningún salvador, pero ponen de manifiesto la base común que comparten las diversas tradiciones. La única manera de explicar estas coincidencias es suponer que en los albores del tiempo debió existir una enseñanza original única. Esta fuente común debe remontarse a tiempos muy antiguos, pues de lo contrario se hablaría de ella en las crónicas históricas.

Coartadas psicológicas

La psicología no me sirve para nada en mis investigaciones sobre la idea del regreso de los dioses. He comprobado que en todas las culturas se manifiesta esta idea bajo una forma u otra, y que siempre está relacionada con las estrellas y con salvadores que vienen de más allá de la Tierra; por otra parte, se suele hablar de la fertilización artificial de un embrión que traen los «dioses». No me queda más opción que creer que estas ideas tienen un origen común al que la psicología no puede acceder. Naturalmente, es comprensible que las personas esperen la llegada de un gran salvador, rey y «super-Buda»: cuando los tiempos son malos, la gente espera todo tipo de tierras de Jauja. Pero esto no puede explicar las coincidencias y las correspondencias entre todas las tradiciones diferentes. Los meros deseos no pueden proporcionar unas crónicas tan precisas en primera persona ni todos los detalles de fechas y de nombres. ¿Acaso es de creer que Enoc se inventara la larga lista de nombres y de funciones de los «ángeles» amotinados? ¿O que la idea de medir el universo con el número de 2 057 125 *yijanas* le vino sencillamente a la cabeza de un soñador que estaba tumbado bajo una higuera? La psicología tampoco sirve ya para explicar la identidad de las fechas de las diversas tradiciones culturales, ni la idea generalizada de que se realizaron fertilizaciones artificiales e implantes de embriones. Otra cosa muy distinta es el modo en que las religiones posteriores transformaron estos conceptos para glorificar a sus salvadores con un nacimiento virginal: eso es ciertamente comprensible desde un punto de vista psicológico.

Aún hoy, los cristianos católicos creen que Jesús nació virginalmente de María. Tienen que creerlo, pues es un dogma (o artículo de fe) de la iglesia. Aunque para ser completamente justos deberíamos añadir que lo contrario tampoco puede ser demostrado científicamente. ¿Cómo podemos *saber* realmente que Jesús, o que el profeta hindú Sai Baba si se quiere, *no* se desarrollaron de una semilla cósmica? Al fin y al cabo, es lo que sucedía en la Antigüedad: todos los grandes dioses y dioses-reyes tenían que tener unas credenciales virginales para ser tenidos por iguales a sus predecesores.

Semillas del cielo

Se decía que la semilla que, al crecer, se convirtió en el rey acadio Hammurabi (1726-1686 a. C.) había sido implantada en su madre por el dios solar. Hammurabi se convirtió más tarde en el mayor de los legisladores. De él proceden las leyes y reglas más antiguas que se conservan destinadas a ordenar la vida social humana: el Código de Hammurabi. Esta estela de piedra de más de dos metros de altura, en la que se grabaron dichas leyes, fue desenterrada a principios de nuestro siglo en Susa. Hoy puede contemplarse en el museo del Louvre de París. El Código de Hammurabi contiene 282 párrafos; según Hammurabi, se los comunicó el dios del cielo (del mismo modo que Moisés recibió las Tablas de la Ley directamente de la mano de Dios). En la «introducción» a su recopilación de leyes, Hammurabi dice expresamente que «Bel, el Señor del cielo y de la Tierra» lo había escogido a él para que «difundiese la justicia por la Tierra, para que destruyera a los malvados y para que evitara que los fuertes sometieran a los débiles»^[67]. Y, naturalmente, el pueblo esperaba el regreso de su legislador.

Lo único que podemos saber, volviendo la vista atrás, es que Hammurabi consiguió *algo* notable, y que se distinguió de todos sus contemporáneos por varios actos que se salían de lo común. Naturalmente, podría suponerse que sólo se le atribuyera un origen divino *después* de su muerte, si no fuera por la estela de piedra que tiene grabado su propio testimonio, escrito durante su vida, según el cual había sido elegido por los dioses. ¿Debemos tildar de mentiroso al legislador supremo? Eso sería como acusar a Moisés

de inventarse la historia de que había recibido las tablas de piedra en la montaña sagrada.

Nosotros, las personas modernas, sabias y superiores, «sabemos», por supuesto, que la semilla del rey Hammurabi no podía proceder de ningún modo del dios solar. Pero ¿cómo lo sabemos? No estábamos delante, y el esqueleto de Hammurabi no ha sido sometido nunca a un análisis genético. Es muy característico de la lógica humana que rechacemos la pretensión de Hammurabi de haber mantenido contactos con seres de otros mundos mientras aceptamos los relatos de Moisés y de otros profetas.

El rey asirio Asurbanipal (668-622 a. C.), en cuya biblioteca de tablillas de barro cocido se descubrió la *Epopéya de Gilgamesh*, también fue concebido virginalmente. Era hijo de la diosa Istar, que lo crió a sus pechos. Istar debía de proceder de otros mundos, pues en un texto cuneiforme se dice: «Sus cuatro pechos caían sobre tu boca; tú mamabas en dos, y ocultabas la cara en dos»^[68]. Así es: *cuatro* pechos, los suficientes para darnos envidia a algunos. Este rey Asurbanipal recibía la autoridad de sus decisiones de los «consejos divinos» de los dioses Bel, Marduk y Nabu. Este último era el dios omnisciente del que la humanidad aprendió la escritura. En el Louvre se conserva un relieve cilíndrico en el que Nabu aparece representado junto a Marduk. El templo principal de Nabu estaba situado en Borsippa y llevaba el nombre de «Templo de los Siete Transmisores de Órdenes del Cielo y la Tierra». Extraño nombre.

¿Eran todas estas cosas simples fantasías de la élite gobernante para darse importancia? ¿Llegó a depender su autoridad de que el pueblo y los sacerdotes creyeran que tenían un origen divino? Personalmente, yo no lo creo. No todos los reyes y fundadores de religiones aseguraban llevar dentro de sí una «semilla divina»: sólo algunos de esos albores del tiempo imposibles de fechar estaban convencidos de que llevaban un código genético muy especial, que debían transmitir. No debemos olvidar que aparecen relatos

semejantes en muchas tradiciones diferentes y en diversos textos sin fecha: en los textos egipcios, en Enoc, en los textos jainistas y, naturalmente, en los apócrifos del Antiguo Testamento. En éstos últimos se habla también de maestros divinos, aunque se llamen «ángeles caídos»; y también allí, entre las brumas de la tradición judía, nos encontramos con abundantes personajes cuya semilla no era de origen terrenal. Naturalmente, estas cosas no son muy bien acogidas por el público, que las recibe con precaución. Y de pronto se dice que Erich von Däniken está conchabado con una pandilla de racistas idiotas, como si fuera yo el que hubiese inventado la idea de «la semilla celestial» y de «los elegidos». No se me puede responsabilizar de estos conceptos: están tomados directamente de antiguas tradiciones y textos que eran sagrados para muchos pueblos.

Sin ir más lejos, Noé, el superviviente del diluvio, no era un cualquiera. A su padre terrenal se le llama Lamec, pero en realidad Lamec no era su padre biológico: cualquiera puede leerlo en los manuscritos del mar Muerto^[69]. Allí se dice que cierto día Lamec regresó a su casa de un viaje que había durado más de nueve meses. Cuando llegó se encontró con un niño recién nacido que no era de su familia: tenía los ojos distintos, el pelo de color distinto y la piel distinta. Lamec, furioso, interrogó a su esposa, que le juró por todo lo sagrado que no se había acostado con ningún extraño, ni mucho menos con un soldado o con un hijo del cielo. Lamec, preocupado, fue a pedir consejo a su padre. Éste era el mismísimo Matusalén. Matusalén no le pudo aclarar la cuestión, de modo que fue a consultárselo a su vez a su padre, el abuelo de Lamec. Y ¿quién era éste? Nuestro amigo Enoc. Éste dijo a su hijo Matusalén que Lamec debía aceptar al niño como a su propio hijo y que no debía enfadarse con su esposa, pues los «guardianes del cielo» habían dejado la semilla en el vientre de su esposa. Lo habían hecho para que del huevo en nido ajeno, por así decirlo, saliera el progenitor de una nueva raza tras el diluvio.

Este episodio demuestra que Enoc (que subiría más tarde a las nubes en un carro de fuego) ya estaba informado del diluvio catastrófico que se avecinaba. ¿Quién se lo había dicho? Los «guardianes del cielo». Y ¿quién había organizado la fertilización artificial de la esposa de Lamec? Estos mismos viajeros del espacio.

Con estos ejemplos intento iluminar las crónicas y las tradiciones que se encuentran por todo el mundo y que han existido durante miles de años. Esta alta sociedad divina, estos innumerables hijos de dioses, nos saltan a la cara de casi todas las mitologías del mundo.

Dioses de ayer, dioses de mañana

La cultura de los tibetanos, que se hizo grande en altos valles incomunicados del resto del mundo, está familiarizada con el «rey altísimo del cielo» o «santo de lo alto»^[70]. Los tibetanos distinguen entre el cielo trascendente y el firmamento.

Los reyes tibetanos más antiguos se llamaban «tronos celestiales». Descendían de los cielos al servicio de los dioses y regresaban cuando terminaba su reinado, sin pasar por la muerte.

Poseían unas armas inimaginables con las que destruían o controlaban a sus enemigos. El aspecto de algunas de estas armas se ha conservado en el recuerdo popular; por ejemplo, el «martillo del trueno», que todavía se venera en los templos tibetanos. Detrás de esto debe haber algo más que fantasías: estos «martillos del trueno» son una realidad, aunque no podamos imaginarnos cómo funcionaban.

La leyenda del gran rey tibetano Gesar dice que subió a los cielos entre «una aparición celestial de luz». Cuando hubo establecido el orden en el país, desapareció de nuevo y volvió a su casa del cielo, no sin antes prometer, por supuesto, que volvería algún día. Como los primitivos monarcas misteriosos de la China o los dioses-reyes del antiguo Egipto, el rey Gesar era un maestro de la humanidad. Como ellos, era tenido por un «hacedor de humanidad», antes de cuya venida los seres humanos vivían todavía como animales. En la genealogía real del Tíbet, llamada *Gyelrap*, se registran los nombres de veintisiete reyes; siete de ellos bajaron del firmamento a la Tierra por una escalera de mano. E

incluso los textos más antiguos también bajaron volando a la Tierra en una caja. El gran maestro tibetano con un trabalenguas por nombre, Padmasambhava (llamado también U-Rgyan Pad-Ma), trajo de los cielos a la Tierra unos textos indescifrables. Antes de su partida, sus discípulos depositaron estos textos en una cueva para conservarlos hasta «una época en que fueran entendidos»^[71]. El propio maestro desapareció ante los ojos de sus discípulos y regresó a las nubes. Al parecer, no subió entre un haz de luz, sino que «apareció un caballo de oro y plata», y todos lo vieron ascender a las nubes en este corcel. ¿Les suena? ¡Enoc y su corcel bien podían ser parientes próximos suyos!

Casi me da vergüenza añadir que en los libros sagrados del Tíbet también se habla de números imposibles. Se recuerda a cuatro grandes reyes divinos que vivieron nueve millones de años terrestres cada uno. También se describen diversos lugares cósmicos de residencia, a los que se llega tras largos viajes por el espacio. Los números y los periodos que se citan nos recuerdan poderosamente la teoría de la relatividad de Einstein; con la importante diferencia, por supuesto, de que los libros tibetanos *Kandshur* y *Tandshur* tienen miles de años de antigüedad^[72].

Pero estas ideas no sólo estaban extendidas en el Próximo y en el Lejano Oriente. Los indios de América tenían ideas muy semejantes. Los relatos de la tribu Wabanaki hablan de su maestro Gluskabe, que les enseñó las artes de la pesca, la caza, la construcción de chozas, la construcción de armas, la medicina, la química, y también, por supuesto, la astronomía. Antes de concluir su trabajo sobre la Tierra y de despegar hacia las estrellas prometió regresar en un futuro lejano^[73]. ¡Qué sorpresa!

En otro libro he hablado del dios maya Kukulcán^[74]. Aquí recordaré de pasada una cita: «El pueblo tiene la firme seguridad de que subió a los cielos»^[75]. Y, por si alguien no lo había adivinado, también prometió regresar.

No hace falta ser un Sherlock Holmes para relacionar entre sí estos fragmentos del recuerdo popular y de las religiones. Y yo creo,

personalmente, que es una tontería decir que diversos pueblos de todo el mundo aprendieran a esperar a sus dioses después de escuchar a los misioneros cristianos. Pero, en nombre del cielo, ¿cuáles son anteriores: los textos cristianos, o los otros?

Sea cual sea la cultura que se examina, y he dejado muchas sin citar (como la de los aborígenes de Australia, la china, la incaica: recordemos que los conquistadores cristianos Pizarra, en el Perú, y Cortés, en México, fueron recibidos como si fueran dioses que habían regresado), se encuentran leyendas semejantes o casi idénticas. Los dioses con billete de ida y vuelta son un fenómeno mundial, y los ejemplos que he citado en este capítulo no son más que la punta del iceberg.

¿Quién regresará?

Pero ¿quién ha de regresar, y cuándo! Los cristianos y los judíos esperan al Mesías; los musulmanes, al Mahdi (que en realidad no es más que otro nombre de una figura mesiánica). La palabra «mesías» significaba originalmente «el ungido». Procede del hebreo *maschiach* (en griego, *christos*), que significa «el rey ungido»; pero no puede representar a un rey terrenal, pues, como escribió el célebre profesor doctor Hugo Gressmann, la palabra «mesías» excluye el concepto de un ser humano: «Mesías es el nombre de un ser divino, de un ser que se supone debía existir antes de que existieran seres humanos»^[76].

Observemos el denominador común de todos estos conceptos asociados al «mesías»:

- Tiene gran poder.
- Trae un orden nuevo.
- Es la justicia personificada.
- Está inspirado, elegido y dirigido por Dios.

Según las diversas religiones, es:

- Un «hijo del hombre» concebido por la divinidad (semilla, embrión, *karma* de la divinidad), que habitualmente ha residido cierto tiempo en la Tierra, asciende después a los cielos y regresará algún día.
- Uno o muchos seres extraterrestres, semejantes a dioses, que vinieron una vez a vivir en la Tierra.

En muchas tradiciones, el regreso de los dioses se asocia a algún tipo de Día del Juicio o de ajuste de cuentas final, y a una serie de sucesos naturales catastróficos. Cada religión añade su propio color e interpretación, ajusta el relato un poco o un mucho para reforzar su propio mensaje y para asegurar la salvación exclusiva de los que creen en ella. Pero las leyendas que componen el núcleo de todas estas creencias son mucho más antiguas que cada una de las religiones, ya sea la cristiana, la musulmana, la judía o la budista. Repito, entonces: ¿Quién ha de venir? ¿Quién es el juez al que debemos temer? ¿Quién regresará con ejércitos celestiales y gran agitación del firmamento?

La filosofía paleobiet puede ofrecer a estas preguntas una respuesta que concuerda con todas las tradiciones. Es una teoría que confirma muchos textos y que resuelve muchos enigmas diferentes. Pero, a diferencia de las religiones, la filosofía paleobiet no exige fe ni creencias: sólo un examen racional y libre de prejuicios de sus ideas y de sus propuestas; pues, a diferencia de las expectativas mesiánicas de la religión, se basa en la lógica y en la razón.

¡Adiós, papá!

Los viajeros espaciales alienígenas que vivieron en la Tierra hace miles de años y dieron a la raza humana un empujón genético, (los mismos viajeros del espacio que se recuerdan en la antigua literatura en forma de dioses, ángeles, ángeles caídos, etcétera) se marcharon en algún momento. A unas pocas personas privilegiadas se les permitió ir con ellos. También ellas se despidieron de los suyos. ¿Qué se dijo a los que se quedaron atrás, a los que seguramente les habría gustado embarcarse también en un viaje así? He aquí un diálogo imaginado entre Enoc y su hijo, Matusalén.

Enoc: *Ha llegado el momento, hijo. Vendrán por mí al alba.*

Matusalén: *¿Volveremos a verte, padre?*

Enoc: *No. Tu generación, al menos, no volverá a verme. Me dijeron que durante mi ausencia transcurrirán varios milenios en la Tierra.*

Matusalén: *¿Cómo puede ser eso? ¿No es verdad que a todos nos llega la muerte?*

Enoc: *Es cierto. Pero en el cosmos el tiempo se rige por otras leyes. Cuando los guardianes regresen dentro de miles de años, la Tierra y los seres humanos habrán cambiado.*

Matusalén: *Esto sobrepasa mi entendimiento. Pero es lo que te han dicho los guardianes. Y ¿adónde viajarás?*

Enoc: *¿Ves las estrellas brillantes del cinturón de Orión? Sigue esa línea dos varas más allá. Allí verás una estrella pequeña, no muy brillante, amarillenta. Ése es el sol donde residen los guardianes. Allí hay una tierra más hermosa que la nuestra. Allí es donde voy.*

Matusalén: *Padre, has sido elegido para viajar al cielo en vida. Te envidio.*

Enoc: *No, hijo mío, no voy al cielo. El cielo que anhelan los hombres es un lugar de felicidad absoluta. Sólo podemos llegar a ese cielo tras la muerte. Yo voy a viajar por el cosmos.*

Matusalén: *No entiendo la diferencia entre el cielo y lo que tú llamas «cosmos». Levanta la vista a la gloria de los cielos: allí arriba hay paz y belleza. Los guardianes pueden viajar allí en sus corceles de fuego. Su poder no tiene límites. A nosotros nos parecen inmortales. Debe de ser lo mismo que el cielo, aunque tú lo llames «cosmos».*

Enoc: *Se acerca el momento de mi partida. ¿Oyes la agitación de la gente? Se reúnen para oír mis palabras de despedida. Los guardianes me han advertido que no permita a nadie acercarse al lugar donde baja el corcel de fuego. Te digo lo mismo a ti y a tu familia. Y ahora, hijo Matusalén, ya te lo he explicado todo y te he entregado los libros que he escrito para que los custodies. Consévalos. Hazlos copiar muchas veces, y asegúrate de que no se cambia ni una palabra. Aunque tú y tus hijos y tus nietos no entendáis mis palabras, otras generaciones posteriores las entenderán y os estarán agradecidos porque no hayáis cambiado nada. Los guardianes me han dicho que estos libros no deben ser secretos. Por lo tanto, entrégaselos a las generaciones posteriores del mundo.*

Por mucho que intentase Enoc hacer comprender a sus oyentes que iba a viajar por el espacio y no al cielo, las generaciones siguientes no captarían la diferencia. En los tiempos posteriores, los que no habían presenciado en persona la visita de los «dioses» encontrarían poco significado en los textos que leían. Aquellos seres que habían bajado en tiempos de su tatarabuelo *tenían que ser* mensajeros divinos de Dios; y así surgió el concepto de los ángeles. Es propio de la naturaleza humana buscar explicaciones, llegando al punto de inventarse cosas sin sentido.

Los pensadores y los filósofos de cada generación, los «hombres sabios», alterarían sutilmente los textos para hacerlos más comprensibles (como en el relato de ficción de la piedra sagrada de Berlitz). Su sabiduría bien podía decirles que un pasaje en el que se describía un corcel extraño que brillaba, que emitía truenos, que tenía cuatro pies y que volaba debía alterarse para dejar claro que se estaba hablando de un caballo volador. A los seres alienígenas se les podía llamar fácilmente «ángeles», el comandante podía convertirse con facilidad en «el altísimo», y las descripciones del interior de una nave espacial podían entenderse como las residencias de los ángeles y el trono de Dios. Intentaré exponer este proceso de interpretación en la comparación siguiente del texto actual del libro de Enoc con una fuente original imaginada.

Fuente imaginada:

Esto fue lo que presencié. Primero vi nubes, y después, cuando subimos todavía más arriba, advertí una niebla que cada vez se hacía más leve y más fina. Y de pronto estábamos entre las estrellas, pero también había algo que brillaba como el rayo a nuestro alrededor. Yo estaba tan entumecido que tuvieron que levantarme del asiento. Caminé por un pasillo hasta que me acerqué a una pared que parecía formada de piedras rutilantes. También advertí puntos de luz rojizos que subían y bajaban por esta pared. Después entré en la nave espacial. El interior era tan luminoso y brillante como el exterior, pero el suelo estaba hecho de losas, bajo las cuales lucía una luz débil. El techo era lo más hermoso: como a través de una cúpula transparente vi el cielo estrellado, y vi a los guardianes que no dejaban de llegar y de salir en máquinas voladoras menores y que realizaban labores de todo tipo. Después tuvimos que embarcarnos una vez más y entramos en una nave espacial mayor. Dentro, todas las puertas estaban abiertas, pero vi unas configuraciones de luz indescriptibles ante cada puerta. Los guardianes me explicaron que eran sensores y escudos protectores de las puertas. El centro de la nave espacial era enorme e indescriptible. En el mismo centro, sobre una plataforma elevada, había un asiento; y a su alrededor había un círculo de cristal que tenía un brillo apagado. Sobre él vi un sol reluciente, y vi a muchos guardianes que trabajaban fuera de la nave. En el asiento estaba sentado el comandante, vestido con una túnica blanca como la nieve. Me postré en el suelo a sus pies, pero él se acercó a mí, me dirigió palabras de saludo y me dijo: «¿De modo que eres tú el que tienes la tarea de difundir el orden y la justicia allí abajo?».

Del Libro de Enoc (14, 8 y ss.; 71, 11 y ss.), tal como está hoy:

Esto se me apareció: he aquí que las nubes me invitaron a subir y una niebla me impulsó hacia arriba; el curso de las estrellas y el rayo me impulsó y me empujó, y los vientos me dieron alas y me alzaron hasta las alturas. Me llevaron al cielo. Entré allí y me acerqué a una pared hecha de cristales y rodeada de lenguas de fuego, y esto empezó a atemorizarme. Entré por las lenguas de fuego y me acerqué a una casa grande hecha de cristales. Las paredes de esa casa eran como un suelo enlosado de cristales, y el suelo también era de cristal. El techo de esta casa era como el curso de las estrellas, atravesado por el rayo, y entre los dos iban y venían querubines ardientes (...). Y he aquí que había otra casa, mayor que la anterior; todas sus puertas estaban abiertas a mi paso, y estaba construida de lenguas de fuego. Su gloria y su grandeza eran tales, en todos los sentidos, que no os la puedo describir (...). Miré hacia allí y advertí dentro un trono alto. La forma de aquel lugar era como la de un brazaletes; a su alrededor había algo como el sol brillante y que tenía la apariencia de querubines (...). Allí estaba sentada la gran Majestad. Su vestido era más radiante que el sol y más blanco que la nieve recién caída (...). Entonces me postré en el suelo y todo mi cuerpo se fundió y mi espíritu se transformó (...). Se acercó a mí, me saludó con Su voz y me dijo: «Tú eres el que ha nacido para la rectitud».

La exegesis a lo largo de los siglos

¡Qué dramático es que los viajeros del espacio se conviertan en ángeles y en querubines, que los oficiales se conviertan en arcángeles y que un comandante se transforma en el «altísimo» o (Dios nos asista) en Dios! ¡Qué confusión, cuando unas sencillas descargas eléctricas se convierten en lenguas de fuego y un puente de mando se transforma en una gloria indescriptible! Naturalmente, es comprensible que el asiento del comandante se convierta en un alto trono y que el propio comandante se convierta en una gran Majestad. Nos queda, al menos, el consuelo de que nuestro Dios de amor no se cuele en este pasaje por la puerta trasera. Naturalmente, eso habría sido bastante inadecuado, en vista de que «se acercó a mí, me saludó con su voz...». Los dioses no se suelen dignar a dar la mano a los visitantes terrenales; eso habría sido demasiado, incluso para los exegetas, de modo que lo dejaron en «gran Majestad».

Los visitantes extraterrestres de tiempos de Enoc estaban familiarizados con las enormes distancias interestelares. Sabían que un viaje a sus casas y otro viaje de vuelta a nuestro sistema solar les llevarían varios miles de años. ¿Cómo podrían hacérselo entender a los seres humanos? Les señalarían el cielo estrellado y les dirían: «Ahora nos vamos, pero volveremos. Escribidlo en vuestros libros, transmitid el mensaje a vuestros descendientes: ¡Todas las generaciones futuras deberán recordar que volveremos!». Y cuando los seres humanos les preguntasen cuándo volverían (si sería al cabo de meses, de años o de milenios), los propios extraterrestres no sabrían dar una respuesta exacta.

Podrían responder: «Volveremos algún día. Estad preparados para nuestro regreso, recordad los mandamientos que os hemos dado, para que no tengamos que destruir la raza humana una vez más».

Y si la gente les preguntaba qué señales reconocibles anunciarían su regreso, podrían señalar a la Luna y a las estrellas y responder: «A los que estén en la mitad oscura del planeta les parecerá que la Luna se oscurece, que las estrellas brillantes caen a la Tierra. A los que estén en la mitad del planeta iluminada por la luz del día les parecerá que caen montañas doradas de los cielos. Los que estén preparados para nuestro regreso, los que nos esperen, los que comprendan las señales del cielo, se llenarán de alegría. Bailarán y se regocijarán porque nosotros traeremos a la Tierra un orden nuevo, más justo. Pero los que han adulterado los textos, los que han obligado a sus congéneres humanos a creer en sus propias versiones de la verdad, se llenarán de terror. Tendrán miedo de nosotros y de sus propios seguidores. Se esconderán y llamarán a sus falsos dioses. Pero será en vano, porque no hay dioses».

Pero, naturalmente, los extraterrestres eran conscientes de que los textos serían manipulados y reinterpretados a lo largo de los siglos. Por ese motivo dejaron sus huellas en muchas partes diferentes del mundo, se preocuparon de que muchas sociedades humanas diferentes de la Tierra tuvieran un registro escrito de su venida. En algún momento del futuro, las comunicaciones globales permitirían un intercambio mutuo de estas tradiciones. Y ellos confiaban en que entonces saldría a relucir el núcleo de verdad que se contiene en el corazón de todas estas crónicas diferentes. La gente empezaría a establecer comparaciones. Se empezarían a atar cabos.

Lo que hace en realidad la filosofía paleobiet es poner de cabeza la sabiduría recibida (que en general se manifiesta en uno de dos sentidos posibles). Existen dos grupos principales de personas: los creyentes y los no creyentes. Las personas de cada grupo ha sido educadas de manera diferente y se les han inculcado valores diferentes, pero están de acuerdo en una cosa: el ser humano es la

única forma de vida inteligente del universo. Los creyentes creen que Dios creó la Tierra en un acto (simbólico) de seis días y que el séptimo descansó. Después de que Dios crease las plantas y los animales, formó al hombre como gloria y remate de la creación. ¡Aleluya! Los no creyentes, por su parte, se ciñen a la teoría de la evolución. En un proceso de millones de años, los aminoácidos formaron las células; después aparecieron las formas de vida sencillas, después las formas de vida más complicadas, hasta que, como punto culminante de la evolución, apareció el *Homo sapiens*. Somos la cúspide de la evolución. ¡Aleluya otra vez!

En ambos casos somos considerados la forma de vida más elevada, única en el universo. ¿Para qué queremos extraterrestres, aunque todos los libros sagrados del mundo nos proporcionen pruebas de su existencia?

Trastocar los valores antiguos

¡Y aquí llegan! Son naves espaciales de todo tipo: de muchos pisos, planas, de color dorado y de cobre, *vimanas* menores y estructuras gigantes que parecen varias ciudades dispuestas unas sobre otras. Pasan por delante de la luna llena y provocan agitaciones turbulentas de nuestros mares. La humanidad está aterrorizada, asustada, asombrada. No era esto lo que esperábamos, ni los creyentes ni los no creyentes. Los cristianos correrán a sus iglesias y preguntarán a los sacerdotes: «¿Ha llegado el Día del Juicio?». Los musulmanes rezarán a Alá deseando devotamente que se trate del regreso del Mahdi y que haya llegado éste por fin para dar su merecido a los infieles, después de largos siglos de espera. Los judíos irán a sus sinagogas e interrogarán a sus rabinos principales, y Jerusalén estará abarrotada de gente, pues la tradición ha enseñado que el Mesías descenderá allí. Sólo los científicos sacudirán la cabeza desesperados cuando tomen sus sensores y sus telescopios para inspeccionar el cielo y tengan que aceptar, por fin, el hecho de que los extraterrestres han tomado posiciones alrededor de todo el planeta.

Pero los creyentes, que se aferran a la idea de su propio mesías, perderán contacto con la realidad; no serán capaces de relacionar sus rígidos sistemas de creencias con estos nuevos sucesos. Serán demasiado inflexibles para aceptar los hechos nuevos (y antiguos, al mismo tiempo) que les salen al encuentro. Serán incapaces de modificar sus ideas para dar cabida a una nueva política mundial y a una religión universal. De modo que se convertirán en no creyentes... de la realidad. Verán en los extraterrestres a

mensajeros del demonio, que si han aparecido en el horizonte es para poner a prueba su fe. Estarán amargados y confusos, porque serán incapaces de aceptar la evidencia que tienen ante los ojos; y al final se morirán porque ya no entenderán nada.

Los verdaderos creyentes, por su parte (los que son capaces de aceptar con los hechos que se les presentan, los que ya no necesitan de ninguna fe porque *saben*), florecerán. Hasta entonces, todos los conocimientos se apoyaban en el pasado; a éstos se le añadirán unos conocimientos que vendrán del futuro, los conocimientos y la experiencia de los extraterrestres, que ya han superado los problemas que a nosotros nos abruman. Para ellos, nuestro futuro ya es el pasado. La humanidad correrá a absorber sus conocimientos, como las abejas a la miel. «¿Cómo resolvisteis vuestros problemas medioambientales? ¿Cómo abordasteis los peligros de la explosión demográfica? ¿Qué clase de religión tenéis, y en qué se basa? ¿Qué energía utilizan vuestras naves espaciales, y cómo funciona la radio interestelar? ¿Cómo se cura un tumor canceroso, y cómo se puede alargar la vida? ¿Qué sistema político es el más justo, y cómo castigáis a vuestros delincuentes?». Así dejaremos atrás la carretera vecinal del conocimiento y entraremos en la autopista de ocho carriles. Cuando el universo nos abra sus puertas, comenzará una época verdaderamente *celestial*. Pero sólo para los creyentes... perdón, me refiero a los que son capaces de aceptar la realidad.

Esta inversión de los valores, este nuevo planteamiento filosófico de la «segunda venida», está al alcance de la vista. Las religiones lucharán en su contra y me tacharán de hereje; me llamarán tentador y falso profeta y se negarán a aceptar que son esas mismas religiones las que ayudaron a mantener viva la esperanza del regreso de los dioses durante miles de años; que ellas moldearon las imágenes de sus propios mesías (o como quieran llamar a sus respectivos salvadores) hasta que encajaron bien en sus vitrinas, como piezas de museo. Naturalmente, las vitrinas de las otras religiones no servían más que para destrozarlas. Cada

religión aseguraba que sus propias enseñanzas eran superiores a todas las demás. Yo, personalmente, no he participado nunca en esta competencia. No era para mí, y yo no le veía sentido.

Las semillas arrojan frutos

Sabemos muy poco del poder y de la tecnología genética verdaderos de los extraterrestres. Pero deben ir, al menos, algunos miles de años por delante de nuestras capacidades; de lo contrario, no podrían habernos visitado en el pasado remoto (ellos, o sus antepasados). La historia de la ciencia y de la tecnología modernas nos enseña que todo se hace continuamente más perfecto, más pequeño y más eficaz. La tecnología informática nos lo demuestra creando chips cada vez más microscópicos, miles de millones de bites y aumentando continuamente las velocidades de cálculo.

Por ejemplo, a mediados de los 80 cualquier ordenador personal de buena calidad alcanzaba una velocidad de cálculo de varios megaflops (flops = floating point operations, u operaciones de coma flotante; un megaflop = un millón de flops). Los ordenadores grandes como el Cray 2 alcanzaban el gigaflop (mil millones de flops) a principios de los 90. Un año más tarde se alcanzaron los diez gigaflops, y cuando escribo estas líneas se ha anunciado el ordenador de 100 gigaflops, el CM 5. Ya se está desarrollando el ordenador de un teraflop (mil millones de flops), y se empieza a discutir seriamente la posibilidad de construir un ordenador de diez teraflops.

Es un progreso que bien podría llamarse vertiginoso. Pero ¿qué son diez cortos años comparados con miles de años de evolución? Una gota en el océano. ¿Qué harán los ordenadores dentro de cincuenta años? Pensarán solos, se programarán solos y conversarán con nosotros. Serán capaces de realizar traducciones instantáneas e impecables de cualquier idioma del mundo a

cualquier otro. Habrá ordenadores jurídicos que podrán juzgar un caso más deprisa, mejor y con más justicia que los seres humanos. Los ordenadores construirán ordenadores; y, en lugar de la pantalla de televisión de nuestro cuarto de estar tendremos un proyector tridimensional de hologramas.

En el terreno de la genética, se han conseguido cosas que los biólogos de la antigua escuela no se habrían atrevido nunca a soñar. En los próximos veinte años, los especialistas en genética serán capaces de evitar (en la etapa embrionaria, o incluso antes de la concepción) que los padres transmitan enfermedades heredadas a su descendencia. Siempre que lo permitan nuestras leyes y nuestros códigos éticos, podrán construir seres humanos con características muy concretas: verdaderas obras de arte genético. La gente dice que esto es «jugar a ser Dios», pero olvidan que el Dios (o sería mejor decir «los dioses») del Antiguo Testamento creó al hombre «a su imagen y semejanza». Lo programó como quiso, y está claro que no dejó de manipular a sus descendientes. Espero que haya quedado claro a estas alturas que este «Dios» no puede ser el creador del universo. Los especialistas en genética que «juegan a ser Dios» no tienen que ver con la creación ni con el espíritu del universo más que los «dioses» de las mitologías. Un ordenador puede parecer divino a un simio, pero no por eso es divino.

Si pueden producirse estos avances en el corto plazo de cincuenta años, ¿qué se podrá conseguir en varios miles de años de desarrollo científico y tecnológico? ¿Cuánto han avanzado los extraterrestres hasta ahora? Si hace miles de años ya eran capaces de predeterminar las características genéticas de un feto, ¿qué podrán hacer ahora? ¿Es posible que puedan influir sobre el código genético a distancia, por medio de algún rayo o haz de luz invisible? ¿Pueden acceder a nuestros cerebros? ¿Es posible que insertaran en nuestro código genético hace miles de años una clave para que al cabo de un número determinado de generaciones se activen determinados mensajes en el cerebro? ¿Es posible que

contengamos mensajes e informaciones codificadas que se despierten por determinados estímulos, de tal modo que sólo ahora empezamos a ser conscientes de ellos?

Todo especialista moderno en genética está familiarizado con la llamada «basura» genética. Así se llama a unas secciones aparentemente inútiles y sin sentido del ADN (ácido desoxirribonucleico). Parece que no tienen sentido porque no tienen principio ni fin propiamente dichos. Las características genéticas suelen estar «tapadas» con una especie de tapón que sólo encaja con el material adecuado que le sirve de contrapartida. La doctora Beda Stadler, profesora de genética en la universidad de Berna, lo compara con los ladrillos de los juegos de construcciones. Nuestro ADN contiene aproximadamente 110 000 genes activos, entre los cuales se pueden encontrar muchos fragmentos de basura genética. ¿Es verdaderamente basura? ¿O desempeña una tarea concreta que los expertos en genética no han comprendido hasta ahora? Es difícil creer que miles de años de evolución hayan llevado a cuevas tantos fragmentos inútiles de desperdicios genéticos.

Aunque nuestros conocimientos están ampliando siempre sus fronteras, todavía no sabemos prácticamente nada de su contexto universal. Pero seguimos comportándonos como si lo supiésemos todo. A mí no me desconciertan en absoluto los profetas de la religión jainista, los *tirthamkaras*, ni el «super-Buda». Estos fenómenos no están reñidos en absoluto por mis teorías, como tampoco lo está la existencia de personas vivas como Sai Baba, en la India, que hace milagros. ¿No es posible que el mensaje codificado haya sido activado en él con cierto adelanto? Sabemos por experiencia que los genes humanos sólo liberan determinados mensajes después de cierto tiempo. Los niños de seis años no tienen barba ni son maduros sexualmente. El vello corporal y la madurez sexual sólo se presentan cuando se han alcanzado ciertas etapas físicas; entonces se activan determinadas hormonas que se liberan por los códigos y los mensajes genéticos. Pero el código del vello corporal estaba presente desde el principio: estaba dormido en

el niño recién nacido, estaba programado en cada célula desde la misma concepción. El mensaje estaba allí, pero no le había llegado el momento.

¿No es posible que la «basura genética» desempeñe en nosotros la misma función? ¿Llevamos dentro de nosotros una información que sólo espera una señal (algún tipo de mensaje) para despertarse? La tecnología informática ya está experimentando con interruptores atómicos en los que un solo electrón activa el proceso binario de «sí» o «no». Este interruptor asombroso, tan rápido como la velocidad de la luz, fue descubierto por el físico ruso Konstantin Licharev. Se llama «efecto túnel de electrón único (SET)»; su eficacia se ha demostrado, y se cree que es el modelo para el desarrollo de la miniaturización definitiva de la microelectrónica^[77]. Pero si un electrón puede servir de interruptor para dirigir un ordenador en un sentido u otro, seguramente también podrá despertar un código o mensaje genético innato.

El regreso bajo otras formas

La filosofía paleobiet interpreta la idea del regreso de los dioses como un regreso de aquellos extraterrestres que visitaron a nuestros antepasados hace mucho tiempo. Para mitigar la impresión que puede producir este regreso, se están enviando profetas a la humanidad para prepararla. Estos profetas pueden haber recibido sus conocimientos de varios modos:

- Ellos mismos pueden ser extraterrestres disfrazados de humanos.
- Pueden ser seres humanos cuyos embriones se programaron externamente («hijos del hombre»).
- Toda la humanidad lleva mensajes genéticos codificados que sólo se liberan cuando se cumplen ciertas condiciones (como en el caso del vello corporal); esto sucedería en diversos momentos para diversos individuos.
- Es posible que toda la humanidad lleve dentro de sí misma esta información genética, pero que la misma sólo se libere en ciertos individuos por medio de algún rayo o haz de luz activador dirigido desde fuera de la Tierra (como en el caso del interruptor de electrones).
- Es posible que sólo sean determinados individuos los que lleven dentro de sí este mensaje extraterrestre.
- Esta información genética puede hacerse despertar sólo en individuos determinados cuando los extraterrestres crean que ha llegado el momento.

Creo que la quinta posibilidad es la menos probable, pues todos descendemos en último extremo de la misma raza, ya se trate del Adán y Eva simbólicos o de nuestros antepasados posdiluvianos. La sexta opción no es imposible, pero es muy aventurada.

En el libro de Enoc (39, 1) se lee:

En esos días bajarán de los altos cielos los hijos elegidos y santos, y su raza se unirá a la de los hijos de los hombres.

¿Está indicando Enoc la segunda posibilidad de la lista citada? En tal caso, ¿cómo lo sabía? ¿Se lo dijeron los «guardianes del cielo»? ¿Se lo dijo alguien más? ¿Y cómo llegaron los profetas a describirnos estas escenas utópicas en sus libros antiguos? Leemos en el Apocalipsis de San Juan (9, 1-3; 7, 9-10):

Y el quinto ángel tocó la trompeta y vi una estrella que cayó del cielo en la Tierra; y le fue dada la llave del pozo del abismo (...). Y del humo salieron langostas sobre la tierra (...). Y el parecer de las langostas era semejante a caballos aparejados para la guerra (...). Y tenían corazas, y eran como corazas de hierro; y el estruendo de sus alas, como el ruido de carros que con muchos caballos corren a la batalla. Y tenían colas semejantes a las de los escorpiones, y tenían en sus colas agujones; y su poder era de hacer daño a los hombres cinco meses.

Y tres capítulos más abajo, en 12, 7-9:

Y fue hecha una grande batalla en el cielo; Miguel y sus ángeles lidiaban contra el dragón; y lidiaba el dragón y sus ángeles, y no prevalecieron, ni su lugar fue más hallado en el cielo. Y fue lanzado fuera aquel gran dragón, la serpiente antigua, que se llama Diablo y Satanás, el cual engaña a todo el mundo; fue arrojado en tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él.

Se supone que esto lo escribió el santo apóstol Juan, pero todos los investigadores saben que no fue así. La «revelación secreta» no procede de Juan, sino de algún equipo de redacción que trabajó entre los años 90 y 100 d. C. Naturalmente, no se inventaron el texto de la nada, sino que trabajaban a partir de textos más antiguos. Se encuentran descripciones semejantes en los apócrifos, principalmente (pero no exclusivamente) en el libro de Enoc, y también en pasajes cortos del Antiguo Testamento; por ejemplo, en el libro de Daniel. Todo esto da a entender que debió de existir una vez una fuente más antigua original y común. Alguien debió de

escribir el primer texto, debió de tener estas visiones terribles. ¿O no?

Yo no suelo especular en cuestiones de psicología; no atribuyo gran valor a esta ciencia, y sé que nos dice todo o no nos dice nada, en función de si creemos en ella o no. El planteamiento siguiente me parece mucho más próximo a la verdad:

Todos hemos visto películas como *La guerra de las galaxias* y *La conquista del espacio*. Conocemos los efectos especiales que se pueden conseguir hoy día en las películas modernas. Yo me imagino que los extraterrestres tienen una «tecnología visual» mucho más avanzada. Es posible que exhiban sus películas en tres dimensiones sin que el espectador tenga que ponerse un casco de realidad virtual. La tecnología cinematográfica con holografía por láser produciría ilusiones perfectas.

Pues bien, los «guardianes del cielo» mantenían relaciones muy estrechas con Enoc. Al final de su estancia en la Tierra se lo llevaron con ellos, incluso, a su gran viaje. ¿Por qué no iban a mostrar películas los extraterrestres a algunos de sus terrícolas favoritos? En las descripciones humanas de estas películas, las guerras entre robots se convertirían fácilmente en «langostas... como caballos... que tenían corazas», y «el estruendo de sus alas era como el ruido de carros».

Y el pobre arcángel Miguel (que, naturalmente, no se llamaba así en la película de los extraterrestres, sino que fue bautizado de ese modo por los intérpretes posteriores) «lidiaba contra el dragón»; y al final, un bando gana y los del bando perdedor caen a los abismos, como en cualquier película de este tipo.

Alguien lo escribió; bien pudo parecerle una visión. Las generaciones posteriores lo convirtieron, desde luego, en una «visión»; y, por fin, diversos fragmentos de esta aparente visión acabaron incluidos en los escritos de diversos profetas. Más tarde, un grupo de redactores compiló el Apocalipsis y la «revelación secreta», e incluso se lo atribuyeron al viejo y venerable Juan.

No todo lo que se encuentra en los textos sagrados tiene que ser visión y revelación. La explicación más probable suele ser la más trivial. Lo único que hace falta es estar preparados para ver las cosas desde un punto de vista diferente.

Localizando la verdad

La broma termina donde empieza el entendimiento.

Marie von Ebner-Eschenbach (1831-1916)

¿DÓNDE ESTÁN LAS HUELLAS DE LOS EXTRATERRESTRES? Por todas partes. La mayoría de la gente no las ve: sólo existen pruebas circunstanciales, y nada queda demostrado. Pero quien no vea sus huellas y sus indicios en las grandes leyendas y mitologías del mundo debe de estar medio ciego. Dado que casi todo el mundo padece, al parecer, este defecto de la vista, podríamos preguntarnos por qué no dejaron los extraterrestres señales e indicaciones más evidentes de su visita. ¿De qué sirven los textos religiosos y los cuentos de tiempos antiguos? ¿Para qué sirven las extrañas tradiciones de los «números imposibles», si cualquiera puede entenderlas como quiera?

Necesitamos pruebas irrefutables. Sólo entonces despertará la ciencia y prestará atención. ¿Será así? Pero ¿cuántas veces se han exhibido pruebas científicas que han sido rechazadas porque no concordaban con una visión religiosa del mundo? ¿Cuántas veces ha demostrado una cosa una rama de la ciencia y otra rama de la ciencia la ha refutado porque no le gustaba su aspecto? ¿Cuántas veces han sido atacadas las pruebas irrefutables (¡sí, ha sucedido!) por motivos ideológicos? ¡Los expertos en genética de cualquier laboratorio pueden contar verdaderas epopeyas sobre este tema! Pueden mostrar fácilmente lo razonable, lo importante y lo prometedora que es la investigación genética. Y ¿cómo reaccionan los medios de comunicación? ¡No tocar! ¡Peligroso! ¡Terrible! ¡Debe prohibirse de inmediato! ¿Qué fue aquello que dijo Albert Einstein?

«Hay dos cosas infinitas: el universo y la estupidez humana» (aunque todavía no estaba seguro de si el universo era infinito).

Por lo tanto, ¿qué tipo de pruebas irrefutables podían haber dejado los extraterrestres? ¿Esculturas de algún tipo en acantilados? No. Con el transcurso de los milenios se erosionarían y se hundirían. ¿Podrían haber dejado algún tipo de edificios, como pirámides, por ejemplo? No, por los mismos motivos. Si las bacterias, las termitas o los fanáticos no destruían aquellos edificios, lo harían los terremotos, las inundaciones, las erupciones volcánicas y otras catástrofes naturales.

¿Pero no podían haber dejado algún texto indestructible en alguna parte? ¿Podrían? ¿Dónde, entonces? ¿En qué edificio? ¿Dentro de qué montaña? No podrían, por los mismos motivos.

No obstante ¿por qué tiene que tratarse de un edificio? Los extraterrestres podrían haber dejado pruebas metálicas o de algún material artificial; en cualquier caso, algo que resistiese el paso del tiempo. Existen, en efecto, restos así, pero, por desgracia, la religión prohíbe su estudio científico^[78]. Y ¿de qué metal indestructible estarían hechas las «tablas de los dioses». ¿De plata, de oro, de platino? Todos estos metales se pueden fundir. ¿De acero, entonces? Así pues, ¿dónde están las gruesas corazas de los tanques de la Primera Guerra Mundial? ¡Todas se han oxidado? Y ¿qué hay de los restos de los miles de aviones que fueron derribados en la Segunda Guerra Mundial? ¡Eso fue ayer, relativamente hablando! Hasta los pocos restos que se conservan en los museos se habrán desintegrado dentro de mil años.

A pesar de todo, «guardianes del cielo» deben de haber dejado materiales de desecho: ¿no podríamos encontrarlos? No: sería absurdo esperar descubrir después de tanto tiempo unos objetos que habían sido desechados. La naturaleza los ha absorbido.

Pero debe haber alguna manera de transportar mensajes del pasado al futuro. Yo estoy de acuerdo en ello. Mas para que suceda esto, deben cumplirse dos condiciones:

- El mensaje debe tener una forma indestructible.
- El mensaje no debe caer nunca en manos de una generación inadecuada.

¿Qué es una generación inadecuada? La de todos los que son incapaces de evaluar convenientemente tal información. Destrozarían el mensaje sin descifrarlo. Si éste estuviera codificado en forma de matemáticas superiores, sólo una sociedad muy avanzada en matemáticas podría descifrarlo. Si consistiera en microfilms, sólo podría comprenderlo una sociedad capaz de leer microfilms. Si estuviera codificado en lenguaje informático, sólo lo entenderían los que tuvieran conocimientos avanzados de tecnología informática. Si el mensaje se dejara en el entorno estéril de la Luna, en el entorno (casi) estéril de Marte, o quizás en un satélite en órbita alrededor de la Tierra, sólo lo descubriría una sociedad que hubiera empezado a viajar por el espacio. Y si el mensaje estuviera escondido en el material genético, sólo lo encontraría una sociedad capaz de descifrar el ADN.

Pero para que una sociedad piense siquiera en buscar tal mensaje, deberán dejarse señales y rastros, indicadores que estimulen la búsqueda. Nadie se esfuerza por buscar algo de lo que no ha oído hablar.

El mensaje del gen

Parece probable, en la etapa actual de la investigación paleobiológica, que el mensaje de los extraterrestres se haya implantado en los genes humanos y en los de determinadas formas de vegetación. Los extraterrestres de hace miles de años confiaban en la curiosidad humana, o más bien en la curiosidad científica. «Los dioses crearon al hombre a su imagen y semejanza», dice la tradición. Pero no sólo crearon al hombre, sino también, según la leyenda, formas vegetales únicas y exquisitas. Lo único que tenían que hacer los extraterrestres era implantar en el genoma humano y en el de determinadas «plantas divinas» algunas secuencias de genes (modificar el ADN, lo que también se llama «mutación artificial»). La curiosidad es una manifestación de la inteligencia, que es una cualidad que se hizo característica de la raza humana después de que tuviera lugar esta mutación artificial. Todo nuestro conocimiento es fruto de la curiosidad por el mundo. Fue la curiosidad científica la que nos incitó a buscar las partículas subatómicas, a investigar los orígenes del universo y a estudiarnos a nosotros mismos hasta llegar al más mínimo fragmento de ADN. Dado que los seres humanos y las plantas se reproducen constantemente y transmiten la información genética de generación en generación, es muy probable que los mensajes de los extraterrestres se descubran dentro de nosotros mismos, y quizás también en ciertas especies de «plantas divinas». Así se cumplirían las dos condiciones que he citado:

- El mensaje seguiría siendo indestructible mientras siguieran existiendo seres humanos y plantas.
- El mensaje sólo sería encontrado por una generación que fuera capaz de investigar la biología molecular (la genética) y de descifrar los códigos genéticos.

La segunda premisa presupone automáticamente toda una diversidad de conocimientos científicos y de desarrollo tecnológico. Nadie puede estudiar la biología molecular sin contar con un microscopio de alta resolución. Es preciso asomarse al interior de la célula. Nadie que no sepa nada de la doble espiral de la estructura del ADN puede descifrar tampoco el genoma. Para todo ello se requieren instrumentos y procesos determinados, que sólo puede proporcionar una sociedad que haya alcanzado un nivel correspondiente de conocimientos tecnológicos. El microscopio electrónico es tan inconcebible sin la electricidad como lo es el cálculo de los miles de millones de posibles secuencias y combinaciones del ADN sin un ordenador. El trabajo de un ordenador no se podría sustituir ni por un ejército de matemáticos.

Estas ideas ponen de manifiesto un nuevo aspecto de la hipótesis paleobiot que irrita a muchos críticos. *¿Por qué ahora?* ¿Por qué se nos ha de ocurrir ahora, de pronto, buscar las huellas de los extraterrestres en la historia humana? Por decirlo sin rodeos, al universo le tiene sin cuidado *cuándo* nos pondremos a buscar a los extraterrestres. Pero empezaremos a buscarlos cuando estemos preparados para ellos; es decir, ahora. Si nuestra ciencia no supiera nada de genética hasta dentro de cien años, no seríamos capaces de empezar a buscar huellas genéticas de los extraterrestres hasta entonces.

He escrito muchos libros sobre la evolución de los seres humanos desde la raza de los homínidos^[79]. Los descubrimientos más recientes de la antropología conservadora me hacen reír. Los periódicos nos dicen que las investigaciones sobre los fósiles acaban de demostrar que puede ser preciso revisar las «teorías

generalmente aceptadas» sobre el origen humano^[80]. Esto se debe a que los investigadores chinos han estado estudiando un cráneo que es 200 000 años más antiguo de lo que debería ser según las teorías anteriores. Apenas acabamos de digerir esta noticia cuando los antropólogos norteamericanos nos anuncian que han fechado tres cráneos usando los métodos más modernos y que han resultado ser 800 000 años más antiguos que el *Homo erectus* (el antepasado del hombre que caminaba erguido^[81]). No hay acuerdo sobre si los seres humanos proceden de África o de Java. Quizá procedan de la China, ¿quién sabe?; o quizá se encuentren pronto unos restos fósiles en el Japón que echen por tierra todas las teorías actuales.

Lo que yo creo verdaderamente es que los estudios antropológicos no investigan una especie humana *inteligente*, sino a unos descendientes del mono y unas mutaciones. ¿Importa mucho, verdaderamente, que los huesos de simio tengan 1,8 millones de años o 3 millones de años de antigüedad? A mí no me interesa en absoluto descubrir la fecha exacta en que una especie de simios aprendió a andar erguida y a estirar los dedos de los pies. No discuto que ramas enteras de la familia de los simios cambiaron constantemente en los últimos 20 millones de años, ni que nuestros propios antepasados descendían de esta misma raza. Pero, en realidad, nada de esto tiene que ver con que el *Homo sapiens* desarrollase inteligencia. Fueron los *dioses* los que crearon al ser humano inteligente. Naturalmente, tomaron con este fin la materia prima de la raza homínida: ¿dónde iban a encontrarla, si no? Y los expertos en genética descubrirán los genes que nos implantaron estos «dioses»; la única pregunta es si se les permitirá desvelar sus hallazgos, pues éstos demostrarían la hipótesis paleobiet. Ya hace mucho tiempo que se ha disparado el pistoletazo de salida en la carrera hacia la verdad. Los expertos en genética, agudos y activos (y no demasiado «religiosos») nos proporcionarán las pruebas que nos faltan.

Máquinas para hacernos transparentes

A finales del mes de febrero de 1987, la revista científica *Nature* (vol. 325) anunció que los expertos en genética japoneses habían desarrollado un supersecuenciador: un aparato que era capaz de descifrar un millón de caracteres de ADN al día. Desde entonces, el tiempo no se ha detenido. El Proyecto del Genoma Humano está en pleno funcionamiento. Cada vez que un gobierno suprime sus aportaciones porque las anteojeras ideológicas limitan su visión, interviene en su lugar la empresa privada. Sólo en los Estados Unidos hay unas 1300 empresas genéticas privadas y semiprivadas. A pocos kilómetros de Washington, los robots genéticos, los supersecuenciadores, trabajan día y noche. Allí, en el barrio periférico de Gaithersburg, tras un pequeño jardín, se encuentra el Instituto de Investigaciones Genómicas (TIGR). Hay treinta máquinas secuenciadoras en un pasillo reluciente de puro limpio. El director del TIGR, el doctor Craig Venter, es un hombre lleno de visión: ha asignado a sus robots nombres tomados de la mitología, tales como Hércules, Thor, Júpiter y Baco. ¡Los viejos dioses vuelven a la vida!

—Los robots del TIGR descifran cada día secuencias de cadena de unos 600 genes —me dice—, y se almacenan unas 500 000 moléculas básicas^[82].

En diez años, como máximo, todo experto en genética tendrá acceso al genoma humano completo. Entonces, el ser humano transparente será una realidad.

Pero el TIGR no es más que una gota de agua en el mar del Proyecto del Genoma Humano. Diversas universidades de todo el mundo han intervenido en la descodificación del material genético, así como grandes compañías farmacéuticas. Cuando la situación política agitada de un país ha interrumpido la investigación genética en el mismo, las multinacionales la han trasladado a otra parte. En el campo de la genética se aplica igualmente la vieja verdad de la tecnología militar: «Si no lo hacemos nosotros, lo harán otros».

Y ¿qué están haciendo? El ser humano tiene unos 110 000 genes que están dispersos entre unos 3000 millones de segmentos de ADN. Cuando escribo estas líneas, se han investigado unos 10 000 genes. Ya sabemos cuál es su función. Diez mil genes descodificados, entre los 110 000 del genoma humano, pueden parecer pocos; pero cada vez son más los supersecuenciadores que están trabajando, y los ordenadores están almacenando y compartiendo continuamente sus «retazos genéticos»; y, por otra parte, cuantos más genes se conocen, más fácil es descifrar los demás.

¿Cómo puede comprender el profano este proceso de descodificación? ¿Qué está sucediendo? Los genes son segmentos minúsculos de la espiral doble del ADN. También podemos imaginarnos esta espiral doble como una especie de escalera de mano o como una cremallera cuyo cierre está compuesto de cadenas de ácido nucleico. Todas las células del cuerpo humano contienen una cadena de ADN; y del mismo modo que una escalera de mano tiene peldaños, también los tiene el ADN: cuatro tipos diferentes de compuestos químicos. Éstos se llaman adenina, guanina, citosina y timina. Junto con una base de ácido fosfórico, varios «peldaños» de la «escalera de mano» componen las secuencias nucleótidas. Éstas son, por así decirlo, las letras del código genético. Pero los «peldaños» de la «escalera» no se limitan a pegarse a los «largueros» sin ninguna conexión. El material básico nitrogenado llamado adenina está «deseoso» de combinarse con la timina, y la guanina «se siente atraída» magnéticamente por la

citosina. (En términos del modelo de los «ladrillos de juegos de construcciones», *no todos* los ladrillos encajan con todos). Imaginemos ahora los cuatro materiales básicos en cuatro colores diferentes y extendamos toda la «escalera de mano» hasta una longitud de cien metros. En este modelo, el ADN es la escalera de mano, y los colores son las letras del código genético.

¿Qué sucede entonces? Dentro de la célula, el ADN abre su «cierre» segmento a segmento, «peldaño» a «peldaño», y empieza a duplicarse. Los nucleótidos se adhieren al material básico con el que se corresponden, los compuestos químicos que circulan por la célula, que ingerimos en nuestros alimentos y que nuestros órganos absorben y reducen a sus componentes. Así se desarrolla una nueva cadena de ADN que es absolutamente idéntica a la anterior. La célula se divide y la nueva célula vuelve a dividir su cadena de ADN y se reproduce. Se desarrolla un conglomerado de células y forma por fin un cuerpo; y en todas y cada una de sus células se encuentra el plano del conjunto. El ser humano contiene unos cincuenta mil millones de células, en cada una de las cuales se contiene todo su «programa».

Cada «letra» del código genético es responsable de diversos desarrollos y funciones del cuerpo humano. Si algo empieza a mutar en alguna porción del ADN de tal modo que se produce, por ejemplo, un cáncer de hígado, debería ser posible retirar las cadenas genéticas concretas y sustituirlas por una combinación salutífera de material genético. Pero para conseguirlo, los expertos en genética deben saber primero exactamente qué combinación es responsable de cada función. Esta descodificación es lo que están calculando los supersecuenciadores.

¿Y por qué tenemos que saber de genética, al fin y al cabo? ¿Acaso no estamos entrometiéndonos en la obra de Dios? ¿No podemos limitarnos a ser lo que somos y dejar las cosas en paz? Debido a factores medioambientales tales como la radiación y a los productos químicos que entran en las células por los alimentos contaminados, surgen defectos en el proceso genético; quizás

empiece a desarrollarse un tumor canceroso que puede atacar a todas las células. Estos defectos se transmiten a las generaciones posteriores. Si queremos curar a la persona enferma e impedir que los genes defectuosos se transmitan, tenemos que saber qué sección de la «escalera de mano» está produciendo los «peldaños» erróneos: entonces podemos empezar a hacer reparaciones en la estructura genética. Y eso ya se está haciendo.

Actualmente se están produciendo hormonas por medios genéticos: existe insulina producida genéticamente, así como enzimas, proteínas y todo tipo de microorganismos que se utilizan para neutralizar los vertidos de petróleo o para dividir las bacterias dañinas. Ya se producen genéticamente medicinas de todo tipo, por ejemplo, medicamentos antiinflamatorios, antidepresivos y para desarrollar la masa muscular, y vitaminas. Las industrias de la alimentación y de los detergentes domésticos ya llevan mucho tiempo utilizando enzimas genéticas sin que lo sepa el consumidor. Los adolescentes orgullosos de sus nuevos pantalones vaqueros con el efecto del lavado a la piedra no saben que tienen que agradecerlo a las enzimas creadas por ingeniería genética. La era del supermercado genético está en pleno auge, y está surgiendo una nueva profesión que se suma a las filas de las más antiguas: la de terapeuta genético.

No es de este mundo

Pero ¿qué dirán los expertos en genética cuando encuentren cada vez más información genética unida a la «escalera de mano», una información que no puede proceder de nuestros antepasados? Al fin y al cabo, la comparación es relativamente sencilla: todavía viven nuestros parientes los gorilas, los chimpancés y los orangutanes. ¿Qué pensará la gente cuando descubran cuál es, exactamente, el segmento genético responsable del habla humana y descubran al mismo tiempo (por comparación con la composición genética de la familia de los simios) que este segmento apareció *repentinamente*, en vez de haber evolucionado poco a poco?

Y ¿qué dirá la gente cuando salga a relucir material genético humano que *no puede tener* un origen terrestre, porque no concuerda con ninguna forma de vida conocida? ¿Cómo reaccionarán los expertos en genética cuando investiguen las momias del antiguo Egipto y descubran, sin ningún género de dudas, que los faraones más antiguos (los que tenían el cráneo muy grande y afirmaban que eran «hijos de los dioses») contienen un material genético que no puede proceder de la Tierra, un material que carece de las «etapas intermedias» de la teoría de la evolución? Y ¿qué murmurarán y qué dirán entre dientes cuando esas mismas pautas genéticas se encuentren al otro lado del mundo, en los monarcas incas, en los «hijos del sol»? Estamos subiendo por la escalera mecánica del conocimiento, y ya no podemos bajarnos en marcha. El apocalipsis va a llegar mucho antes del fin del mundo, en forma de nuestro descubrimiento del origen de la inteligencia humana.

Pero lo que es posible para el genoma humano también puede cumplirse en los animales. Desde hace bastantes años se está hablando muchísimo de los dinosaurios^[83]. Desde que se estrenó la película *Parque jurásico*, estamos oyendo todo tipo de teorías y de «pruebas» de las causas de su extinción repentina.

Hace unos 200 millones de años había un alto número de clases de dinosaurios: monstruos carnívoros de 12 metros que vivían en Egipto; otros que tenían púas y corazas de placas duras; plesiosaurios de cabeza pequeña y poderosas aletas traseras, adaptados a la vida en el agua, y el braquiosaurio, de 30 metros de largo y 12 de alto. Existían hasta cien especies, entre ellas las de los dinosaurios voladores. Y de pronto, sin previo aviso, todos murieron hace unos 64 millones de años. Y esto sucedió en todos los continentes a la vez, como si se hubiera difundido una infección que afectase sólo a los dinosaurios y a nada más. Existen incontables teorías que pretenden explicar esta extinción repentina^[84]. La más reciente propone que pudo ser causada por la colisión de un meteorito contra la Tierra; pero, entonces, ¿por qué afectó sólo a los dinosaurios y no a todas las demás criaturas?

En la película *Parque jurásico* se extrae el contenido del estómago de un mosquito que se había conservado en ámbar durante millones de años. Como había picado a un dinosaurio poco antes de morir, su estómago contiene algunas partes de genes de dinosaurio. Éstas se transforman, como por arte de magia, en nuevos dinosaurios vivos. Una cosa así es posible en la fantasía, e incluso en teoría, pero haría falta más material básico que unos fragmentos del estómago de un mosquito. Para fabricar un dinosaurio harían falta unos 50 000 genes para cada mil componentes celulares. Y, sencillamente, no disponemos de ellos; salvo, quizá, en una avecilla.

El gorrión del jurásico

El paleontólogo muniqués doctor Peter Wellnhofer realizó investigaciones sobre una ave primigenia fósil, el arqueoptérix. Esta ave tiene unos 150 millones de años de antigüedad, mide cuarenta centímetros de largo y está valorada en unos 400 millones de pesetas: sólo hay siete en el mundo, lo que hace subir su precio. Entre los dientes del ave, el doctor Wellnhofer descubrió unos fragmentos triangulares de hueso que son característicos de una especie muy diferente: la del alosaurio, un dinosaurio carnívoro. Esto lo convenció de que todas las especies de aves, «desde el gorrión hasta el cóndor, descienden de los dinosaurios»^[85].

Según las teorías anteriores, las aves descendían de los reptiles. Yo no estoy en condiciones de juzgar las diversas teorías en este sentido; pero si las aves descienden de los dinosaurios, cada gorrión contendría material genético heredado de estas antiguas criaturas.

Quizá descubran también los expertos en genética por qué tuvieron que desaparecer de la Tierra todas las especies de dinosaurios. Quizá estos monstruos representaban algún tipo de amenaza para la Tierra. Quizá, a la larga, se lo hubieran comido absolutamente todo (las plantas y los demás animales), imposibilitando así la evolución prehumana. Quizá alguien quisiera evitar que un planeta ideal como la Tierra (ni demasiado frío ni demasiado caliente) fuera dominada por unas criaturas enormes y estúpidas sin posibilidades de desarrollar una inteligencia y una tecnología. Quizá, quizá...

Y ¿qué hay de la conciencia humana? El doctor Julián Jaynes, catedrático de Psicología en la Universidad de Princeton (EE. UU.), planteó esta pregunta y fue recibido con gestos de escepticismo por parte de sus colegas^[86]. ¿La conciencia? Simplemente, se desarrolló en el transcurso de la evolución. ¿De verdad? Pero ¿cómo nos volvimos conscientes de lo que somos? ¿Es consciente de su propia existencia un montón de células? La conciencia no tiene nada que ver con los reflejos, con las reacciones de temor ni con menear la cola; tampoco es la suma de todos los procesos de la memoria. La conciencia no surge tampoco por la experiencia ni por el aprendizaje. Podemos introducir en un cerebro electrónico toda la información que queramos, pero éste no desarrollará la conciencia. Dice Jaynes:

Nuestros periodos de conocimiento consciente son, en realidad, mucho más cortos de lo que creemos. Es difícil darse cuenta de ello, pues en realidad no somos conscientes de nuestros momentos de inconsciencia. Nuestra conciencia cubre estos «vacíos» con su ancha red, dándonos una ilusión de consistencia y de continuidad. Podemos comparar la no-conciencia con todos los objetos que están en una habitación a oscuras y que *no* son iluminados por el haz de luz de una linterna^[87].

¿En qué consiste, pues, la conciencia? ¿Cómo surgió? Esta pregunta, como la que se refiere a la capacidad matemática, sigue sin tener respuesta. Sólo el ser humano, entre todas las criaturas de la Tierra, está dotado de conocimientos matemáticos. La observación de que esto es lógico, pues tenemos que saber contar para negociar los unos con los otros e intercambiarnos bienes, es una petición de principio. *Primero* tenemos que disponer de la capacidad, y *después* podremos hacer uso de ella. Al fin y al cabo, los animales tienen patas y garras, pero a ningún perro se le ha ocurrido todavía contar sus salchichas con los dedos. La capacidad matemática es el requisito previo de toda ciencia. Sin ella no es posible calcular ni comparar nada. El doctor Max Flindt, que se

dedicó seriamente al estudio de esta cuestión, lo explicó por medio de un ejemplo:

Sin capacidades matemáticas superiores seríamos incapaces de aterrizar en otro planeta. La mayoría de la gente corriente no se da cuenta de que es imposible enviar una nave espacial a la Luna o a Marte sin aplicar un grado elevadísimo de precisión matemática. Lo mismo puede decirse de los vuelos de las lanzaderas espaciales y de todos los satélites artificiales. Los cálculos necesarios para la determinación del ángulo exacto de entrada de la lanzadera espacial en la atmósfera terrestre son un ejemplo perfecto de ello, pues de ellos depende la seguridad de las vidas humanas. Si el ángulo es demasiado agudo (aunque sólo sea por una fracción de grado), la nave espacial se convierte en una bola de fuego; si es demasiado abierto, la nave espacial rebotará en la atmósfera terrestre y saltará al espacio. Esto tiene mucho que ver con la evolución, pues un principio fundamental de la teoría evolutiva dice que ninguna capacidad se desarrolla sola sin que se necesite en algún momento dado. Pero no existe ningún motivo poderoso por el que las matemáticas fueran necesarias para la supervivencia de los antepasados del hombre. Los animales de todo tipo sobreviven sin ellas (aunque no, por ejemplo, sin sentido del olfato). En el espacio, por otra parte, la supervivencia es imposible sin las matemáticas. Y lo que puede decirse de las misiones espaciales humanas puede decirse igualmente de las extraterrestres. Si la Tierra fue visitada alguna vez por extraterrestres, estos visitantes debían estar bien versados en las matemáticas. Por eso considero que nuestra capacidad para las matemáticas es indicativa de que no somos únicamente de origen terrenal^[88].

Los dioses nos crearon a imagen y semejanza de ellos. Y de pronto, sin intentar siquiera plantearnos estas cuestiones, encontramos sus respuestas en nuestros propios genes.

La inteligencia artificial

A principios del verano de 1993 se reunió un grupo poco común en la ciudad austríaca de Linz: algunos centenares de especialistas en informática asistieron a la conferencia Ars Electrónica. No era una reunión de informáticos corriente, como tantas que tienen lugar constantemente por todo el mundo; la reunión de Linz estaba dedicada a la inteligencia artificial. Ulrike Gabriel, del Instituto de Nuevos Medios de Francfort, enseñó cucarachas que funcionaban por energía solar. Estas criaturas artificiales, dirigidas por sensores fotoeléctricos, se reunían en grupos, se «olfateaban» unas a otras o realizaban movimientos repentinos de retroceso cuando chocaban con los obstáculos. ¿Para qué? El sistema electrónico de estas cucarachas estaba adquiriendo experiencia.

Tom Ray demostró el funcionamiento de este proceso con su programa de ordenador *Tierra*^[89]. Con centenares de comandos compuso una cadena electrónica semejante a la del ADN, que se recreaba o se duplicaba a sí misma. Después de 24 horas se había formado una especie de biotopo en la pantalla. Así se contaba en la revista *Der Spiegel*:

Al principio, una cadena se multiplicaba muy deprisa y se extendía de manera explosiva por toda la capacidad electrónica de la memoria. A continuación, aparecían las primeras mutaciones, que también eran capaces de multiplicarse y de combatir a sus predecesoras. Por último, entraban en el campo de batalla parásitos informáticos que sólo transmitían la mitad de los comandos. Estos parásitos ocupaban el programa de los predecesores y se servían de su código de reproducción. En ese momento, los mecanismos electrónicos desarrollaban reacciones espectrales de defensa, semejantes a un sistema inmunológico, que eran capaces de bloquear los virus informáticos antes de que destruyeran el programa original. Y del mismo modo que en la vida, la población parásita quedaba diezmada y todo el proceso comenzaba de nuevo, con la única

diferencia de que el programa se había enriquecido por su experiencia con los parásitos. El ordenador se había autovacunado^[90].

Estos experimentos demuestran que la vida y la inteligencia artificiales son posibles. Pero ¿y la conciencia? Ésta debe ser privilegio de los seres vivos que están dotados de sentimientos. Y los sentimientos, a su vez, están relacionados con las condiciones corporales que determinan las hormonas. Las hormonas se activan, a su vez, por nuestras percepciones, en las que se combinan nuestros órganos sensoriales y nuestra experiencia personal. La inteligencia artificial, por su parte, no sabe nada de hormonas. Es verdad que puede comparar diversos datos a la velocidad del rayo (experiencia), y que puede tomar decisiones correctas sobre esa base (aprendizaje); pero no puede *sentir*; a no ser que le proporcionemos un cuerpo capaz de sentir, por supuesto, en cuyo caso lo que tendríamos no sería otra cosa que un ser vivo.

El cerebro de un ordenador, con sus chips de alta capacidad, es tan sensible a los factores medioambientales (humo, humedad, fluctuaciones de la temperatura, golpes, objetos extraños —una hormiga entre los circuitos provocaría un caos—) que debe ser protegido por una cubierta externa. Lo mismo sucede con los seres vivos, cuyo cerebro está rodeado de los huesos del cráneo. Recibiendo e intercambiando información, el ordenador aumenta sus conocimientos, tal como hacen los seres vivos, y puede seguir haciéndolo durante miles de años.

Recordemos algunas fechas históricas en este sentido. El habla humana apareció hace unos 30 000 años, como primer medio de comunicación. Las primeras pinturas o grabados rupestres, primera forma *visual* de comunicación, tienen unos 13 000 años de antigüedad. Las primeras formas de escritura sólo tienen 5000 años; y hace 3000 años surgieron los primeros medios de comunicación a larga distancia, en forma de señales de humo y de señales con espejos. La imprenta se inventó hace 500 años, y la comunicación telegráfica surgió en el siglo pasado. Sólo hace cien años que

tenemos la cinematografía, y los ordenadores están al alcance de todos desde hace treinta años.

Un científico muy erudito del siglo XVIII habría leído unos doscientos libros; sólo tendría que leer muy pocas revistas especializadas para estar al día en su campo. Actualmente se publican en todo el mundo más de 300 000 revistas y periódicos; existen, además, incontables programas de radio y de televisión, y no digamos nada de la lluvia anual de artículos, tesis y libros especializados. La Biblioteca del Congreso de Washington posee 100 millones de documentos, y todas las demás bibliotecas del mundo contienen otros 1000 millones.

Está claro que nadie puede mantenerse al día de este diluvio de información. Y dado que la esperanza de vida de los seres humanos, así como la de los miles de millones de neuronas cerebrales que tenemos cada uno de nosotros, no es suficiente, ahora almacenamos los conocimientos humanos fuera del cerebro. Las generaciones futuras seguramente tendrán que aprender menos que nosotros, pero, por otra parte, tendrán que saber cómo y dónde está almacenada la información que necesitan.

Lo mismo debe suceder a los seres vivos extraterrestres. O tienen neuronas cerebrales como nosotros, en cuyo caso su capacidad de almacenamiento está limitada, o son una especie de robot informatizado, capaz de extraer a voluntad la información que necesita a través de una computadora mayor todavía. Una tercera posibilidad sería una síntesis de ambas cosas. Podrían criarse seres naturales, prestando atención a su estructura genética, de tal modo que desarrollasen una capacidad cerebral enorme que, sin embargo, sólo se utilizase en grado mínimo. ¿Por qué? La capacidad de software de un ordenador lleno hasta la mitad proporciona espacio de almacenamiento para nueva información. Un cerebro humano que sólo utiliza el veinte por ciento de su capacidad puede «llenarse» de conocimientos a voluntad, si los dioses lo desean.

Parece que lo desean; y con esto llego al punto central de mi tema. En mi último libro^[91] comenté diversos avistamientos de ovnis y aludí a varios relatos de «secuestros». Permítanme que recapitule brevemente.

¿Mal de la cabeza?

Según lo publicado sobre ufología, desde hace más de treinta años se han dado casos frecuentes de personas que afirman con absoluta certeza que han sido raptadas por alienígenas, que las han sometido a exámenes médicos y que las han manipulado en la región genital; no es que las hayan sometido a abusos ni violaciones, sino que las han investigado, como si estuvieran en un laboratorio. Las víctimas masculinas de los secuestros estaban convencidas de que les habían recogido muestras de esperma; las mujeres hablaban de pruebas de embarazo, de «abducciones», e incluso de embarazos artificiales. En este último caso, el feto que crecía era retirado operativamente algunas semanas más tarde.

Naturalmente, nadie se tomaba en serio estos informes: todos sabemos que la gente puede albergar sueños y fantasías sexuales secretas. Y los médicos están familiarizados con el fenómeno del falso embarazo. También es muy posible que algunas mujeres se queden embarazadas pero no quieran divulgar el nombre del padre y recurran, por lo tanto, a la excusa de los extraterrestres, aunque nadie se lo crea. El que cuenta un relato así también puede sentirse especial o escogido, o incluso que ha tenido un embarazo virginal. En los tres últimos decenios he descartado alegremente todos estos relatos como inventos divertidos, sin molestarme en preguntarme para qué podrían querer los extraterrestres materiales genéticos humanos.

Pero es muy probable que me haya equivocado, pues lo que parecía la creación de unas mentes enfermas ha recibido últimamente el apoyo de pruebas sistemáticas. En 1987 el escritor

estadounidense Budd Hopkins presentó los resultados, apoyados por varios científicos, de muchos años de investigaciones^[92]. Las personas a las que entrevistó describieron (sometidas a hipnosis, en algunos casos) el modo en que les habían sacado «por tubos» materiales genéticos. Existen casos en que una misma persona fue secuestrada tres veces a lo largo de los años: en la pubertad, en la juventud y siendo un hombre de 35 años. *Si* esto es cierto (y todavía me reservo mi opinión), significaría que la persona había sido «anillada» por los alienígenas, del mismo modo que nosotros anillamos las aves, los delfines o los osos.

Poco después de que Hopkins publicase los resultados de su investigación, otros autores dieron a conocer historias de horror semejantes^[93]. Al parecer, no sólo individuos, sino familias enteras habían sido raptadas por «luces extrañas». Las víctimas flotaban en salas muy iluminadas; la región genital de los hombres se cubría de «una sustancia semejante al caucho» y era sometida a «movimientos de succión». En otros casos, eran estimulados sexualmente por «una mujer muy hermosa», e incluso «apareados». Siempre que he hablado con mis conocidos del tema de las «abducciones», se han echado a reír. Nuestro intelecto no está bien dispuesto hacia las abducciones por parte de los extraterrestres, y mucho menos hacia que éstos experimenten con nosotros de este modo. Todo parece demasiado fantástico. Naturalmente, la gente que no cree que existan los alienígenas no se va a convencer por estos relatos. Ellos *saben*, con seguridad de sonámbulos, que los ovnis no existen ni pueden existir. Levantan barreras totales e insalvables que no puede atravesar ninguna argumentación. Y a la gente que sí cree que podrían existir los ovnis, los relatos de los secuestros les parecen extraños, grotescos y locos. No conciben ningún motivo para que los extraterrestres se comporten así, aun suponiendo que existan.

Pero yo me temo que vamos a tener que replantearnos nuestra actitud; y esta revisión de nuestras ideas tiene mucho que ver con nuestro cerebro, con la capacidad de nuestra materia gris y con la

intervención genética, así como con el retorno de los «dioses» y de sus profetas.

El doctor Johannes Fiebag, formado como científico, ha investigado casos recientes de secuestro en Alemania, en Austria y en Suiza^[94], entre ellos el de la mujer berlinesa Maria Struwe. Fiebag la describe como «una mujer atractiva, inteligente, atenta, crítica; no es reservada, pero se mantiene a cierta distancia de los sucesos que describe». Maria Struwe cuenta un sueño que tuvo, aunque también era consciente, al mismo tiempo, de que no se trataba de un sueño. Estaba tendida en una especie de mesa de operaciones; a su derecha y a su izquierda estaban unos pequeños seres alienígenas con grandes cabezas y ojos. Por entonces, ella estaba embarazada de su tercer hijo, al menos ella lo creía así. Estaba familiarizada con todos los síntomas del embarazo por su experiencia con sus hijos anteriores, y también había consultado a un ginecólogo.

Entonces fue cuando tuvo aquel «sueño» terrible. Los alienígenas de grandes cabezas le quitaron el embrión. Se despertó en su propia cama bañada en sudor, como si hubiera tenido una pesadilla espantosa. Poco después visitó a su médico, que descubrió con asombro que ella ya no estaba embarazada. Todos los síntomas del embarazo cesaron repentinamente. Dos semanas más tarde, la señora Struwe expulsó dos «masas de carne». Supuso que eran los restos de la placenta y las echó por el retrete.

Después de algún tiempo, los esposos Struwe decidieron intentar de nuevo tener un tercer hijo. Pero dado que todos los medios naturales fracasaron (a diferencia de los embarazos anteriores), decidieron recurrir a la fertilización artificial. «Ésta había de tener lugar el 22 de febrero de 1988. Pero le provocó unos dolores tan inexplicables que el proceso tuvo que interrumpirse». Pero dos semanas más tarde la señora Struwe expulsó dos pieles transparentes de origen desconocido. Y después, de pronto, como por intervención divina, se quedó embarazada una vez más, el 12

de mayo de 1988. El 9 de enero de 1989 dio a luz a su tercer hijo, Sebastian.

El doctor Fiebag propone diversas explicaciones, entre las que se cuenta la siguiente:

- En el verano de 1989 la señora Struwe estaba embarazada.
- En su tercer mes de embarazo, los extraterrestres le extrajeron el embrión.
- Los alienígenas implantaron en su vientre una especie de piel que servía para evitar futuros embarazos.
- Por eso no pudo quedarse embarazada por medios naturales ni artificiales.
- Pero estas «barreras» fueron expulsadas, y pudo producirse un embarazo normal.

Todos estos sucesos podrían explicarse achacándolos a «un embarazo poco común», si no fuera por Sebastian. El pequeño no dejaba de decir a sus padres que tenía sueños extraños en los que aparecían monstruos de grandes cabezas y ojos. Cuenta que ha visto «niños pequeños en cajas»; cuenta también que ha volado por los aires y que los monstruos le han echado líquidos encima. Conversan con él «por los pulmones», lo que seguramente quiere decir que es por algún medio interno. Cuando el doctor Fiebag enseñó al niño varios dibujos que representaban diversos tipos de extraterrestres, el niño identificó inmediatamente a los pequeños con la cabeza y los ojos grandes. La señora Struwe aseguró al doctor Fiebag que ella no había hablado nunca de su «sueño» a Sebastian, ni tampoco le había hablado de extraterrestres con cabezas y ojos grandes.

¿Qué está pasando, entonces? El profesor David Jacobs ha realizado en América unas investigaciones equivalentes a las del doctor Fiebag en los países de habla alemana. El profesor Jacobs cree que el motivo de estos secuestros son las extracciones de

esperma y las fertilizaciones artificiales, y que lo que se pretende es crear una forma de vida semihumana y semialienígena^[95].

Los casos anunciados son cada vez más abundantes; ya no son centenares, sino miles. Los libros citados en las notas 92, 93 y 94 no son más que la punta del iceberg. Así pues, ¿es sólo una locura pasajera? En tal caso, ¿por qué ha llegado precisamente ahora? ¿Han sido infectadas por la misma locura millares de personas que ni siquiera se conocen y que viven en continentes diferentes? ¿Tienen una explicación psicológica todos esos casos?

¿Bien de la *cabeza*, después de todo?

No la tienen, según una persona cuya opinión merece respeto. El doctor John E. Mack es un psicólogo destacado, catedrático de psiquiatría en la universidad más prestigiosa de los Estados Unidos, la de Harvard. El profesor Mack no sólo es psicólogo y psiquiatra, sino que también es médico con experiencia en el Hospital de Cambridge (Massachusetts, EE. UU.) y ha ganado el codiciado premio Pulitzer. Tiene 64 años, y, por lo tanto, ya no pertenece a la raza impresionable de fuegos fatuos jóvenes que siguen todas las locuras de moda. Conoce su profesión y detecta enseguida los fraudes, las mentiras o las fantasías de sus sujetos. En el otoño de 1989 le preguntaron si le interesaba conocer a personas que decían haber sido abducidas por alienígenas. Su primera reacción fue pensar que «debían de estar locas». Pero en un momento dado conoció a Budd Hopkins, de quien he hablado, autor del libro *Intruders* («Intrusos»). Este encuentro cambiaría su vida.

En los años siguientes, el profesor Mack se reunió con centenares de personas «de diversas regiones del país, que no habían mantenido ningún contacto las unas con las otras». Y dado que estas personas le parecían absolutamente cuerdas, razonables y fiables, empezó a interesarse profesionalmente por este fenómeno. Por fin, emprendió un estudio de 78 personas, sometiéndolas a los tests y a los procedimientos rigurosos de su profesión. Los resultados de su investigación ya están disponibles en un grueso volumen de 400 páginas titulado *Abduction*

(«Secuestro»), y subtulado *Encuentros humanos con alienígenas*^[96].

La respuesta del profesor Mack a sus colegas y a todos los escépticos no puede ser más opuesta a la incredulidad de éstos. Sí —dice—, los extraterrestres existen; los secuestrados dicen la verdad, y las extracciones de embriones, las tomas de muestras de esperma y las fertilizaciones artificiales han tenido lugar. No son alucinaciones psicológicas ni fantasías para la satisfacción de deseos. Según este erudito de Harvard, está claro que somos «miembros de un universo lleno de formas de vida inteligente, de las que nos hemos aislado».

Los secuestros siguen siempre unas mismas líneas generales. De pronto se ven moverse en un dormitorio, como si hubieran entrado atravesando las paredes, unos seres pequeños con ojos grandes, negros y dispuestos en vertical y piel grisácea. (También se han dado casos de secuestros en automóviles). Los alienígenas tienen las ventanas de la nariz pequeñas y unas bocas minúsculas con labios estrechos. Es frecuente que se vean en el exterior luces curiosas. Las víctimas del secuestro sienten miedo y terror y empiezan a imaginarse cosas terribles de todo tipo. Pero las hacen calmarse, las «enfrían» y las paralizan físicamente. Entonces comienza un vuelo espectral por la ventana o por el balcón; y, aunque algunas víctimas sienten que las hace subir «un rayo de luz», sienten las corrientes del aire de la noche que las rodea. Llegan a una nave espacial. Algunos secuestrados creen que han entrado en la nave espacial alienígena a través de las paredes. El interior está iluminado; las disponen sobre alguna especie de mesa de operaciones y las estudian con instrumentos irreconocibles. Les quitan muestras de pelo y de piel; les insertan en los orificios corporales agujas finas y otros objetos. Alrededor de la mesa de operaciones están varios hombrecillos grises, pero siempre parece que hay uno que desempeña la función de «cirujano jefe» mientras otro hace el papel de «intérprete». Pero es muy poco frecuente que

se produzcan comunicaciones habladas: la comunicación se realiza por medio de la telepatía.

Este «tratamiento» por parte de los secuestradores puede ser muy desagradable, y las víctimas lo describen como repugnante. Pero es raro que se sienta dolor físico, pues los alienígenas neutralizan el centro del dolor en el cerebro. Después de esta «operación», suele producirse un diálogo, en el que los secuestradores intentan, al menos de manera fragmentaria, explicar sus actos a sus víctimas. A algunos secuestrados se les muestran estanterías enteras llenas de pequeños embriones que flotan en un líquido de alguna clase. Llegan a su casa del mismo modo que salieron, aunque a veces se producen errores: algunas víctimas se despiertan en un lugar desconocido, o descubren que han sido transportadas, junto con su coche, a varios centenares de kilómetros de distancia.

Estamos tentados de decir que es muy raro, que todo esto *tienen* que ser sueños y fantasías. Pero pensemos por un momento lo que siente un animal semiinteligente cuando los seres humanos realizan experimentos con él. Supongo que no será una cosa demasiado diferente.

Podemos rechazar fácilmente los relatos: parecen demasiado inverosímiles y extraños, por lo cual recurrimos a la lógica y a la razón para demostrar su falsedad. Pero la lógica y la razón son, por supuesto, unas herramientas limitadas, confinadas a lo que ya sabemos. Hace varias generaciones, un avión supersónico, una emisora de radio, un aparato de rayos X o una bomba de hidrógeno capaz de destruir ciudades enteras con una sola explosión parecerían cosas ilógicas e irracionales. Hace sólo 50 años sería imposible explicar la bomba atómica a un científico. «Eso es imposible —respondería—, pues las armas siempre liberan energía, y esta energía incontrolada destruye toda la zona que la rodea. Pero esta bomba atómica de la que me habla sólo destruye las cosas vivas y orgánicas y deja intactos los tanques y los edificios de hormigón».

No: la lógica y la razón de nuestros días no son demasiado útiles para comprender el fenómeno de los secuestros.

Las personas «anilladas»

¿Por qué es probable que al menos algunos de los casos de secuestro sean ciertos? El motivo son las cantidades de personas que vivieron experiencias semejantes, aun sin conocerse entre sí, y sin haber leído ni visto libros, vídeos ni películas sobre ese tema.

También hay que tener en cuenta la semejanza entre las relaciones de personas de países y de continentes diferentes, y a los miles de mujeres a las que se les robaron los embriones de una manera macabra. También están las cicatrices inexplicadas de los raptados, que no han sido hechas por ningún médico humano. Y, por último, los minúsculos implantes alienígenas que fueron retirados quirúrgicamente de diversas víctimas de secuestros.

Espere un momento, ¿cómo dice? Sí. El profesor Mack, en la página 42 de la edición estadounidense de su libro, habla de varios objetos minúsculos de metal o de algo semejante a la fibra de vidrio que tuvieron que ser retirados quirúrgicamente: pequeños implantes como agujas, situados en un caso en el pene de un hombre, en otro caso en las fosas nasales de una mujer de veinticuatro años, cerca del cerebro. Aunque estos curiosos implantes fueron sometidos a pruebas químicas y físicas, los resultados no son concluyentes, pues no conocemos su función. Los análisis demostraron que estaban hechos de compuestos o de aleaciones muy poco comunes, pero no desvelaron nada que pudiera indicar su razón de ser. Esto se parece en algo, quizá, al modo en que los seres humanos marcamos a un oso metiéndole una anilla en la oreja: los otros osos pueden ver la anilla y olerla, pero no entienden qué hace allí.

Pero es posible que estemos un poco mejor situados que los osos para sacar algo en limpio de todo esto. Si acallamos nuestro miedo y recurrimos a nuestra razón, podemos hacer al menos un análisis tentativo de la situación. Al fin y al cabo, los extraterrestres conversaron con algunas de sus víctimas y les dieron alguna idea del motivo de sus prácticas desagradables.

Según algunas relaciones, los extraterrestres dijeron que nuestro planeta estaba amenazado por una catástrofe. Los detalles de qué tipo de catástrofe se trataba son contradictorios y no están claros. Otras versiones dicen que nuestra conducta humana se está descarriando. Por último, los extraterrestres han dicho también, al parecer, que nuestra ciencia se está desarrollando según un «principio causal» equivocado (lo que nosotros, la gente corriente, llamaríamos «lógica»). El modelo de conocimiento que nos imparten los eruditos y los científicos está, según esta versión, completamente desviado. (¡No es de extrañar en absoluto, si consideramos la teoría evolutiva o las ciencias religiosas!). Y dada nuestra visión falsa del conocimiento, estamos desarrollando una conciencia errónea, trivial y egocéntrica, pues sólo nos preocupamos de nosotros mismos como centro del universo.

Un caballo de Troya

Los alienígenas cabezotas con ojos negros de quivi sólo conocen un remedio para este estado de cosas: ¡dado que la raza humana no sirve para gran cosa, quieren crear un híbrido! Nuestra estructura genética básica sobrevivirá, pero sólo combinada con la de ellos. No es una idea agradable.

Lo que están haciendo esos alienígenas grises de boca estrecha y piel de goma a los secuestrados nos parece criminal. El secuestro es un delito grave, como también lo son los abusos sexuales. Los derechos humanos están siendo despreciados brutalmente, se están realizando intervenciones médicas sin permiso de los pacientes, y se está sometiendo a personas a lavados de cerebro y a técnicas de control del pensamiento contra su voluntad. A los alienígenas grises les importan un pito nuestros sentimientos y nuestras leyes: nos están tratando como a animales inferiores. Nos están metiendo implantes, están controlando a las personas «anilladas», no están ofreciendo información lógica, ni siquiera demostrable, acerca de sus actividades, de sus motivos ni de su lugar de origen. El escritor americano John White lo expresa así:

Los alienígenas llegan hasta nosotros ocultos en la oscuridad. Nunca dicen exactamente por qué nos secuestran. Todo esto me parece sospechoso, como un caballo de Troya; y tengo que manifestar mi preocupación por lo que está pasando. Si los alienígenas cambian su manera de actuar; si se presentan a plena luz del día y exponen sinceramente sus buenas intenciones, entonces estaré dispuesto a darles la bienvenida a la sociedad humana. En caso contrario, seguiré considerándolos unas criaturas

taimadas, ladronas y delincuentes que están dispuestas a hacer el mal, aunque quieran dárselas de buenas. Y el hecho de que al final resulten tener una naturaleza física, parafísica o metafísica no afectará para nada a esta conclusión^[97].

Es cierto que los alienígenas no nos ponen las cosas fáciles para que creamos en sus buenas intenciones. Durante al menos treinta años han existido informes documentados de secuestros, pero el modo y la forma de las investigaciones de los alienígenas sobre nosotros no han cambiado. Siempre se trata a las víctimas siguiendo una rutina fija; los análisis de esperma y las extracciones de embriones se realizan de una manera estereotipada. Ningún equipo terrestre de investigaciones médicas tendría que examinar de ese modo a tantos miles de personas. Al llegar al centésimo «paciente», como máximo, ya tendrían la información que necesitasen; a no ser, por supuesto, que buscasen algo concreto y diferente en cada individuo.

Naturalmente, la raza humana no está formada por robots producidos en masa: todos somos individuales y diferentes. Nadie tiene los mismos recuerdos ni los mismos sentimientos de otra persona: pueden ser parecidos, quizá, pero no idénticos, como no lo son las huellas dactilares. Toda persona tiene sus vivencias propias: sufre, ama a su manera, le gusta una música determinada, lee ciertos periódicos, le gustan unos programas de radio concretos.

¿Es eso lo que buscan los alienígenas: nuestra disparidad y nuestra variedad de características? ¿Por eso necesitan millares y millares de individuos, de variedades de esperma y de embriones: para formar una nueva *raza*? ¿O intentan seleccionar lo que a ellos les parece el *mejor* material, por medio de una serie exhaustiva de comparaciones? Yo no tengo la respuesta, como tampoco la tienen los investigadores, pero no por eso deja de ser cierto que los alienígenas nos están sometiendo a unos procedimientos criminales. En la Tierra las personas tenemos que cumplir las leyes del país en que estamos. ¿No se aplican normas semejantes en el universo?

Aunque adoptemos el punto de vista de que los extraterrestres grises son una raza degenerada, superior a nosotros en tecnología y en telepatía pero necesitada de una revitalización genética, tampoco debemos permitirles hacerlo sin nuestro consentimiento. Al fin y al cabo, nosotros también somos inteligentes: hemos dominado las matemáticas, hemos realizado grandes avances científicos y culturales. No somos cualquier cosa: ¿por qué vamos a consentir que nos traten como a animales sin inteligencia? Comprendo que los extraterrestres no quieran abrumarnos con una aparición repentina y asustarnos como la zorra entre las gallinas (lo que yo llamo «el susto de los dioses»^[98]), pero ya ha pasado bastante tiempo desde sus primeros secuestros; ya es hora de que pongan fin a estos episodios de «vuelo nocturno» y de que nos den alguna explicación de sus actividades. Es hora de que los extraterrestres pasen por alto nuestra vanidad y nuestros sentimientos más elevados y de que se presenten abiertamente.

A los seres humanos no les gusta nada estar a oscuras durante décadas enteras y ser tratados como conejillos de Indias. Entre otras cosas, nuestra conciencia y nuestros conocimientos han cambiado. Hace treinta años sería poco razonable, o incluso una locura, creer en la existencia de los alienígenas. Desde entonces, uno de cada dos estadounidenses ha llegado a creer que los ovnis son reales; en el Brasil lo cree la dos terceras partes de la población. Hace ya cinco años, un cuarenta y cinco por ciento de la juventud de la ilustrada Francia afirmaba creer en los ovnis^[99]; incluso en un país tan antiovnis como Alemania, en el que la prensa «seria» no informa de las observaciones de ovnis o se burla de ellas, una de cada cinco personas cree en su existencia. Según el último estudio realizado por el Instituto Allensbach, dedicado al estudio de la opinión pública, el porcentaje es superior al citado entre los jóvenes de 16 a 20 años: una tercera parte aceptan la existencia de los alienígenas^[100].

El pensamiento humano no ha quedado inmovilizado: los alunizajes y las incontables series televisivas de ficción científica

han contribuido a aumentar nuestra conciencia. Y los innumerables libros que tratan del tema de la vida extraterrestre no se han escrito sólo para los devoradores de noveluchas: la mitad de la humanidad, al menos, se ha tomado en serio estas cosas. Los ideales democráticos del mundo libre, que tanto se invocan, deberían servir para que los medios de comunicación proporcionaran información constante sobre la situación del frente extraterrestre. Pero esto no sucede, y por eso empiezo a entender la conducta de los alienígenas cabezotas con ojos negros de quivi.

Seguramente todos hemos conocido la experiencia de intentar explicar algo a alguien o a un grupo de personas sin que nos prestasen atención y sin que nos escuchasen, de ser recibidos con falta de interés, de que nos respondan con argumentos irrelevantes, de que nos insulten o quizá de que no nos hagan caso. Los intentos ulteriores de aclarar la cuestión pueden seguir siendo estériles. ¿Qué hacemos en tal situación? Nos retiramos, suponiendo que todo esfuerzo por comunicarnos será inútil. ¿Podría suceder lo mismo con los extraterrestres? ¿Están hartos de intentar conversar con nosotros, porque nosotros somos demasiado arrogantes para escuchar?

Los casos de secuestro investigados por el doctor Mack revelaron algo así. Aparentemente, los extraterrestres dijeron a los secuestrados que los seres humanos no estaban preparados todavía para comunicarse con ellos ni para aceptar su existencia. Si se manifestaran abiertamente, nosotros reaccionaríamos de manera agresiva y los recibiríamos como enemigos. Nuestra conducta no les permitiría presentarse ante nosotros: nos dejaríamos dominar por el pánico. Nuestra conciencia está tan cargada de prejuicios religiosos y científicos que a ellos no les sería posible abordarnos abiertamente. Y si ellos abordasen a determinados individuos, la sociedad humana se limitaría a rechazar las relaciones de su existencia, aunque estos informes procedieran de alguna persona destacada o muy bien considerada.

Esto es muy cierto. Imaginémonos qué pasaría si el Papa o algún primer ministro anunciaran que había mantenido contactos con alienígenas. Lo destituirían en un instante. Lo mismo pasaría con los periodistas, los editores o los grandes científicos: no creerían a ninguno. «¿Extraterrestres? ¿Aquí? ¿Y cree que ha hablado con ellos? Pobre hombre, ¡debe de tener un tornillo suelto!». Ésta es exactamente la acogida que tendrían unos anuncios de este tipo. Pero ¿hasta cuándo?

Híbridos del futuro

Los feos alienígenas transgresores de la ley anunciaron una catástrofe inminente a las víctimas de sus secuestros. Decían que éste era el motivo principal de sus actividades. La buena noticia que se encierra en esto es que la raza humana puede sobrevivir, aunque sólo sea como híbrido (mezcla) de ellos con nosotros. ¿Cuándo tendrá lugar exactamente este fin del mundo? Los extraterrestres no citaron fechas: al parecer, ellos mismos no lo sabían exactamente. ¿No les suena? Recordarán que todas las religiones afirman que nadie conoce la fecha del ajuste de cuentas final. Es posible que los extraterrestres tengan acceso a determinados indicadores, parecidos a los que usan los geólogos para predecir los terremotos y las erupciones volcánicas; esta información permite predecir, por ejemplo, que en la falla de San Andrés de California se producirá, en efecto, un terremoto, pero no nos dice exactamente cuándo se producirá el terremoto.

¿Acaso no es posible que los sensores y los aparatos de medida de los enanos extraterrestres de nariz estrecha (cuya tecnología es, para nosotros, un libro cerrado con siete sellos) puedan estar registrando la inminencia de un cataclismo, cuyas dimensiones exactas son desconocidas? Si fuera así, quedaría excusada su conducta inmoral, por los motivos siguientes:

- Los seres humanos no recibimos bien estas advertencias, pues somos demasiado egocéntricos.
- No se sabe cuánto tiempo nos queda antes de que nos alcance la catástrofe; por ello, es preciso tomar medidas urgentes. Las

generaciones posteriores comprenderán, vistas las circunstancias, la necesidad de una conducta que transgrede las leyes.

A pesar de su conducta inmoral y fuera de la ley (según nuestros conceptos), siempre me ha llamado la atención que los alienígenas no han mutilado ni matado nunca a ninguna de sus víctimas. Siempre las han devuelto sanas y salvas a su dormitorio o a su coche. Nuestra conducta con los animales es mucho menos considerada.

Ha surgido hace poco tiempo la idea de que estos pequeños seres con grandes *cabezas* no son extraterrestres en absoluto, sino viajeros del tiempo procedentes de nuestro propio futuro. Es verdad que los físicos han afirmado en los últimos años que los viajes por el tiempo no están fuera de los límites de lo posible, pero todavía no tenemos idea de cómo podría realizarse en la práctica^[101]. Aunque la idea es fascinante, yo no creo personalmente que explique el fenómeno de estos pequeños extraterrestres de grandes ojos en forma de almendra. Imaginémonos la situación siguiente.

En el año 3000 existe la máquina del tiempo. Los habitantes inteligentes de la Tierra son de pequeña estatura, tienen la piel gris y enormes cráneos y han dominado la telepatía. Viajan a nuestra época en sus máquinas del tiempo y descubren que la humanidad, poco antes del año 2000, se encuentra amenazada por una catástrofe inminente. Se ponen a recoger afanosamente material genético que implantan en su propia especie. Si no lo hicieran, su raza no existiría en el futuro. No: esto no tiene sentido. Si los hombrecitos grises descienden de nosotros, sin duda no es necesario que pongan a salvo un material que ya poseen. Opino que esta idea del viaje por el tiempo no resulta demasiado útil.

¿Programados en falso?

Diversas víctimas de secuestros, sobre todo las que fueron secuestradas en varias ocasiones, ya no se sienten del todo «terrenales». A pesar de conservar su cuerpo humano normal e intacto, no pueden liberarse de la sensación de que su conciencia ha cambiado. Tienen la impresión de que albergan unos conocimientos latentes que van más allá de la Tierra y de la época actual. Los secuestrados de este grupo afirman que tienen grandes dificultades para expresar con lenguaje ordinario estos sentimientos nuevos. Han llegado a poseer de pronto un conocimiento del tiempo y del espacio que les llena todo el cráneo, como si la capacidad cerebral que antes no usaban hubiera recibido una entrada repentina de datos. Les parece que han entrado en una enorme catedral llena de frescos y de fragmentos, por cuyo espacio santo vibran las suaves melodías de los milenios. Es inexpresable. No hay palabras ni conceptos humanos que puedan dar a entender estos sentimientos y estas visiones. Les parece que todo coexiste de manera simultánea: por una parte se trata de una visión real, razonable y clara, y por otra parte es demasiado, demasiado con mucho, entretejido y entremezclado, sobrepuesto y dispuesto capa sobre capa, e interconectado al mismo tiempo por canales veloces como la luz.

¿Se trata de un estado próximo a la locura, de la incapacidad de soportar o de digerir una marea de información? ¿O se están implantando intencionadamente datos en la materia gris humana para que surja una conciencia cósmica? ¿Está dirigida esta conciencia cósmica, esta manera totalmente distinta de ver las

cosas, a permitir que los que la experimentan enseñen a su prójimo humano *un nuevo camino adelante*. ¿Está dirigida la «razón expandida», como prefiero llamarla, a abrir los ojos de las personas a otras realidades? Ya es bastante conocido que nuestro mundo está compuesto de más cosas de las que podemos percibir sólo por nuestros sentidos.

El lector de este libro habrá comprendido ya que todas las células de su cuerpo contienen la información total (ADN) necesaria para la estructuración de su cuerpo. Al mismo tiempo, el ADN contiene también innumerables fragmentos (la llamada «basura») que no cumple ningún propósito aparente. No forman parte de ninguna cadena ni secuencia (en el modelo de los «ladrillos de juegos de construcciones»). También es bien sabido que sólo utilizamos una parte pequeña de la capacidad de nuestro cerebro. La evolución creó algo que, de momento, no se ha utilizado. A estos hechos, demostrados científicamente, se le pueden añadir lo que nos ha sido transmitido por las religiones antiguas.

- Los dioses crearon al hombre a su imagen y semejanza.
- El superviviente del diluvio (ya se llamase Noé, Utnapishtim o de cualquier otro modo) era un híbrido de los seres humanos y los «guardianes del cielo» (ver el capítulo 3, donde hablamos del papel de Lamec).

Nuestro material genético contiene, por tanto, fragmentos extraterrestres. Los pequeños alienígenas grises lo saben. Lo único que tienen que hacer es despertar la «basura» haciéndola compatible con el resto de nuestras cadenas de ADN, de tal modo que el cerebro medio vacío se inunda de información. Los seres humanos nunca fuimos *exclusivamente* terrenales. Nos desarrollamos de modos terrenales sobre la Tierra; creamos, generación tras generación, la intolerancia religiosa, política y científica, eliminando radicalmente nuestros aspectos extraterrestres e imaginándonos que somos el centro del universo. Pero ahora se

aproxima el día del ajuste de cuentas; va a sonar la campana que hará despertar la conciencia.

No me sorprenden los informes de muchas víctimas de secuestros que, sin haber leído nunca a Erich von Däniken, afirman que los extraterrestres estuvieron aquí en el pasado lejano y nebuloso y que colaboraron en la evolución humana. Hace veinte años, el astrónomo James R. Wertz calculó que los extraterrestres podían haber visitado nuestro planeta a intervalos de 7,5 veces 105 000 años; en los últimos 500 millones de años esto supondría, por lo tanto, unas 640 veces^[102]. Diez años más tarde, el doctor Martyn Fogg, de la Universidad de Londres, sugirió que era probable que todas las galaxias ya estuvieran habitadas cuando empezó a existir nuestra Tierra^[103].

La BIET fuera de Europa

Cada año, sin que todo el mundo se entere de ello, se están celebrando conferencias internacionales de BIET con asistencia cada vez mayor. En una celebrada recientemente, organizada por la Universidad de California y patrocinada por la NASA entre otras entidades, se dieron a conocer más de setenta trabajos científicos. Se examinaron temas como los siguientes:

- La biblioteca galáctica: BIET y educación científica (Andrew Fraknoi, astrónomo, Facultad Foothill).
- La búsqueda de vida en Marte: Repaso de lo que sabemos (Michael Klein, Laboratorio de Propulsión a Chorro, y Jack Farmer, Centro de Investigaciones Ames, de la NASA).
- La BIET empieza en casa: ¿Podemos definir y medir la inteligencia en este planeta? (Lori Marino, Universidad de Nueva York).
- La búsqueda de tecnologías extraterrestres en nuestro sistema solar (Michael Papagiannis, Universidad de Boston).

La mayoría de los oradores disertaron sobre las maneras posibles de utilizar la tecnología para detectar rastros de vida alienígena; hablaron, por ejemplo, de las frecuencias de radio que podrían recoger señales extraterrestres. Pero también se criticó la presencia de demasiados aficionados en el campo de la investigación BIET; a muchos les parecía que debía dejarse fuera a los aficionados para que el público en general se tomase el tema en serio.

Yo me permito disentir: tal como yo lo veo, esta actitud no hace más que repetir la vieja postura elitista según la cual «sólo nosotros entendemos de esto», que tanto nos ha llevado al callejón sin salida de la estrechez de miras, ya sea en el terreno político o en los campos de la religión o de la ciencia. A lo largo de la historia, los poderes establecidos (de la clase que sea) siempre han procurado estar por encima de la gente corriente, han procurado cerrarles el paso a los conocimientos, verdaderos o falsos. Las religiones siguen manteniendo esta costumbre, y los grupos políticos siguen intentando proteger sus pobres secretos, aunque éstos siempre salen a relucir a la larga. Estas actitudes no son más que modos de intentar asegurarse una ventaja personal a base de excluir a los demás. ¿Cómo se difunden las ideas nuevas, al fin y al cabo? ¿Por mediación de quién pasan a ser de dominio público? ¿De quién suelen salir las ideas nuevas y revolucionarias? Y, por último, ¿quién financia casi toda la ciencia, desde la arqueología hasta la astronomía?

El elitismo no ha conseguido nunca todavía evitar la dispersión del conocimiento, pero ha retrasado considerablemente el proceso. El elitismo reprime la conciencia pública y corta de raíz las ideas nuevas. Es la conciencia del público la que hace circular las nuevas ideas y sirve de semillero para su propagación. La vida pública es la antítesis del secretismo y de la censura. Pero, al mismo tiempo, estoy convencido, por supuesto, de que se debe permitir trabajar a los especialistas libres de las presiones y de la intervención del público, libres de la carga de lo que muchas veces puede llamarse el pseudoconocimiento de los aficionados. Pero los profesionales no deben intentar ocultar sus resultados ni esconderlos tras un velo de secreto. «Ni siquiera los tribunales militares son capaces de silenciar un rumor». (Johann Nestroy, 1801-62).

Imaginémonos que toda la humanidad poseyera poderes telepáticos, como creemos que los poseen los extraterrestres. En una sociedad telepática no pueden existir secretos ni conocimientos

elitistas: esto no ha dañado, evidentemente, a la sociedad extraterrestre.

En la última conferencia internacional de BIET se pronunciaron 73 conferencias inteligentes, pero no se habló en absoluto de ovnis, de secuestros, ni siquiera de la hipótesis paleobiet. Estos temas se consideran indignos de la investigación científica «verdadera»; como si no existieran también publicaciones científicas en el campo de los ovnis, escritas por expertos que tienen los pies en la Tierra y basados en investigaciones realizadas como es debido (por ejemplo, *Present UFO Research* [«Investigaciones actuales sobre ovnis»], del físico Illobrand von Ludwiger^[104]). Y ¿qué hay del doctor Mack, catedrático de Harvard? ¿Será preciso excluirlo de pronto de las filas de los científicos?

¿Por qué los que se dedican a la búsqueda de vida extraterrestre excluyen de sus consideraciones los temas y a las personas más relevantes? ¿Cómo puede dejarse caer una rama respetable de la ciencia (como ha llegado a serlo la BIET) en unos prejuicios que la llevan a hacer el ostracismo a otros caminos de la investigación? ¿Acaso no se apoya la ciencia en una base amplia de información? Sin los ovnis y sin la filosofía paleobiet, la disciplina científica de la BIET está incompleta, y sus resultados (muy anunciados en los medios de comunicación) son tibios, por no decir que son dignos de aficionados. Es la ciencia la que acusa a los aficionados de no tener en cuenta todos los aspectos relevantes de un tema, de ser parciales, desequilibrados e incompletos. Pero en este caso, y lo digo con pesar, se han vuelto las tornas: vosotros, queridos investigadores de la BIET, os estáis encerrando en una torre de marfil elitista y no estáis teniendo en cuenta toda la situación.

En realidad, yo sé por qué no se permite que los ovnis y la filosofía paleobiet sean tema de debate en las conferencias internacionales de BIET. Aquí debo hacer unas observaciones personales. En 1969, cuando mi primer libro, *¿Carruajes de los dioses?*, alcanzó notoriedad en el mercado estadounidense del libro, varios críticos destacados y menos destacados lo atacaron. Está

bien: la crítica es democrática y es beneficiosa para el rigor científico. Pero junto a estos críticos hubo otros ataques venenosos, e incluso se escribieron libros enteros en un intento de repudiar mis ideas, sobre todo de fuentes religiosas o de ramas conservadoras de la ciencia, tales como la arqueología y la antropología. A estos ataques se añadieron mentiras completas guisadas en la cocina de la desinformación y que sirvieron para alimentar el vientre del circo de los medios de comunicación. Por estos medios se propagó y se diseminó una imagen negativa de mis ideas, que se hizo general entre los periodistas y otras gentes semejantes. Era la vieja historia: pronto se volvió completamente tabú en los círculos científicos decir algo positivo de mi trabajo. Pero lo curioso fue que mis ideas empezaron a salir a la luz en publicaciones de todo tipo, aunque sin que se reconociera nunca su fuente. El aparato oficial científico se dejaba gobernar por los prejuicios y no tenía el valor suficiente para arreglar las cosas.

La situación no ha mejorado. Un cuarto de siglo después de la publicación de mi libro *Recuerdos del futuro*, la filosofía paleoseti se ha expuesto ampliamente y se ha documentado en otros diecinueve libros y en una serie de televisión de veinticinco episodios^[105]. Existe una gran riqueza de pruebas proporcionadas por textos muy antiguos y por los restos arqueológicos, así como libros de diversos autores de muchos países diferentes, pero nada de esto importa a los investigadores de la BIET. No se permite que les importe: es más importante proteger a la élite.

Steven Beckwith, director del Instituto Max Planck de astronomía de Heidelberg, opina que «hay muchos planetas en nuestra galaxia que pueden tener condiciones adecuadas para el desarrollo de la vida». Y el astrónomo británico David Hughes añade: «Deben existir sesenta mil millones de planetas en la Vía Láctea, al menos en teoría. Es probable que cuatro mil millones de ellos sean semejantes a nuestra Tierra: húmedos y con condiciones favorables para la vida»^[106].

El cosmos está lleno de vida, y entre sus formas de vida las hay semejantes a la raza humana. Y al menos una de estas civilizaciones extraterrestres visitó nuestro planeta hace miles de años. Esto es fácil de demostrar, de modo que ¿por qué no quieren saberlo los investigadores de la BIET? Y, dicho sea de paso, la diferencia entre los científicos y los aficionados sólo consiste en unas palabritas: los aficionados son personas que hacen mucho sin cobrar nada, mientras que los profesionales son personas que no hacen nada sin cobrar.

El grado en que los científicos dedicados a la BIET se han dejado meter ya en una camisa de fuerza viene demostrado por la Declaración de Principios sobre Actividades Posteriores a la Detección de Inteligencia Extraterrestre^[107]. Es un documento jurídico que se comprometen a cumplir todos los científicos que participan oficialmente en la investigación BIET. Contiene una serie de reglamentos que dictan cómo hay que reaccionar en el caso de descubrirse inteligencia extraterrestre. Voy a presentarles algunos de estos reglamentos para que se hagan una idea mejor del modo en que se aborda en los círculos internacionales el descubrimiento de extraterrestres.

Sometimiento a la censura

Nosotros, las instituciones y los individuos que tomamos parte en la búsqueda de inteligencia extraterrestre, reconocemos que esta búsqueda compone parte integral de la investigación espacial y que debe abordarse con intenciones pacíficas y para el interés común de toda la humanidad. Nos inspira en esta búsqueda la enorme importancia de obtener pruebas de la existencia de vida extraterrestre, aunque sea pequeña la probabilidad de hacer tal descubrimiento.

Recordamos a todos los participantes el pacto que regula todas las actividades gubernamentales de investigación y utilización del espacio (...) que se aplica también a los grupos de financiación estatal (...) (artículo XI).

Confirmamos los principios siguientes, que deben ser guardados en el caso de que haya que difundir información sobre el descubrimiento de inteligencia extraterrestre:

1. Toda persona y todo gobierno o institución de investigación privada o ministerio que crea haber recibido una señal u otro tipo de prueba que confirme la existencia de vida extraterrestre deberá intentar comprobar si la explicación más plausible demuestra, verdaderamente, la existencia de inteligencia extraterrestre y no se trata de un fenómeno natural de algún tipo, antes de hacer cualquier declaración pública. Si no se puede obtener una prueba definitiva de la existencia de inteligencia extraterrestre, el descubridor podrá publicar sus hallazgos bajo la calificación de «fenómeno desconocido».

2. Antes de que el descubridor haga ninguna declaración pública en el sentido de que se han encontrado pruebas de la existencia de inteligencia extraterrestre, deberá informar inmediatamente a todos los demás investigadores e institutos de investigación que participan en esta declaración (...). Los participantes en esta declaración no harán ninguna declaración pública sobre el descubrimiento hasta que exista la certeza de que el descubrimiento está relacionado con una inteligencia extraterrestre. El descubridor deberá informar a las autoridades oficiales bajo cuyos auspicios trabaje (...).

8. No deberá darse respuesta a ninguna señal de radio extraterrestre ni a ninguna otra señal de inteligencia alienígena antes de que se hayan llevado a cabo las necesarias consultas internacionales (...).

9. (...) Caso de encontrarse pruebas fiables de la existencia de inteligencia extraterrestre, se reunirá un comité internacional de científicos y otros expertos que servirá de foco central del análisis ulterior y de las observaciones sucesivas. Este comité supervisará también la difusión de información al público. El comité estará compuesto de miembros de todas las instituciones internacionales arriba citadas; también podrá darse entrada a otros miembros (...). La Academia Internacional de Viajes Espaciales servirá de órgano administrativo oficial para este acuerdo y declaración...

¿Qué debemos sacar en limpio de esto? Los científicos siempre evitan el sensacionalismo. Los grandes descubrimientos siempre se ponen a prueba una y otra vez antes de publicarlos. Nadie quiere quedar por tonto delante de sus colegas teniendo que retractarse de un descubrimiento falso. Naturalmente, es muy razonable por parte de la Unión Astronómica Internacional o de la comisión BIET número 51 (de las que se habla en otras partes del documento) querer tener la seguridad absoluta de que existe una prueba real de la existencia de alienígenas *antes* de comunicar al mundo la noticia. Pero lo que sí parece raro es el requisito de informar a todo tipo de comités y de comisiones antes de publicar el descubrimiento. Esto, hablando en plata, es una censura, pues aun cuando tenga una seguridad al cien por cien de haber descubierto pruebas de la existencia de inteligencia extraterrestre, todavía no se le permitirá publicarlo. Antes de que pueda publicarse, los poderes que monopolizan el acceso a la información tendrán que opinar sobre la decisión de qué fragmentos concretos de la verdad se pueden hacer públicos. Habría que preguntarse cómo encaja este proceso de censura con la libertad de información que se garantiza por ley en todos los países libres del mundo.

Pero los pasajes de esta declaración que tratan de la información al público son, en último extremo, un derroche de papel. ¡Nosotros, las masas, el pueblo, sabemos desde hace mucho tiempo que los extraterrestres existen!

El gran engaño: La conspiración de silencio y las últimas investigaciones

Cuanto más sabemos, más dudamos.

Voltaire (1694-1778)

MI LIBRO *Los ojos de la Esfinge*^[108] se publicó hace cuatro años. En él examinaba los enigmas y los misterios no resueltos del antiguo Egipto, y estudiaba varias teorías sobre la construcción de la Gran Pirámide. Desde entonces han salido a la luz nuevos descubrimientos que yo no puedo callar. ¿Qué relación tienen con el tema de este libro, con la «segunda venida» y con el regreso de los extraterrestres?

Los antiguos egipcios consideraban a Enoc como el constructor de las pirámides. (Enoc, Idris y Saurid son un mismo personaje, según la tradición árabe). Enoc escribió más de 300 libros, que confió a su hijo Matusalén con la esperanza de que éste se los transmitiese a «las razas futuras del mundo». Ninguno de estos libros se ha descubierto aún. ¿Es posible que se hayan escondido en cámaras herméticas de la Gran Pirámide? ¿Podemos encontrar allí las respuestas a nuestras preguntas sobre el Día del Juicio y el regreso de los dioses?

¿E intenta alguien ocultar al mundo este secreto? En los dos últimos años, los sucesos relacionados con la pirámide de Kéops, en Egipto, han puesto de manifiesto claramente lo simple que creen los científicos que es la gente, y la medida en que los medios de comunicación se dejan manipular y manipulan, a su vez, la opinión pública. El 22 de marzo de 1993, exactamente a las 11:05 de la

mañana, se produjo un descubrimiento sensacional, de primer orden. Sucedió algo inesperado, impensable, inconcebible para todos los egiptólogos clásicos. Una bomba no podría haber causado más impresión en el mundo de la egiptología. Pero todas estas ondas expansivas se restringieron, se mitigaron, se hicieron inofensivas, y lo que muy bien podía ser un descubrimiento más sensacional todavía (el suceso del milenio, comparable con el descubrimiento de inteligencia extraterrestre) se bloqueó y se impidió. ¿Cuáles fueron, pues, estos sucesos?

El ingeniero alemán Rudolf Gantenbrink, nacido en Menden el 24 de diciembre de 1950, había realizado un hallazgo genial: un pequeño robot de su invención, de extremado refinamiento técnico, había recorrido 60 metros por una galería de una pirámide, desconocida hasta entonces, y había llegado a una puerta en la que estaban montadas dos asas de metal. El robot llevaba dos semanas recorriendo aquella estrecha galería y se había encontrado continuos obstáculos que había tenido que salvar. En varias ocasiones fue preciso hacerlo volver al punto de partida, por medio de impulsos eléctricos, para poder someterlo a alteraciones y refinamientos técnicos.

El robot de Gantenbrink pesa seis kilogramos, tiene tracción por orugas y sólo mide 37 centímetros de largo. Está impulsado por siete motores independientes, cuyos microprocesadores están dirigidos por control remoto. Tiene al frente dos pequeños faros halógenos, así como una minicámara de vídeo, tipo Sony CCD, capaz de oscilar sobre el eje vertical y el horizontal. Aunque su estructura es ligera, de aluminio, es capaz de portar un peso de hasta cuarenta kilogramos, gracias a las orugas de goma especial que se pueden agarrar tanto al suelo como al techo.

El propio Rudolf Gantenbrink ha sido responsable de todos los aspectos decisivos que se aplicaron en el desarrollo de este aparato único. Lo construyó él mismo; el trabajo mecánico de precisión le costó varios meses de tiempo, muchos sudores y 45 millones de pesetas que él mismo invirtió en esta obra maestra de la ingeniería.

Recibió apoyo técnico de la empresa suiza Escap, de Ginebra (motores especializados), de Hilti, Ltd., de Vaduz, en Licchtenstein (tecnología de taladros) y de la empresa Gore, de Munich (cables especializados). El robot de Gantenbrink es un ejemplo maravilloso de lo que se puede conseguir si, en lugar de decir «eso no podrá funcionar nunca», se aplica una combinación de inteligencia, tecnología y fuerza de voluntad.

Y ¿por qué creyó Rudolf Gantenbrink que valía la pena dedicar tanto tiempo y energía a introducirse en la Gran Pirámide? Todo el mundo sabe que allí ya no hay nada más que encontrar. El periodista de radio y televisión Torten Sasse, de Berlín, lo entrevistó y recibió esta respuesta.

Todo empezó cuando yo estuve en Egipto durante la Guerra del Golfo. Había sugerido al profesor Stadelmann (del DAI, Instituto Geológico Alemán) que valdría la pena estudiar más de cerca esas «galerías de ventilación», como los llamaban todavía por entonces, en vista de que ya poseíamos la tecnología necesaria para ello. Y debido también a que eran la última parte de la pirámide que no se había examinado todavía.

En 1992 investigamos las galerías superiores con una cámara de vídeo y dispusimos un sistema de ventilación para ver si salía aire fresco por alguna salida. En 1992 ya habíamos determinado que esas galerías salían por alguna parte. Pero no sabíamos dónde ni cómo. Éste fue el punto de partida de todas mis investigaciones.

El proyecto subsiguiente se llamó Upuaut 2, y debo explicarle este nombre. El robot fue bautizado así por sugerencia del profesor Stadelmann: Upuaut es un antiguo dios egipcio, cuyo nombre significa «el que abre los caminos».

Upuaut 2 se desarrolló exclusivamente para investigar las galerías inferiores^[109].

¿De qué galerías «inferiores» y «superiores» estamos hablando? La Gran Pirámide contiene tres cámaras, y el profesor Rainer Stadelmann opina que sucede así en todas las pirámides egipcias. Se considera a Stadelmann como el «inventor» de la «teoría de las

tres cámaras». Todos los turistas que hacen el esfuerzo de ascender a la pirámide de Kéops pueden visitar dos de cámaras: la superior se llama «cámara del rey» (con algo de buena voluntad, pues en ella no se encontró nunca ninguna momia), y la otra, algo menor, se llama «cámara de la reina». Desde la cámara superior ascienden en diagonal dos galerías. Han sido llamadas «galerías de ventilación». Rudolf Gantenbrink dispuso en ellas su sistema de ventilación. Los turistas advirtieron la presencia del aire fresco que llegaba a la cámara del rey, pero sólo durante poco tiempo, pues el sistema ya no funciona. Esto no tiene nada que ver con Rudolf Gantenbrink, sino con los guardas de la pirámide, a los que se les olvida constantemente ponerlo en marcha, por motivos que sólo ellos conocen.

De la cámara inferior y más baja arrancan también dos galerías: una que se dirige exactamente al sur y otra que va hacia el norte. Las aberturas de las galerías están en posiciones opuestas, por lo tanto, y se hallan a la misma altura que el final del túnel de entrada. El robot de Rudolf Gantenbrink entró en la galería sur. La tercera cámara está tallada en la roca, bajo la pirámide. Se llama «la cámara inconclusa».

¿Para qué creen los especialistas que servían las galerías que salen de la cámara de la reina?

No se ponen de acuerdo. Algunos creían que eran «galerías del alma»; otros, que eran «modelos de pasillos», y otros creyeron por fin que eran las entradas de conductos de aire o de ventilación^[110]. Esta última idea no tenía sentido, no obstante, dado que las galerías sólo se abrieron en el siglo pasado, rompiendo las paredes. En 1872 el inglés W Dixon intentaba encontrar cámaras ocultas golpeando diversos puntos de las paredes de las cámaras y juzgando la profundidad del sonido. Cuando encontró lugares que sonaban a hueco, tomó la piqueta y dejó al descubierto las aperturas de las «galerías de aire», a pocos centímetros por debajo de la superficie de piedra. Ambas galerías son de sección cuadrada, de 20 x 20 centímetros.

Al menos dos cosas quedan claras como el agua: en primer lugar, no pueden ser conductos de aire, pues éstos tendrían que llegar hasta la cámara para haber funcionado; y, en segundo lugar, debían formar parte de los planos originales de la pirámide: habría sido imposible tallarlos o vaciarlos después de estar terminada la pirámide. Ni siquiera un niño puede meterse por un hueco de veinte centímetros de lado.

Las dos galerías de la cámara de la reina no suben en diagonal como las de la cámara del rey. Primero tienen un tramo horizontal que arranca de la pared, y después empiezan a ascender en un ángulo de 39 grados, 36 minutos y 28 segundos, exactamente. La mayoría de los egiptólogos estaban de acuerdo en que las galerías «terminaban después de un trecho corto», hasta que el robot Upuaut de Rudolf Gantenbrink les demostró de pronto que estaban equivocados.

El que abre los caminos

El 22 de marzo de 1993 hacía el habitual calor en la meseta de las pirámides de Gizé; y dentro de la Gran Pirámide hacía la habitual humedad. Rudolf Gantenbrink había preparado una mesa improvisada en la cámara de la reina, hecha con dos cajas y unas tablas. Sobre ella estaba su «estación» electrónica y un monitor en el que se veían las imágenes, perfectamente nítidas, que transmitía la cámara del robot. También había una cámara de vídeo que grabaría las secuencias de la película. Mientras un colega introducía cuidadosamente en la galería el cable especializado, muy fino y ligero, y un egiptólogo del Ministerio egipcio de Monumentos Antiguos observaba la pantalla, cada vez más asombrado, Gantenbrink manejaba la pequeña palanca de control del robot con concentración total. Todo el equipo trabajaba con premura de tiempo, pues el Ministerio de Monumentos Antiguos había decidido interrumpir estas investigaciones aquel mismo día. Se habían recibido demasiadas quejas de las agencias de viajes, porque éstas no podían llevar turistas a la Gran Pirámide mientras seguía en marcha la investigación. El Ministerio también perdía dinero, pues la entrada a la pirámide no es gratuita.

Metro a metro, el monstruo en miniatura de Gantenbrink ascendía por la empinada galería. Los faros delanteros iluminaban imágenes que nadie había visto desde hacía al menos 4500 años.

Kéops, a quien se atribuye la construcción de la pirámide, reinó desde el 2551 hasta el 2528 a. C.

El lento viaje dejó atrás paredes lisas y pulidas; el robot tuvo que superar pequeños montículos de arena y sortear hábilmente

fragmentos que habían caído del «techo». Por fin, después de sesenta metros, llegó la primera sorpresa: en el suelo había un fragmento de metal. Poco después, la gran sensación. La cámara del robot transmitió imágenes de una especie de puerta o tabique que cerraba toda la galena; en la parte superior de la puerta había dos pequeñas asas de metal, de las cuales la izquierda estaba rota en parte.

Rudolf Gantenbrink dirigió el robot hacia la puerta y apuntó su haz de láser hacia su borde inferior. El haz rojo, de cinco milímetros de diámetro, desapareció bajo el borde de la puerta. Esto demostraba que detrás de ella había hueco. En la esquina inferior derecha de la puerta faltaba un fragmento de piedra. La cámara del robot transmitió la imagen de un polvo oscuro en esa zona, que sin duda había salido por esa minúscula abertura en el transcurso de miles de años. Pero el viaje del robot había llegado a su fin.

Michael Haase, matemático berlinés, calculó la posición de la puerta misteriosa^[111]. Está en la parte sur de la pirámide, a una altura de unos 59 metros sobre el suelo, entre el nivel 74 y el 75 de piedras. Si la galería que está cerrada por la puerta continuara al mismo ángulo, llegaría a la pared exterior de la pirámide a una altura de 68 metros. La distancia horizontal desde la puerta hasta la pared exterior es de unos 18 metros. Naturalmente, Rudolf Gantenbrink escaló la pared sur para investigar, pero allí no encontró rastro de ninguna salida de la galería.

La noticia sensacional, ocultada

El descubrimiento de una galería de 60 metros dentro de la pirámide es un hallazgo sensacional, y la puerta que la cierra es otra. Cabría pensar que el trabajo y los logros de Gantenbrink serían valorados debidamente por los egiptólogos como el descubrimiento del siglo. Cuando un astrónomo descubre una nueva estrella o un nuevo cometa, es corriente que se le dé su nombre. Por eso yo llamo a la «nueva» galería «galería de Gantenbrink», como la llaman también mis colegas. La estrechez de miras y los celos de los egiptólogos, por su parte, los llevan a adoptar un punto de vista diferente. Dicen que otros habían sospechado ya la existencia de la galería. Esto no es más que la cuarta parte de la verdad: es verdad que se conocía la existencia de las aberturas horizontales que arrancan de la cámara de la reina hacia el norte y hacia el sur, pero nadie sabía que hubiera un pasadizo de 60 metros dentro de la pirámide. Por el contrario, la gente hablaba aventuradamente de «galerías del alma» que «terminaban después de un trecho corto»^[112]. Y no es lo mismo una teoría que un descubrimiento. Todo se puede suponer. Pero sólo el ingeniero alemán Rudolf Gantenbrink descubrió el pasadizo de 60 metros y la puerta al final del mismo.

Al propio Gantenbrink no le interesa el sensacionalismo. Lo que más le preocupa es conservar los restos antiguos. Al mismo tiempo, quiere dar nueva vida a la arqueología y rejuvenecerla por medio de la nueva tecnología. Es un hombre honrado y trabajador, aficionado a resolver enigmas y que pone su experiencia y su genio al servicio

de una ciencia apasionante. Pero, al parecer, nada de esto se tuvo en cuenta: a Gantenbrink se le hizo el vacío.

Tras el descubrimiento de la galería de Gantenbrink no pasó nada durante cierto tiempo. Aunque los especialistas de El Cairo y del Instituto Arqueológico Alemán (DAI) estaban informados del descubrimiento, guardaron un silencio glacial. El público no fue informado. No se permitió a nadie decir nada. Y el público seguiría a oscuras hasta hoy, si no fuera porque el azar, y el propio Gantenbrink, hicieron algo al respecto. Gantenbrink mostró a algunos colegas suyos una copia del vídeo extraordinario que había grabado el robot; la prensa británica recogió el rumor y, dos semanas después del descubrimiento (!), apareció un minúsculo artículo titulado «Un portón cierra el paso a un robot en una pirámide»^[113]. Este artículo se recibió en El Cairo por fax.

¿Cuál fue la reacción? El DAI de El Cairo desmintió la noticia. «Es una tontería absoluta», dijo Christel Egorov, directora de prensa del Instituto, a la agencia Reuter^[114]. Según ella, el pasadizo que se había descubierto no era más que un conducto de aire, y el minirobot no hacía más que medir la humedad. Era bien sabido (dijo ella) que en la pirámide no había más cámaras.

Con esto, no sólo podemos *sentirnos* engañados: ¡la verdad es que *nos están engañando*! Los arqueólogos del DAI de El Cairo eran plenamente conscientes de que sus declaraciones eran falsas. El robot que viajó por la galería de Gantenbrink no llevaba a bordo ningún instrumento para medir la humedad.

Las cosas empeoraron. El doctor Rainer Stadelmann, gran jefe de la egiptología alemana y director del DAI, negó que existiera ninguna posibilidad de la presencia de una cámara secreta tras la puerta de la galería. Dijo a los periodistas: «Es bien sabido que todos los tesoros encerrados dentro de la pirámide fueron saqueados hace mucho tiempo»^[115]. Su colega, el egiptólogo doctor Günter Dreyer, respaldó su opinión: «Detrás de esa puerta no hay nada. Son todo imaginaciones»^[116].

Antes de contar cómo se libró de Rudolf Gantenbrink el apreciado círculo de egiptólogos de El Cairo, debo profundizar sobre las opiniones que se mantienen acerca de la estructura interior de la pirámide.

No tiene sentido afirmar que no haya nada dentro de la pirámide, aparte de las tres cámaras conocidas, y que no puede haber nada detrás de la puerta. Si los arqueólogos del DAI dijeran que *no se sabe* si hay algo detrás de la puerta misteriosa, tendrían razón. Pero afirmar categóricamente que ellos saben que allí no hay nada no sólo es una postura dogmática y anticientífica, sino que es (usando las propias palabras del DAI), «una tontería absoluta».

El conocimiento de los antiguos

Volvamos atrás un poco y demos una nueva ojeada a la Historia. En el siglo XIV existían antiguos fragmentos árabes y coptos en las bibliotecas de El Cairo, a partir de los cuales el geógrafo e historiador al-Makrizi redactó su obra *Hitat*. En ésta se lee:

Y el constructor de las pirámides hizo construir treinta cámaras del tesoro, hechas de granito coloreado, dentro de la pirámide occidental: se llenaron de instrumentos y de imágenes hechas de piedras preciosas; de herramientas del mejor hierro, tales como armas que no se oxidan; de vidrio que se pliega sin romperse; de extraños talismanes; de todo tipo de medicamentos simples y compuestos; y de venenos mortales. En la pirámide oriental hizo representar las diversas esferas del cielo y los planetas, e imágenes de las obras de sus antepasados; también el incienso que se ofrece a las estrellas, y libros que hablan de estas cosas. También se encuentran allí las estrellas fijas y lo que sucede en su progresión de una época a otra (...).

Y a la pirámide coloreada, por fin, hizo llevar finalmente los cuerpos de los augures y adivinos, en sarcófagos de granito negro; y junto a cada adivino habla un libro en el que estaban escritas todas sus artes maravillosas, la historia de su vida y las obras que había realizado^[117].

Y ¿quién construyó estos soberbios edificios? ¿Kéops, como afirman los egiptólogos? El *Hitat*, como ya he dicho, nos dice:

El primer Hermes, llamado Triple porque fue profeta, rey y sabio (al que los hebreos llaman Enoc, hijo de Jare, hijo de Mahalelel, hijo de Kena, hijo de Eno, hijo de Set, hijo de Adán, cuyo nombre sea bendito; y cuyo nombre también es

Idris), leyó en las estrellas que había de llegar el diluvio. Entonces hizo construir las pirámides; e hizo ocultar en ellas tesoros, textos sabios y todo lo que temía que se podía perder, para protegerlo y conservarlo.

No sólo en el *Hítat* se habla de Enoc como constructor de las grandes pirámides. En el siglo XIV el viajero y escritor árabe Ibn Battuta dice lo mismo:

Enoc construyó las pirámides antes del diluvio, para conservar en ellas libros de conocimiento y de ciencia, además de otros objetos valiosos^[118].

Casi es innecesario decir que los egiptólogos desprecian estas tradiciones árabes. Están seguros de que el constructor de las pirámides fue Kéops, aunque existen muchos argumentos convincentes en contra de este punto de vista. Los he estudiado con detalle en mi libro *Los ojos de la Esfinge*^[119].

Los arqueólogos se comportan como si estuvieran sordos, ciegos y mudos. Yo puedo aceptar, aunque a regañadientes, que no quieran hacer caso de textos del siglo XIV. Pero el hecho de que rechacen también las pruebas de la ciencia moderna si no concuerdan con sus doctrinas sagradas me parece increíble. Los ejemplos de los últimos veinticinco años hablan por sí solos.

En 1968-69 el doctor Luis Álvarez, ganador del premio Nobel de Física, emprendió un estudio de la pirámide de Kefrén por medio de las radiaciones. Álvarez y su equipo hicieron uso del hecho físico bien conocido de que los rayos cósmicos están bombardeando constantemente nuestro planeta y de que, cuando penetran en el mismo, pierden una parte de su energía. Es posible medir exactamente la velocidad con que los protones penetran en una capa de piedra. Si la piedra contiene espacios vacíos, los protones no encuentran tantos obstáculos a su paso. Álvarez midió el recorrido de más de dos millones y medio de partículas con la ayuda de un transmisor y de un ordenador IBM. Pero los oscilógrafos mostraron una pauta caótica, como si las partículas siguieran un recorrido curvo alrededor de la tierra. Era incomprensible y molesto. Aquel experimento tan costoso, en el que participaban diversas

instituciones estadounidenses, la IBM y la Universidad Ain-Shams de El Cairo, terminó sin resultados claros. El doctor Amr Gohed, que por entonces era jefe de investigaciones arqueológicas, dijo a los periodistas que los descubrimientos eran «científicamente imposibles»; añadió que o bien «la estructura de la pirámide es caótica» o «existe aquí algún misterio que no hemos resuelto todavía»^[120].

Los arqueólogos hicieron caso omiso, en general, de estos resultados desconcertantes.

Calculando la antigüedad de la Esfinge

En 1986 se realizó otro intento, con nuevos métodos e instrumentos, de buscar cámaras ocultas en la pirámide de Kéops. Los dos arquitectos franceses, Jean Patrice Dormion y Gilíes Goidin, descubrieron diversos espacios huecos dentro de la pirámide con la ayuda de detectores electrónicos. Pero esto no hizo cambiar la postura inflexible de los egiptólogos. Dado que uno de los patrocinadores de esta investigación era la empresa nacional de electricidad francesa, toda la investigación fue tachada de montaje publicitario.

La siguiente investigación importante fue llevada a cabo por un equipo japonés de científicos de la Universidad Waseda de Tokio. Utilizando los equipos electrónicos más avanzados, los especialistas japoneses estudiaron con rayos X tanto el interior de la Gran Pirámide como toda la zona de los alrededores, incluida la Esfinge. Encontraron indicios claros de la existencia de todo un laberinto de pasadizos y de cámaras dentro de la pirámide de Kéops. Presentaron sus resultados en un informe que era un modelo de rigor científico^[121]. Y ¿qué dijeron los egiptólogos? ¡Dijeron, naturalmente, que con esta investigación no se pretendía más que hacer publicidad y promoción de la industria electrónica japonesa!

Al equipo del DAI de El Cairo no está interesado, aparentemente, por nada en absoluto. Y sus colegas de Europa y de otras partes no saben, en general, casi nada de lo que sucede en la meseta de Gizé. ¡Si de los egiptólogos dependiera, no haría falta realizar nunca investigaciones, pues ellos ya lo saben todo!

En 1992 el geólogo doctor Robert M. Schoch, de la Facultad de Estudios Básicos de la Universidad de Boston, junto con otros científicos, emprendió unas mediciones geológicas y análisis de la Esfinge. Los resultados demostraron que tiene al menos 5000 años más de lo que se creía^[122]. Se suele creer que el faraón Kefren (2520-2494 a. C.) había construido la Esfinge. Esto no se debe a que se haya descubierto ninguna prueba real, sino a que el nombre «Kefrén» todavía se puede leer a duras penas en un *cartouche* deteriorado, si se quiere leer así. Este nombre medio borrado ni siquiera pertenece a la Esfinge, sino a una estela del faraón Tutmosis IV, que reinó más de 1000 años *después* de Kefrén, del 1401 al 1391 a. C.

Pero ¿cómo llegó Schoch a su conclusión de que la Esfinge era anterior a Kefrén al menos en 5000 años? Su equipo plantó en el terreno una serie de sensores sísmicos. Se generaron ondas sonoras que permitieron determinar lo que había bajo la superficie, un método que ha tenido una utilidad continuada en el campo de la geología. Los ordenadores estudiaron los datos y produjeron largas series de dibujos, que reproducían un plano subterráneo exacto de la Esfinge. Había claras señales de erosión a una profundidad de 2,4 metros, señales que faltaban en la parte trasera. Pero en esa parte trasera se habían realizado reparaciones mucho después de la construcción de la Esfinge. Durante su reinado, el faraón Tutmosis IV mandó desenterrar la Esfinge y repararla.

Las mediciones geológicas y los análisis químicos apuntaban a una única conclusión posible: las poderosas señales de erosión y de deterioros por la intemperie se remontaban a una época de lluvias abundantes, que no se había producido en tiempos de Kefrén. Por un método semejante al de los anillos de crecimiento de los árboles, fue posible datar esta erosión hacia el 7000 a. C., como mínimo.

Y ¿cómo reaccionaron los arqueólogos ante los datos de Schoch? Con una tormenta de indignación. En una conferencia celebrada en Boston, Mark Lehner, de la Universidad de Chicago, calificó a Schoch de «seudocientífico». El argumento principal de

Lehner era el siguiente. Si la Esfinge era, verdaderamente, tan antigua, debía existir en aquella época una cultura capaz de erigir una obra de arte como ésta. Pero en aquellos tiempos los seres humanos no eran más que cazadores y recolectores. ¡Punto final!

Quizá sea propio de la naturaleza humana, cuando a uno se le acaban los argumentos y está entre la espada y la pared, recurrir al insulto y a la descalificación. Esto fue, en todo caso, lo que pasó en el debate entre el arqueólogo Mark Lehner y el geólogo Robert Schoch. Lehner acusó a su colega científico de tener una «credibilidad sospechosa». ¿A qué se debía este ataque injusto? Uno de los patrocinadores de la investigación geológica de Schoch era un tal John Anthony West. Y el señor West era culpable de dos delitos odiosos: en primer lugar, no era científico, y en segundo lugar ya había publicado libros en los que proponía la existencia de una civilización «más antigua que ninguna de las que conocemos»: un sacrilegio, para un «verdadero» arqueólogo.

A los arqueólogos no les interesa el hecho de que Schoch no era ni mucho menos el único geólogo que intervenía en las mediciones sísmicas en la meseta de Gizé. Entre los miembros del equipo figuraban también el doctor Thomas L. Dobecki, otros dos geólogos, un arquitecto y un oceanógrafo. Nadie prestó ninguna atención a su firme convencimiento de que las partes inferiores de la Esfinge contenían claramente canales de agua que sólo podían haberse formado como consecuencia de una larga exposición al agua. Los análisis geológicos del doctor Schoch fueron condenados rotundamente por el entonces director de antigüedades de Gizé, el egipcio doctor Zahi Hawass, que las tachó de «alucinaciones americanas». Según él, «no existía en absoluto ninguna justificación científica» para la nueva fecha que atribuía Schoch a la Esfinge^[123].

De modo que parece que a los egiptólogos no les interesan los resultados que no les convienen, aunque sean resultados científicos y se hayan obtenido por medios científicos adecuados. Son ellos los que deciden lo que ha de creer el mundo. No se dan cuenta de que, en realidad, están tirando piedras a su propio tejado. La opinión

pública está cansada de confiar en la ciencia, una rama de la ciencia que sólo acepta a las demás cuando confirma sus propios puntos de vista merece poca confianza.

La física es otra ciencia exacta, y en la Escuela Técnica Suiza (ETH) de Zurich, el profesor doctor W Wölfli es reconocido como una autoridad. Ha perfeccionado el proceso tan discutido de la datación por carbono 14, por medio del cual se puede medir la antigüedad de los materiales orgánicos. El profesor Wölfli, junto con otros colegas suyos de varias universidades, analizó 16 materiales diferentes de la pirámide de Kéops, entre los que había restos de carbón vegetal, astillas de madera, fragmentos de paja y de hierba. ¿Resultado? Las muestras tenían una antigüedad media superior en 380 años a la que habían calculado los egiptólogos a partir de la lista de reyes. Una de las muestras de la pirámide de Kéops tenía, en concreto, 843 años más de lo que se creía^[124].

Los físicos examinaron un total de 64 muestras orgánicas y aplicaron diversos métodos. *Todas las muestras, sin excepción,* produjeron fechas más antiguas en varios siglos a las que prefieren los egiptólogos. Pero no se extrajeron conclusiones, no se consideraron nuevos puntos de vista. Por el contrario, la postura anterior se reafirmó, si cabe, con nuevas excusas. Y si les parece que el término «excusas» es duro, a mí me parece francamente suave para calificar las tonterías que pretenden que nos traguemos.

Desacreditando a Gantenbrink

Los egiptólogos del DAI quieren quitarse de encima a Rudolf Gantenbrink. ¿Por qué? ¿Acaso no realizó un descubrimiento espectacular con su robot? ¿No dedicó mucho tiempo y dinero al servicio de la arqueología y contribuyó a avanzar el estado de los conocimientos? ¿Fue anticientífico? En absoluto: sus resultados pueden ser reproducidos por quien sea, cuando sea. ¿Fue maleducado o arisco? De ningún modo: Gantenbrink es una persona muy agradable. ¿Hizo circular todo tipo de rumores y especulaciones anticientíficas? Tampoco: habló con los medios de comunicación de una manera muy cauta y reservada. Siempre afirmó claramente que nadie sabía si se podría encontrar algo tras la puerta de piedra de la galería recién descubierta; se negó a especular al respecto. Entonces ¿cuál fue su error? ¿Por qué es *persona non grata* para los egiptólogos de la DAI?

Habló con la prensa. No corrió tras los periodistas para proclamar al mundo sus descubrimientos: fueron los periodistas los que conocieron el rumor de su descubrimiento sensacional a través de los científicos británicos, y fueron ellos los que lo buscaron. Al fin y al cabo, es misión de los periodistas enterarse de las novedades interesantes e investigarlas. Pero Rudolf Gantenbrink no intentó ganar puntos con ello: mantuvo una postura mesurada, seria y moderada. ¿Tenía que haber mentido y que haber contado un cuento chino a los periodistas? ¡Gantenbrink no es político!

En un informe de la Agencia de Prensa Alemana (DPA) del 27 de junio de 1994, el periodista Jörg Fischer escribe:

Una vez más, como en muchas ocasiones a lo largo de los siglos pasados, las enormes pirámides de Gizé son el centro de imaginaciones misteriosas y místicas (...). El experto en rebotica muniqués Rudolf Gantenbrink anunció a la prensa de manera independiente su descubrimiento y dijo que sospechaba que existía una cámara de enterramiento tras la puerta. «Algún periódico sensacionalista alemán ha encontrado ya las cenizas de un faraón y un tesoro de oro», comentó el profesor Rainer Stadelmann, director de la DAI, hablando de las «tonterías» que se han escrito sobre el tema, según él^[125].

Las palabras que se atribuyen aquí a Gantenbrink no están fundadas. Nunca manifestó la opinión de que existiese una cámara de enterramiento detrás de la puerta. Los medios de comunicación, que no saben hacer otra cosa, se han puesto aquí al servicio de un profesor que quiere desacreditar y desvirtuar la labor de Gantenbrink. Gantenbrink no ofreció nunca «voluntariamente» ninguna información a la prensa, pues nunca fue miembro de la DAI, y, por lo tanto, no fue sometido nunca a ninguna restricción de información que quisiera imponer esta agencia. El informe de la DPA que fue comunicado internacionalmente y que sirvió de base a muchos artículos de prensa logró el objetivo de desinformación que buscaba el profesor. El público tenía que creer que Gantenbrink estaba publicando imaginaciones anticientíficas. Esto molestó tanto, a su vez, al gobierno egipcio, que retiró el permiso para realizar nuevas investigaciones en las galerías de las pirámides.

Un error erudito

Todo esto queda más claro en el informe de la DPA:

El arqueólogo [el doctor Rainer Stadelmann] excluye categóricamente cualquier posibilidad de la existencia de una cámara: después de examinar las imágenes transmitidas por una cámara de vídeo dirigida por control remoto y de haberlas comparado con lo que se sabe acerca de otras tres galerías de la pirámide, cree que queda confirmada su opinión de que esta galena es un «modelo de corredor». La abertura que asciende desde la cámara de la reina servía, según las creencias del antiguo Egipto, para que el alma del faraón pudiera subir al cielo. El polvo negro que se encuentra ante un bloque de piedra al final del pasadizo procede, según Stadelmann, de la desintegración de los modelos de asa del «modelo de puerta».

Su sensata teoría y el hecho (que él ha repetido constantemente) de que a una persona le resultaría imposible arrastrarse por esa estrecha galería, y mucho menos esconder allí un sarcófago o un tesoro, ha sido pasada por alto por casi todos.

Naturalmente, cualquiera que no comparta la teoría del profesor está viviendo en las nubes. Comprendo por qué «rechaza categóricamente» la posibilidad de la existencia de otra cámara. Al fin y al cabo, fue él quien propuso la «teoría de las tres cámaras». El descubrimiento de una nueva cámara no encajaría bien con esta teoría. Hay que darse cuenta de lo mucho que ha tenido que esforzarse por defender su teoría, si consideramos que los espacios vacíos que conocemos del interior de la pirámide equivalen a 2000 metros cúbicos, 1800 de los cuales corresponden a la gran galería y el resto a las demás cámaras; pero la gran galería no se ha de considerar «cámara».

Y ¿qué podemos decir de la idea del «modelo de galería»? Considerémosla un momento. Los antiguos egipcios construyeron la

estructura más perfecta de la historia del mundo. Está compuesta por unos dos millones y medio de bloques de piedra. La planificación previa debió de ser maravillosa: todos los bloques y todas las losas encajan entre sí de manera perfecta y exacta: es un edificio para la eternidad. Dentro de la pirámide hay un pasadizo al que ahora llamamos «la gran galería». Ascende diagonalmente hasta la cámara del rey; mide 46,61 metros de largo, 2,09 metros de ancho y 8,53 metros de alto. Dado que sus paredes laterales están inclinadas hacia el interior, el techo, que es de losas de piedra horizontales, sólo mide 1,04 metros. Los gigantescos bloques de granito a cada lado de ésta galería de 8,5 metros no están dispuestos en plano horizontal, sino que, como para hacernos dudar de nosotros mismos, siguen el ángulo ascendiente de la gran galería. La ejecución de los bloques y de las losas es de tal perfección que al visitante le resulta difícil encontrar fisuras o juntas. Para llegar a esta gran galería hay que ascender a gatas por el pasadizo de subida.

Todavía no sabemos por qué hicieron en primer lugar los constructores un pasadizo bajo y estrecho que conducía a la gran galería. Pero el profesor Stadelmann, con seguridad de sonámbulo, sabe que la galería de Gantenbrink es un «modelo de galería», por «haberla comparado con otras tres galerías de la pirámide». ¡Osiris bendito! ¿Dónde hay en la Gran Pirámide otro «modelo de galería» con el que pudiera compararla? ¡Siempre se les ha llamado «conductos de aire»!

Se supone que la galería de Gantenbrink es demasiado pequeña para permitir el paso de un sarcófago, y mucho menos de un tesoro. Pero, entonces, ¿por qué hay en la cámara del rey un sarcófago de granito de dimensiones mayores que el pasadizo que conduce hasta la cámara? Según la lógica del profesor Stadelmann, no debería estar allí.

En este milagro de construcción, pensado para durar hasta el final de los tiempos, se suponía que los arquitectos del antiguo Egipto habían incluido un «modelo de galería». Pero está

escondido, y en realidad no sale directamente de la cámara de la reina. Los orificios de entrada los abrió el señor W Dixon hace unos 120 años. Se supone que por este «modelo de galería» ha de subir a las estrellas el alma del faraón. Pero el único problema es que nunca descansó ningún faraón en la pequeña cámara de la reina. Y aunque se hubiese depositado allí un cadáver desde el principio, el alma del faraón no habría tenido despejado el acceso hasta el firmamento. Según los egiptólogos, la galería de Gantenbrink está bloqueada por una piedra detrás de la cual no hay nada. ¡Pobre faraón!

Las teorías «sensatas» de las figuras de la egiptología, y las afirmaciones repetidas de que no podían haber gateado personas por la estrecha galería, ni mucho menos haber escondido al final de la misma un sarcófago o un tesoro, están muy cerca del absurdo absoluto. Consideremos otra posibilidad, otra manera de ver toda la cuestión. Los astutos arqueólogos sólo consideran que la galería de Gantenbrink *sale* de la cámara de la reina. Pero ¿por qué no pensar que también desciende desde arriba *hasta* la cámara de la reina? Tras la puerta misteriosa de la galería de Gantenbrink *puede haber* (no necesariamente *tiene que haber*) una cámara que tenga *otra* galería superior de entrada, cuya entrada puede estar tapiada como lo estaba la entrada de la galería en la cámara de la reina hasta que el señor Dixon tomó su piqueta y la abrió.

Por decirlo de otro modo, si un robot hubiera *bajado* por la galería de Gantenbrink desde arriba, habría tenido que detenerse ante el tabique que tapiaba la entrada de la cámara de la reina, suponiendo que no lo hubiera derribado todavía el señor Dixon. Y todas las grandes figuras de la arqueología habrían coincidido en la opinión de que no podía existir nada más detrás del tabique. Y nadie se habría molestado en perforar el bloqueo, aparentemente definitivo, ni en disolverlo con ácido. ¿Es eso ciencia? ¿Dónde está la curiosidad, la búsqueda de conocimientos? ¿Cómo se puede afirmar *a priori* y categóricamente que no se puede encontrar nada

más tras la puerta de la galería de Gantenbrink? ¿Y cómo es posible que el que opte por disentir sea tachado de loco visionario?

Al final de la galería, el robot de Gantenbrink filmó dos asas de metal en la puerta de piedra. No es posible disputar el hecho de que sean de metal, pues, gracias a Dios, en el suelo hay un fragmento de metal roto. Dado que en tiempos de Kéops sólo se disponía de cobre, como mucho, se afirma con gran seguridad que estas asas son «de cobre». Pero bien puede ser que no lo sean. Aun así, el profesor Stadelmann y sus figuras de la egiptología han proporcionado una explicación «natural y razonable», que el profesor describió al periodista de radio y televisión Torsten Sasse:

¿Para qué sirve esta asa de cobre? Al principio nos pareció que podría estar allí por alguna razón técnica. Pero, dada su estrechez, yo rechazaría ahora esta posibilidad y supondría que se trata de un signo jeroglífico decorativo. Y, en tal caso, debe de tener un contenido simbólico. Debemos preguntarnos, por lo tanto, cuál es su significado. Quizás se trate del signo de la flor de loto, símbolo del sur. O, lo que quizá sea más probable, del signo shuut del egipcio antiguo, que es una especie de parasol que se llevaba detrás del rey cuando desfilaba el cortejo real. Si se trata de esto, podían estar allí esperando a que se sirviera de ellos el alma del rey cuando subiera volando al cielo^[126].

¡Cielo santo! ¡Qué montón de interpolaciones no justificadas! La Gran Pirámide es completamente anónima: no sabemos nada del equipo de arquitectos y de constructores, ni del sacerdote, ni del faraón que participaron en su construcción. No contiene una sola inscripción que nos pueda ayudar a resolver una sola pregunta sobre el modo en que se construyó. Nadie dejó la más mínima indicación que nos pueda ayudar a dar respuesta a una sola pregunta sobre la construcción de la pirámide. En la pirámide misma no hay jeroglíficos ni paredes llenas de escrituras como las que encontramos en otros enterramientos egipcios antiguos. Se cree que Kéops, que se supone fue la fuerza impulsora de su construcción, fue un déspota que pretendió dejar tras de sí el mayor edificio de todos los tiempos. Pero sus criados y él se olvidaron de alabarlo en textos o en imágenes. No se hizo ni la más pequeña inscripción en honor del faraón Kéops; en ninguna parte se encuentra el recuerdo de algún acto heroico de este supuesto

ególatra. Todas las paredes, galerías y cámaras de la pirámide de Kéops están lisas: no están ni han estado nunca decoradas con una sola palabra. Un anonimato perfecto.

¿Y se esperan que nos creamos, a pesar de todo esto, que al final de la galería de Gantenbrink se encuentra el jeroglífico *shuut*, puesto allí para que el faraón pueda subir a reunirse con sus antepasados sin que le dé una insolación? ¡Esta idea no me parece muy plausible, por decirlo de una manera muy suave!

En el borde inferior de la puerta que está al final de la galería de Gantenbrink falta un pequeño fragmento triangular. Fue allí donde el ojo del robot percibió un pequeño rastro de polvo negro. El profesor Stadelmann cree que se trata del metal pulverizado de las asas de metal.

Pero vamos a reflexionar un momento sobre esto: los sabios egipcólogos creen que la galería no es más que un «modelo de galería» que ha sido cerrado al final con una piedra; pero, en tal caso, no habría la más mínima corriente de aire. Sólo se ha roto la pieza de metal *de la izquierda*, pero el polvo se encuentra en la esquina *derecha*. ¿Han intervenido los espíritus del polvo? Y si las asas de metal se hubieran oxidado tranquilamente a lo largo de los milenios, el polvo negro estaría junto al borde inferior de la puerta, directamente por debajo de ellas. Pero no está allí. Sale del pequeño orificio triangular, como si una levísima corriente de aire lo hubiera hecho salir por allí. Esa leve corriente da a entender que la galería de Gantenbrink llega hasta más allá de la puerta. O que existe una cámara detrás de la puerta, a la que conduce otra galería. Además, el haz de láser del robot Upuaut, de 5 milímetros de diámetro, pasó por debajo de la puerta. Ya se trate de una puerta o de una piedra final de cierre, no está apoyada en el suelo de la galería. ¿No debería hacernos reflexionar este hecho? Evidentemente, no: los egipcólogos han acordado entre ellos que éste es un «modelo de pasillo», de modo que no hacen falta más investigaciones.

Derrochando la confianza

El 5 de agosto de 1993 el director del Museo Egipcio de Berlín, el doctor Dietrich Wildung, escribió en el Frankfurter All-gemeine Zeitung:

Los egiptólogos tienen motivos, sin duda, para estar agradecidos al experto técnico [Rudolf Gantenbrink]. Pero este último no es capaz de resistir la tentación de cubrirse de fama sensacionalista y ha empezado a chapotear sin rumbo por la charca del misticismo de la pirámide y de los tesoros soñados. Y he aquí que entra en escena Erich von Däniken, que interpreta que el polvo negro que está en el ángulo inferior derecho de la losa de piedra es un indicio de la momia escondida del rey Kéops. Y cuando se encuentra una momia intacta no puede estar muy lejos el tesoro de valor incalculable que ha inspirado la imaginación del mundo desde tiempos de Herodoto. Los mecanismos automáticos de la arqueología trivializada empiezan a funcionar de su manera habitual; y los especialistas más cautos y más prudentes se desprecian por ser hombres del pasado que no están dispuestos a tirar por la borda el lastre del tradicionalismo y de la intelectualidad^[127].

Éstas son las falsedades con las que los egiptólogos construyen su cómodo refugio y desprecian a todos los que piensan de manera diferente a la suya. Yo nunca soñé con decir que el polvo negro indicase que la momia del rey Kéops estuviera detrás de la puerta. Esta idea salió de David Keys, corresponsal arqueológico de *The Independent*^[128]. A mí no se me habría ocurrido nunca semejante idea, pues yo no creo que la pirámide de Kéops fuera obra de Kéops, ni menos que contuviese una tumba.

¿Qué creo yo, pues, que se contiene detrás de la puerta que cierra la galería de Gantenbrink? Probablemente, lo mismo que está oculto en otras cámaras no descubiertas todavía: textos y documentos de todo tipo, tal como indicaron los historiadores árabes del siglo XIV que hemos citado antes.

David Keys hizo notar otro detalle curioso: la distancia vertical entre la cámara del rey y la cámara de la reina es de 21,5 metros, que equivale exactamente a la distancia entre la cámara de la reina y la puerta que está al final de la galería de Gantenbrink. ¿Es casualidad, o indica claramente la presencia de otra cámara?

A los expertos del DAI les gustaría investigar ahora la galería norte que sale de la cámara de la reina. A Rudolf Gantenbrink ya se le había ocurrido. Yo creo, personalmente, que primero hay que terminar lo que se ha empezado. Se han presentado varias propuestas sobre el modo de abrir la puerta, de romperla, o incluso de disolverla. ¿Por qué dejan de interesar de pronto las opiniones, el trabajo y los conocimientos de una persona como Rudolf Gantenbrink? ¿Cómo es posible que los eruditos, que por lo demás suelen ser muy razonables y abiertos de miras, e incluso tienen sentido del humor, reaccionen de pronto de una manera tan excéntrica y desagradable?

Lo único que se me ocurre es que tienen envidia. Los arqueólogos destacados se sienten dolidos en lo hondo de su alma porque alguien que no era arqueólogo ha conseguido realizar un descubrimiento inesperado. Están molestos porque Gantenbrink ha hablado con la prensa. ¿O es que quieren ocultar lo que se pueda encontrar tras la puerta? ¿Quieren quedarse el descubrimiento para ellos solos, fuera del alcance del populacho, y dedicarse a evaluarlo tranquilamente?

Lo indiscutible es que los científicos de Egipto no desean que el público se interese ni se entere de lo que hacen. Toda información que se comunica tiene que pasar por su censura. Sin duda, no quieren que esté presente ningún periodista ni ningún observador neutral cuando se abra a la fuerza la puerta misteriosa. No quieren que ninguna cámara de televisión transmita al mundo exterior imágenes de lo que se descubra. No quieren que nadie más, de ninguna otra disciplina científica, analice las asas de metal de la puerta. Y, según los egiptólogos, lo que pretenden con este sigilo infantil no es más que poder llevar adelante en paz sus

investigaciones. Comprendo este deseo; pero ésta no es una tumba insignificante. Es la Gran Pirámide, que ha fascinado a la humanidad durante miles de años. Es el edificio más gigantesco de este planeta, una de las maravillas del mundo, un monumento alrededor del cual han surgido las leyendas y los relatos a lo largo de los siglos. La egiptología se está perdiendo su única oportunidad de demostrar a todo el mundo que sus procedimientos son correctos y que tienen rigor científico. Está derrochando la posibilidad de demostrar a los locos y a los místicos (que creen que hay secretos y conspiraciones a la vuelta de cada esquina) los hechos desnudos; de mostrarles lo que hay allí verdaderamente, de una vez por todas.

¿O es que están aterrorizados de lo que puedan encontrar al final de la galería de Gantenbrink? Los arqueólogos no eran tan nerviosos en los viejos tiempos. Cuando se abrieron las tumbas de Tutankamón y de Sekhemket, se permitió la presencia de periodistas. Desde entonces han surgido las redes mundiales de comunicación que permitirían retransmitir en directo las imágenes del robot de Gantenbrink a millones de hogares de todo el mundo. No sería necesario que una multitud de periodistas se apiñara en la cámara de la reina ni que se alterase la paz y la tranquilidad de nadie. Pero lo que hacen falta son imágenes *en directo*, retransmitidas mientras se realizan los descubrimientos, y no unas imágenes manipuladas que se publican días, semanas o meses más tarde, acompañadas de algún tipo de leyenda azucarada para que no amarguen al *status quo*.

Imaginémonos que los norteamericanos hubieran realizado la expedición a la Luna en secreto y que sólo semanas más tarde la NASA hubiera ofrecido al mundo unas imágenes censuradas. Las quejas estarían completamente justificadas: «¿Qué nos están ocultando? ¿Qué secreto se guardan? ¿Por qué tenemos que financiar los contribuyentes una organización que nos trata como a niños?».

Los egiptólogos del DAI y del Ministerio de Monumentos Antiguos egipcio se comportan como si la apertura fuera una

amenaza. Los que evitan el escrutinio público y se refugian tras el secreto tienen algo que ocultar. Cuando se empieza por esconder algo, se acaba por tener que perpetuar el engaño. Mientras la «política de información» de los egiptólogos se pierda en tácticas de sigilo y de ocultación, el público no tendrá ningún motivo para creer nada de lo que cuenten. Por muchas personas sinceras y de aspecto honrado anuncien que, como se esperaba, no se encontró nada tras la puerta de la galería de Gantenbrink, la opinión pública no se dejará engañar, pues los egiptólogos han perdido su oportunidad de ganarse su confianza.

El antiguo historiador romano Cornelio Tácito (55-120 d. C.) lo dijo todo: «Los que se molestan por recibir críticas demuestran que las merecen».



Erich Anton Paul von Däniken (Zofingen, 14 de abril de 1935) es un escritor suizo en lengua alemana. Es conocido por haber sido una de las primeras personas que han difundido la hipótesis de que la Tierra pudo haber sido visitada por extraterrestres en el pasado.

Es un prolífico escritor; se estima que ha vendido más de 63 millones de ejemplares de sus 26 libros, que han sido traducidos a 32 idiomas. Populariza sus hipótesis a través de sus numerosos libros, vídeos y programas de televisión. Su influencia se ha dejado sentir también en el campo de la ciencia ficción y en el movimiento New Age.

Notas

[¹] *aquí*: en inglés, here. (N. del T.) <<

[2] *cielo*: en inglés, sky. (N. del T.) <<

[3] Recordemos que, en efecto, *ángel* significa emisario o mensajero en griego. (N. del T.) <<

[4] Delitzsch, E: Die grosse Täuschung. Stuttgart/Berlin, 1921. <<

[5] Kehl, R.: «Die Religion des modernen Menschen», en Stiftung für universelle Religion, vol. 6a, Zurich. <<

[6] El Evangelio de San Mateo se inicia con la genealogía de Jesús, «hijo de David, hijo de Abraham». Se enumeran sus antepasados hasta Jacob, que fue el padre de José. José era el esposo de María. Pero ¿de qué sirve esta genealogía si se supone que Jesús no era hijo de José? (Recordarán que se suponía que Jesús había nacido virginalmente). Mateo enumera cuarenta y dos antepasados de Jesús; Lucas, por su parte, enumera setenta y seis.

Los evangelistas tampoco concuerdan sobre las últimas palabras de Jesús en la cruz. Según Marcos (15, 34) y Mateo (27, 46), dijo en voz alta: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». Según Lucas, por su parte, dijo: «Padre, en Tus manos encomiendo mi espíritu». La versión de Juan es: «"Consumado es"; e inclinó la cabeza y entregó el espíritu».

Hasta la propia ascensión (el hecho más impresionante del relato de Jesús) se cuenta de diversos modos. Según Mateo (28, 16-17), Jesús mandó a sus discípulos que se reunieran en la montaña de Galilea. «Y como lo vieron, lo adoraron; mas algunos dudaban». ¿Qué dudaban aún? Mateo no añade nada más acerca de la ascensión.

Marcos (16, 19) sólo dedica una frase a ese suceso extraordinario: «Y el Señor, después que les habló, fue recibido arriba en el cielo, y sentóse a la diestra de Dios». ¿Así de sencillo?

Lucas (24, 50-52) dice que el propio Jesús acompañó a los discípulos «hasta Betania, y alzando sus manos, los bendijo; y aconteció que, bendiciéndolos, se fue de ellos; y era llevado arriba al cielo».

Juan, el discípulo más amado de Jesús, no sabe nada de una ascensión.

He aquí algunos ejemplos de textos bíblicos que son accesibles a todos y que están traducidos de maneras diferentes de una Biblia a otra, según las opiniones de las diversas iglesias. (Los pasajes aquí citados están tomados de la Biblia de Casiodoro de Reina y Cipriano de Valera). <<

[7] Platón: Fedro. <<

[⁸] Berdyczewski, M. J. (Bin Gorion): Die Sagen der Juden von der Urzeit, Frankfurt, 1913. <<

[9] Fuchs, C.: «La vida de Adán y Eva», en Die Apokryphen und Pseudepigraphen des alten Testaments, vol. 11, editado por E. Kautzsch, Hildesheim, 1962. <<

[¹⁰] Eisenmenger, J.: Entdecktes Judentum, Königsberg, 1711. <<

[¹¹] Bergmann, J.: Die Legenden der Juden, Berlin, 1919. <<

[12] Estrabón: Geografía. <<

[13] Däniken, E. von: Der Götter-Schock, Munich, 1992. <<

[14] Däniken, E. von: *Todos somos hijos de Dios*, Plaza & Janes, 1988. <<

[15] He aquí un pequeño ejemplo ilustrativo, con cierta relevancia para nuestra época:

Las gentes de Sodoma y Gomorra pusieron camas en las calles. Al que entraba en sus ciudades lo apresaban y le obligaban a echarse en una cama. Si el extranjero era más pequeño que la cama, tres hombres le tiraban de la cabeza y otros le tiraban de los pies. El hombre gritaba, pero ellos no hacían caso y seguían estirándolo. Pero si el extranjero era mayor que la cama, tres hombres se ponían a cada lado y lo estiraban por los costados hasta que moría entre tormentos. Cuando el extranjero se quejaba por sus tormentos, le gritaban: «Esto es lo que le pasa al que viene a Sodoma». <<

[16] Kautzsch, E.: Die Apokryphen und Pseudepigraphen des alten Testaments, vols. 1 y 2, Tubinga, 1900. <<

[17] Karst, J.: Eusebius-Werke, vol. 5, Die Chronike, Leipzig, 1911. <<

[18] El libro de Mormón, 16.a edición inglesa, 1966. <<

[19] Tollmann, A. y E.: Und die Sintflut gab es doch, Munich, 1993. <<

[20] Bayraktutan, S., citado en Die Welt, 17 enero 1994. <<

[21] Däniken, E. von: Aufden Spuren der All-mächtigen, emitido entre enero y diciembre de 1993 en la cadena SAT-1. También los libros Auf den Spuren der All-mächtigen y Raumfahrt im Altertum, Munich, 1993. <<

[22] Agrest, Matest M.: «The historical evidence of Paleocontacts», en Ancient Skies, vol. 20, núm. 6, Highland Park, Illinois, 1994. <<

[23] Gaster, M.: The Chronicles of Jerahmeel, Nueva York, 1971. <<

[24] Bóhl, E M.: Das Zeitalter Abrahams, Leipzig, 1930. <<

[25] Albright, W Y.: «The names Shaddai and Abraham», enjournal of Biblical Literature, vol. LIV, 1935. <<

[26] Seters, J. van: Abraham in History and Tradition. New Haven/Londres, 1975 <<

[27] Blumrich, J. F.: Da tat sich der Himmel auf. Die Raumschiffe des Propheten Hesekeiel und ihre Bestdtigung durch modemste Technik, Dusseldorf, 1973; Beier, H. H., Kronzeuge Hesekeiel, Munich, 1985.

<<

[28] Lang, B.: Ezequiel DerProphet und das Buch. Darmstadt, 1981.

<<

[29] Torrey, C: Pseudo-Ezekiel and the Original Prophecy, New Haven, 1930. <<

[30] Smend, R.: Der Prophet Ezechiel, Leipzig, 1880. <<

[31] Kenyon, K. M.: Bible and Recent Archaeology. British Museum Publications, Londres, 1987. <<

[32] El Midrash es la labor de interpretación, la búsqueda de sentido. Yo no espero que mis lectores salgan a comprarse los midrashim; por lo tanto, presentaré simplemente algunos ejemplos. El siguiente procede del Midrash Bereshit Rabba, que contiene más de cien capítulos:

Dios habló: «Hagamos al hombre». ¿Con quién consultó Dios? Según el rabino Josué, en el nombre del rabino Leví: con las obras del cielo y de la Tierra. Como un rey con dos consejeros, que no hiciera nada sin consultarlos. Según el rabino Samuel bar-Nachman, Dios consultó con las obras de cada día. Como un rey que tuviera un consejo de asesores y no hiciera nada sin su conocimiento. Según el rabino Ami, Dios consultó con su corazón. Como un rey que invitara a un arquitecto a construir un palacio; si, cuando viera el palacio, no le gustara, ¿a quién debería echar la culpa? Al arquitecto, por supuesto. Del mismo modo, Dios echó la culpa a su propio corazón.

Son todas opiniones personales que surgieron del deseo de encontrar un sentido en lo que se había recibido como tradición. Los enigmas de los textos antiguos no se han resuelto todavía hasta hoy. Los midrashim repasan los libros sagrados línea a línea, comentando e interpretando cada una de sus frases. Estos eruditos devotos se dedicaron a estos textos: tenían que tener sentido. Para ello, buscaban, extrapolaban, comparaban y eliminaban. He aquí un ejemplo más para mostrar lo que quiero dar a entender. Este ejemplo procede del Midrash Shemot Rabba. Esta obra consta de cincuenta y dos capítulos y trata del libro del Éxodo.

Y Dios habló a Moisés. Según el rabino Bar-Mamal, Dios le dijo: «Quieres conocer mi nombre. Me llamo según mis obras; a veces me llamo Dios Todopoderoso, a veces Sabaoth, a veces Elohim; cuando hago la guerra a los blasfemos me llamo Sabaoth; cuando

castigo a los hombres por sus malas obras me llamo Dios Todopoderoso, y cuando manifiesto misericordia al mundo me llamo Jehová, pues este nombre significa la misericordia misma. <<

[33] Beer, B.: Leben Abrahams, nach Auffassung der jüdischen Sage, Leipzig, 1859. <<

[34] Riessler, E: Altjüdisches Schrifttum ausserhalb der Bidet Die Apohalypse des Abraham, Augsburg, 1928. <<

[35] Al-Makrizi, Taki.: Das Pyramidenkapitel in al-Maferizis «Hitat»,
traducido por E. Graefe, Leipzig, 1911. <<

[36] Bonwetsch, N. G.: Die Bücher der Geheimnisse Henochs. Das sogenannte slawische Henochbuch, Leipzig, 1922. <<

[37] Kautzsch, E.: Die Apokryphen und Pseudepigraphen des alten Testaments, vol. 2: Das Buch Henoch. Tübingen, 1900 <<

[38] Riessler, P: Altjüdisches Schrifttum ausserhalb der Bibel. Das Henochbuch, Augsburg, 1928. <<

[39] En este sentido, consultar Berdyczewski, M. J. (Bin Gorion): Die Sagen der Juden von der Urzeit, Francfort del Main, 1914. <<

[40] Stearn, J.: Edgar Cayce: *El profeta durmiente*, Edaf, 1994;
Church, H. W, Die 17 Leben des Edgar Cayce, Ginebra, 1988. <<

[41] Sandweiss, S.: *Sai Baba, the Holy Man and the Psychiatrist*,
M. G. Singh, 1975. <<

[42] Ihlán, O.: «*Wunder sind mem Wesen*», en *Der Spiegel*, núm. 38, 1933. <<

[43] Eggenstein, K.: *Unknown Prophet Jakob Lorber*, Valkyrie Publishing House, 1979. <<

[⁴⁴] Mirza Mubarak Ahmad: *Der Verheissene Messias*, 1977. <<

[45] Charon, E.: *Der Geist der Materie*, Viena/Hamburgo, 1979. <<

[46] Baumgartner, W: *Hebráisches Schulbuch*, Basilea, 1971. <<

[47] Küppers, W: *Das Messiasbild der spätjüdischen Apokalyptik*, Berna, 1933. <<

[48] Klausner, J.: *Der jüdische und der christliche Messias*, Zurich, 1943. <<

[49] Dürr, L: *Ursprung und Ausbau der israelitisch-jüdischen Heilandserwartung*, Berlin, 1925. <<

[50] Landmann, L: *Messianism in the Talmudic Era*, Nueva York, 1979. <<

[51] Schomerns, H. W: *Indische Erldsungslehren*, Leipzig, 1919. <<

[52] Ayoub, M.: *Redemptive Suffering in Islam*, Nueva York/París, 1978. <<

[53] Dalberg, E von: *Scheik Mohammed Fani s Dabistan oder von der Religion der dltesten Parsen*, Aschaffenburg, 1809. <<

[54] Widengren, G.: *Hochgottglaube im alten Iran*, Upsala/Leipzig, 1938; Reitzenstein, R.: *Das iranische Erlösungsmysterium*, Bonn, 1921. <<

[55] Abegg, E.: *Der Messiasglaube in Indien und Irán*, Berlín/Leipzig, 1928. <<

[56] Schomems, H. W: op. cit. <<

[57] Roy, D. R: *The Mahabharata, Drona Parva*, Calcuta, 1888. <<

[58] Däniken, E. von: *Der Götter-Schock*, Munich, 1992. <<

[59] Däniken, E. von: *Profeta del pasado*, Martínez Roca, 1979. <<

[60] Karst, J.: Eusebius-Werke, vol. 5, *Die Chronik*, Leipzig, 1911.
Diodor von Sicilien: *Geschichts-Bibliothek*, Libro 1. <<

[61] Wahrmund, A. Stuttgart, 1866. <<

[62] Roth, R.: «*Der Mythos von der fünf Menschengeschlechtern bei Hesiod*», en Verzeichnís der Doktoren, die Philosphische Fakultüt, Tubinga, 1860. <<

[63] Glasenapp, H. von: *Der Jainismus: Eine indische Erfüllungsreligion*, Berlin, 1925. <<

[64] Däniken, E. von: «*Embryo transfer in ancient India*» en *Ancient Skies*, núm. 3, 1991. <<

[65] Glasenapp, H. von: op. cit. <<

[66] Jeremías, A.: *Handbuch der Altorientalischen Geisteskultur*,
Berlín/Lepzig, 1929. <<

[67] Frischauer, P: *Es steht geschrieben*, Zurich, 1967. <<

[68] Jeremías, A.: op. cit. <<

[69] Burrows, M.: *Mehr Klarheit über die Schriftarten*, Munich, 1958.

<<

[70] Hermanns, M.: *Schamanen, Pseudoschamanen, Erdser und Heilbringer*, Wiesbaden, 1970. <<

[71] Grünwedel, A.: *Mythologie des Buddhismus in Tibet und in der Mongola*, Leipzig, 1900. <<

[72] Feer, L: *Annales du Musée Guimet: Extraits du Kandjour*, Paris, 1883. <<

[73] Breysig, K.: *Die Entstehung des Gottesgedankens und der Heilbringer*, Berlin, 1905. <<

[74] Däniken, E. von: *El día en que llegaron los dioses*, Plaza & Janes, 1985. <<

[75] Breysig, K.: op. di. <<

[76] Gressmann, H.: *Der Messias, Gotinga*, 1929. <<

[77] Schön, G.: «*Die kleinsten elektronischen Schalter - Cluster aus 55 Goldatomen*», en Spektrum der Wissenschaft, abril de 1994. <<

[78] Däniken, E. von: *Der Götter-Schock*, Munich, 1992. <<

[79] *Ibidem.* <<

[80] «*Welcher Kontinent ist die Heimat des modernen Menschen?*»,
en Welt am Sonntag, 20 de marzo de 1994. <<

[81] «*Hat der Exodus früher begonnen?*», en Focus, núm. 11, 1994.

<<

[82] Sanides, S., y Gottschiling, C: «*Goldader in Erbgut*», en Focus, núm. 15, 1994. <<

[83] Mucha gente no sabe que la palabra «dinosaurio» fue inventada por el zoólogo británico Richard Owen en 1841, cuando le presentaron unos extraños huesos de reptiles. Tomó la palabra griega *deinos* («terrible», «espantoso») y *sauros* («lagarto») y las combinó. (N. del A.) <<

[84] Halstead, L. B.: *Die Welt der Dinosaurier*, Hamburgo, 1975. <<

[85] «Jurassic Spatz: Vögel stammen von Dinosauriern ab und nicht von Reptilien. Münchner Paläontologe beendet Expertenstreit», en *Focus*, núm. 3, 1994. <<

[86] Jaynes, J.: *The Origins of Consciousness in the Breakdown of the Bicameral Mind*, Nueva York, 1978. <<

[87] Jaynes, J.: entrevista en *Psychologie heute*, marzo 1978. <<

[88] Flindt. M., y Munn., V: «Is Mathematical Ability Extraterrestrial?», en *Ancient Skies*, vol. 20, núm. 3, 1993. <<

[89] El programa tiene nombre español. (*N. del T.*) <<

[90] «Sind Radrenner lebendig?», en *Der Spiegel*, núm. 25, 1993. <<

[91] Däniken, E. von: *Todos somos hijos de Dios*, Plaza & Janes, 1988. <<

[92] Hopkins, B.: *Intruders*, Ballantine, 1987. <<

[93] Strieber, W: *Communion*, Nueva York, 1987; *Transformation: The Breakthrough*, Nueva York, 1988. <<

[94] Fiebag, J.: *Kontakt: UFO-Entfahrungen in Deutschland, Osterreich unt der Schweiz*, Munich, 1994. <<

[95] Jacobs, D.: *Secret Lives: Firsthand Documented Accounts of UFO Abductions*, Nueva York, 1992. <<

[96] Mack, E.: *Abduction: Human Encounters with Aliens*, Nueva York/Toronto, 1994 <<

[97] White, W J.: «Aliens Among Us - a UFO Conspiracy Hypothesis in a Religious Mode», *en Mufon UFO Journal*, núm. 286, febrero de 1992. <<

[98] Däniken, E. von: *Der Götter-Schock*, Munich, 1992. <<

[99] *Science & Vie Junior*, enero de 1991. <<

[¹⁰⁰] «*Jeder fünfte Deutsche glaubt an UFOs*», en *Die Welt*, 28 de febrero de 1991. <<

[¹⁰¹] Meckelburg, E.: *Zeittunnel: Reisen an den Rand der Ewigkeit*, Munich, 1991; *Transwelt: Erfahrungenjenseits von Raum und Zeit*, Munich, 1992 <<

[102] Wertz, J. R.: «The Human Analogy and the Evolution of Extraterrestrial Civilizations», *en Journal of the British Interplanetary Society*, vol. 29, núms. 7-8. <<

[103] Fogg, M. J.: «Temporal Aspects of the Interaction among the First Galactic Civilization. The Interdict Hypothesis», en *Icarus*, vol. 69, 1987. <<

[104] Ludwiger, J. von: *Der Stand der UFO-Forschung*, Francfort, 1992. <<

[105] Se puede encargar un video de esta serie, *Aujden Spuren der All-Mächtigen*, directamente a la Sociedad de Astronáutica Antigua, CH-3803 Beatenberg, Suiza. <<

[106] «Planeten-Brut aus dem Urnebel», en *Der Spiegel*, núm. 22, 1993. <<

[107] Fue aceptado en abril de 1989 por el Consejo de Fideicomisarios de la Academia y por el Consejo de Dirección del Instituto Internacional de Derecho Espacial. <<

[108] Däniken, E. von: *Los ojos de la esfinge*, Plaza & Janes, 1992.

<<

[109] Sasse, T.: «Der Schacht des Cheops», en *GRAL*, núm. 5, 1993.

<<

[110] Goyon.: *Die Cheops-Pyramide*, Bergisch Gladbach, 1979. <<

[¹¹¹] Haase, M.: «Wp-wöwt. The one who opens the ways», en *GRAL*, núm. 5, 1993. <<

[¹¹²] Schüssler, K.: *Die ágyptischen Pyramiden*, Colonia, 1983. <<

[113] «Portcullis blocks robot in pyramid», *Daily Telegraph*, 7 de abril de 1993 <<

[¹¹⁴] Teletipo de Reuter del 16 de abril de 1993. <<

[115] «The great pyramid mystery», en *Mail on Saturday*, 17 de abril de 1993. <<

[116] «Secret chamber may solve pyramid mystery», en *The Times*, 17 de abril de 1993. <<

[¹¹⁷] Al-Makrizi, Taki: *Das Pyramidenkapitel in al-Makrizis «Hitat»*, traducción alemana de E. Graefe, Leipzig, 1911. <<

[118] Tompkins, E: *Cheops*, Berna, 1975. <<

[119] Däniken, E. von.: *op. cit.* <<

[120] «Chephren-Pyramide - Fluch des Pharaos», en *DerSpiegel*,
núm. 33, 1969. <<

[121] Yoshimura, S., y otros autores: *Non-Destructive Pyramid Investigation by Electromagnetic Wave Method*, Universidad Waseda, Tokio, 1987. <<

[122] «Sphinx, Riddle put to Rest?», en *Science*, vol. 255, núm. 5.046, 14 de febrero de 1992. <<

[123] West, J. A.: *Serpent in the Sky*, Eheatin, 1993. <<

[124] Wölfli, W, y otros autores: *Radiocarbon Chronology and the Historical Calendar in Egypt*, reproducido de *Chronologies du Proche Orient*, BAR International, serie 379, París, 1987. <<

[125] Fischer, J.: «Noch immer Spekulationen um eine Geheimkammer in der Cheops-Pyramide», informe 515 DPA 0185, del 27 de junio de 1994, de El Cairo. <<

[126] Sasse, T.: entrevista con el profesor R. Stadelmann el 15 de junio de 1993 en Berlín. <<

[127] Wildung, D.: «Pharaohmarkt, Technik der Pyramidenmystik», en *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 5 de agosto de 1993. <<

[128] Keys, D.: «Discovery at pyramid was accidental», en *The Independent*, 16 de abril de 1993. <<